

Delp

CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA



SUMARIO

PANEGIRICO DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Manuel de Jesús Goico Castro</i> ..	3
ORACION FUNEBRE, <i>Dr. José Francisco Peña Gómez</i>	7
Dos Amigos: FRAY CIPRIANO DE UTRERA Y EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Mons. Hugo Eduardo Polanco Brito</i>	15
RECORDANDO A EMILIO, <i>Pedro Troncoso Sánchez</i>	19
EN ELOGIO A DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Frank Moya Pons</i>	23
CARTA DIRIGIDA A LA SEÑORA CLARA RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Juan Jacobo de Lara</i>	29
TRIBUTO AL PADRE DE NUESTRA HISTORIA DOCUMENTAL, <i>Dr. Julio G. Campillo Pérez</i>	31
DON EMILIO EL ESCALADOR DE LA HISTORIA, <i>Carlos Dobal</i>	33
EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Porfirio Herrera Báez</i>	35
ALCANCE HISTORICO DE LA OBRA DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Manuel A. García Arévalo</i>	37
BIBLIOGRAFIA DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI	43
DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>José Israel Cuello</i>	55
DE CUBA A RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Francisco Dorta-Duque</i>	61
DON EMILIO Y DON SEBASTIAN, <i>Héctor Pérez Reyes</i>	65
RODRIGUEZ DEMORIZI EN LA TERTULIA DE LOS SOLTERONES, <i>Georgilio Mella Chavier</i>	69
ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA, DE LA HISTORIA Y OTROS PROMINENTES ESCRITORES EXPRESAN SUS CONDOLENCIAS.....	73
LA PRENSA NACIONAL, ANTE LA MUERTE DE DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI.....	77
EDITORIALES	93
NOTICIAS DE LA ACADEMIA.....	101

Santo Domingo, República Dominicana

ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA
FUNDADA 16 DE AGOSTO DE 1931

Mons. Dr. Hugo Eduardo Polanco Brito (Presidente).

Sucesión académica

- Sillón A.— Dr. Federico Henríquez y Carvajal, Lic. Virgilio Díaz Ordóñez, Lic. Julio Genaro Campillo Pérez.
- Sillón B.— Mons. Dr. Adolfo A. Nouel, Lic. Carlos Larrazábal Blanco (Pasó a Supernumerario), Ing. Emile de Boyre Moya, Lic. C. Alvarez, Dr. Frank Moya Pons, **Secretario**.
- Sillón C.— Dr. Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, Lic. Víctor Garrido, Dr. Manuel de Jesús Goico Castro (**Bibliotecario**).
- Sillón D.— Lic. Emilio Prud'Homme, Lic. Emilio Rodríguez Demorizi.
- Sillón E.— Lic. Cayetano Armando Rodríguez, Dr. Vetilio Alfau Durán, Dr. Carlos Dobal (Electo).
- Sillón F.— Emilio Tejera Bonetti, Dr. G. Despradel Batista, Lic. César A. Herrera.
- Sillón G.— Lic. Manuel Ubaldo Gómez Moya, Lic. Manuel Arturo Peña Batlle, Lic. Pedro Troncoso Sánchez (**Tesorero**).
- Sillón H.— Dr. Max Henríquez Ureña, Lic. Francisco Elpidio Beras.
- Sillón I.— Lic. Arturo Logroño, Lic. Manuel A. Amiama.
- Sillón J.— R. Emilio Jiménez, Dr. M. de J. Mañón Arredondo.
- Sillón L.— Dr. Pedro Henríquez Ureña, Andrejulio Aybar, Lic. Julio Ortega Frier, Dr. Joaquín Balaguer.
- Sillón M.— Félix E. Mejía, Fray Cipriano de Utrera, O. M. Cap., Dr. Vicente Tolentino Rojas (Electo, falleció sin tomar posesión), Dr. J. Marino Incháus.

Nómina de los actuales Miembros de Número
por orden de antigüedad.

- I Lic. Manuel A. Amiama (3 de marzo, 1952).
- II Dr. Joaquín Balaguer (14 de noviembre, 1954).
- III Lic. Pedro Troncoso Sánchez (12 de diciembre, 1954).
- IV Lic. Francisco Elpidio Beras (16 de junio, 1957).
- V Lic. César A. Herrera (5 de octubre, 1961).
- VI Mons. Dr. Hugo E. Polanco Brito (14 de marzo, 1970).
- VII Dr. Julio Genaro Campillo Pérez (1º de diciembre, 1971).

CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

PUBLICACION A CARGO DE:

Dr. Manuel de Jesús Goico Castro

Santo Domingo, República Dominicana

Año LV

Enero Diciembre 1986

Núm. 143

SUMARIO

PANEGIRICO DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Manuel de Jesús Goico Castro</i>	3
ORACION FUNEBRE, <i>Dr. José Francisco Peña Gómez</i>	7
Dos Amigos: FRAY CIPRIANO DE UTRERA Y EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Mons. Hugo Eduardo Polanco Brito</i>	15
RECORDANDO A EMILIO, <i>Pedro Troncoso Sánchez</i>	19
EN ELOGIO A DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Frank Moya Pons</i>	23
CARTA DIRIGIDA A LA SEÑORA CLARA RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Juan Jacobo de Lara</i>	29
TRIBUTO AL PADRE DE NUESTRA HISTORIA DOCUMENTAL, <i>Dr. Julio G. Campillo Pérez</i>	31
DON EMILIO EL ESCALADOR DE LA HISTORIA, <i>Carlos Dobal</i>	33
EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Porfirio Herrera Báez</i>	35
ALCANCE HISTORICO DE LA OBRA DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Manuel A. García Arévalo</i>	37
BIBLIOGRAFIA DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI.....	43
DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>José Israel Cuello</i>	55
DE CUBA A RODRIGUEZ DEMORIZI, <i>Francisco Dorta-Duque</i>	61
DON EMILIO Y DON SEBASTIAN, <i>Héctor Pérez Reyes</i>	65
RODRIGUEZ DEMORIZI EN LA TERTULIA DE LOS SOLTERONES, <i>Georgilio Mella Chavier</i>	69
ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA, DE LA HISTORIA Y OTROS PROMINENTES ESCRITORES EXPRESAN SUS CONDOLENCIAS.....	73
LA PRENSA NACIONAL, ANTE LA MUERTE DE DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI.....	77
EDITORIALES.....	93
NOTICIAS DE LA ACADEMIA.....	101





PANEGIRICO
DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Manuel de Jesús Goico Castro

Estamos frente a un espectáculo que conmueve la conciencia nacional; que cubre con orlas de luto el mundo de las letras dominicanas y el de las letras hispanoamericanas. En este preciso instante se ha abierto paso hacia la inmortalidad, serena y gloriosamente, un santo, un sabio, uno de los más fecundos escritores del siglo XX, consagrado en las últimas seis décadas a escribir más de ciento veinte obras: Emilio Rodríguez Demorizi, uno de los más castizos y eruditos de los historiadores dominicanos, a quien he considerado siempre, con devoción y respeto, como un padre espiritual, como mi eterno Maestro y como un amigo leal y generoso en la más amplia significación de la palabra.

Aunque fluyera de nuestros labios la más poderosa elocuencia, como la de Bossuet y de otros magos creadores de panegíricos de la oratoria sagrada, no nos será dable enaltecer lo suficiente la magnanimidad de este inmortal varón de virtudes, consumado maestro de las artes de la historia, de las más memorables calendas dominicanas en torno a nuestro período colonial y republicano, autor de esos libros elaborados por sus manos, ahora inmóviles, por su privilegiado cerebro, dormido ahora para siempre, en el silencio más oscuro y eterno.

Rodríguez Demorizi lució hábitos benedictinos y consagración sobrehumana, inmerso en el amable ejercicio de descubrir la verdad, en el sagrado claustro de su biblioteca —acaso una de las más ricas colecciones de "incunables" y de "ediciones príncipes" de la bibliografía histórica en lengua castellana—. Fue el sacerdocio de la historia su permanente ejercicio y su batalla.

Es posible que en una nueva edición de una Historia de la Literatura Dominicana se dedique un extenso capítulo consagrado a exaltar su portentosa obra. Por desgracia, muchas veces, una infantil inquina, un inexplicable antagonismo, contribuyen a opacar, a ignorar o a denostar la grandeza cenital de muchos hombres de genio. Pero éstos, al final, —como las águilas—, suelen volar sobre las nubes y vencen la ira del viento y el turbio embate de la lluvia.

Muchas veces en nuestra fauna intelectual detectamos el odio, la injuria, la negación, pasiones predilectas de espíritus raros, que esconden bajo ingenua simulación, su soberbia y su cinismo, hábitos indignos de los auténticos cultivadores de las letras, quienes siempre deben estar inspirados, —como dioses mayores— y prestos a comulgar con la hostia del amor y de la comprensión y a aliarse y respetarse los unos a los otros.

Emilio Rodríguez Demorizi, como el más fecundo escritor que conoce la historia dominicana, siempre será digno de respeto y de admiración por los espíritus nobles y justos, porque él supo forjarse con su pluma un sólido pedestal.

Publicó algunos libros más que los escritores Pedro Grases, de Venezuela y Guillermo Díaz Plaja, de España, acaso sus dos más cercanos rivales en fecundidad bibliográfica. Formulo este acerto a tono con una exhaustiva y erudita investigación, como resultado de una fidedigna y bien diseñada encuesta.

Rodríguez Demorizi se erigió, con ágil pluma, un enhiesto pedestal, integrado por el acervo de una rica bibliografía; libros fundamentales de historia dominicana y de temas de repercusión internacional, como los consagrados a Bolívar, a Martí, Rubén Darío, Hostos y Antonio Maceo; libros que son a manera de preesas representativas, joyas deslumbrantes, visibles ante la más autorizada crítica del orbe, como el sol y las constelaciones del cielo. Cabal hombre de letras, autor de una extraordinaria empresa cultural revestida de rigurosa y metódica categoría científica, que concita reconocimiento y admiración de escritores de otras lenguas y de otras razas. El pudo escribir con justa razón, como Horacio en una de sus odas inmortales: "No moriré todo entero, mi obra me

sobrevivirá". Estaba dotado de un sobrehumano y genial poder de creatividad, original estilo, enriquecido con la sobria densidad de los grandes maestros del idioma, méritos que constituyen nuestro orgullo más recóndito, y al propio tiempo ponen de resalto su inconfundible relieve de inmortalidad.

En el ámbito de la cultura americana, su figura se agigantará con los siglos, a medida que las academias de la historia, las universidades y las nuevas generaciones sepan captar y analizar con honradez y sin prejuicios, el soberbio legado espiritual con que él escribió su nombre con signos imperecederos. Es gloria que pertenece a nuestra patria y no vacilan en reconocerla la privilegiada legión de escritores que cultivan la historia en las lenguas modernas del mundo de nuestro tiempo. El tenía para nosotros idéntica significación que Marcelino Menéndez y Pelayo para España; que Thiers para Francia; que Gibbon para Inglaterra; que Cantú para Italia; que Mommsen para Alemania y que otros historiadores de Venezuela, Colombia, Chile, Argentina y de otras naciones que cuentan con pensadores de esa excepcional jerarquía intelectual.

Al contemplar la impotencia del hombre ante los supremos designios de la Providencia, él había esculpido hace dos décadas una sentencia pletórica de cristiana resignación: "Cuántos sueños, cuántos proyectos y cuántos libros deja trunco la muerte".

Don Emilio fue para mí un ser extraordinario, muy amado y respetado. De su voz siempre intuí un eco cristiano, la generosa ofrenda de un aliento, la iluminadora orientación de un estímulo. Hombre bueno y cabal que tuvo la virtud de hablar con la voz, con la sonrisa y con la mirada. Viaja hoy de este mundo de lágrimas y de sombras "para estar con los ángeles del cielo", allá donde el Creador del Universo ubica en la gloria a los seres humanos de su estatura moral y de su genio creador. ¡Bendito sea Dios!

Es Rodríguez Demorizi el auténtico padre y precursor de los estudios de la moderna historia dominicana. Con suprema gallardía y devoción exaltó los próceres de la epopeya nacional: Enriquillo, Juan Pablo Duarte, José Núñez de Cáceres, Juan Sánchez Ramírez, Pedro Santana, Juan Isidro Pérez, Francisco del Rosario Sánchez, Máximo Gómez, Gregorio Luperón y otros; a los próceres de las letras: Meriño, Galván, Salomé Ureña, Juan Antonio Alix, José María Heredia, Gastón Fernando Deligne, Francisco Gregorio Billini, Pedro Henríquez Ureña, Ulises Francisco Espaillat, Pedro Francisco Bonó, y a otras figuras conspicuas de las armas y de las letras de "esta patria de los héroes y los mártires donde siempre seca lágrimas el sol".

Entre sus méritos más sobresalientes, como ciudadano probo y sabio, figura el estímulo que estuvo siempre dispuesto a otorgar, con sensible fibra de Maestro y cristiana generosidad de orientador de juventudes, a esa nueva legión de investigadores que podrán conquistar nombradía y gloria en el futuro, bajo la inspiración y la mirada iluminadora de la diosa Clío.

Quiera Dios que su ejemplo de laboriosidad, dominicanismo y bondad sirvan de lección permanente a todos cuantos hacemos de las letras nuestra profesión habitual y soñamos que habitamos en una ideal torre de marfil. Muchos estamos conscientes de que el ejercicio literario forja una segunda naturaleza y con esa mística y con esa cristiana creencia nos entregamos a servir a Dios, a nuestra Patria y a la Humanidad.

Los portales de la gloria y de la inmortalidad se han abierto para darle plácido alojamiento a uno de los más grandes personajes que ha producido la República: Don Emilio Rodríguez Demorizi. Un pensador escribió que las personas que hemos amado siempre están esperándonos en un recodo del infinito con los brazos abiertos: Silveria Rodríguez de Rodríguez-Demorizi, quien como Remedios Escalada para el General San Martín, siempre supo ser colaboradora, "esposa y amiga"; Pedro Henríquez Ureña recibe hoy a su más eminente discípulo; Américo Lugo, Manuel Arturo Peña Batlle, Fray Cipriano de Utrera, Vetilio Alfau Durán y Telésforo R. Calderón, con este otro compatriota ilustre atarán los hilos de oro de ese iluminado conciliábulo socrático de alta jerarquía espiritual con que sirvieron a la cultura dominicana. Por designios del destino están convocados hoy a un nuevo diálogo que se prolongará a toda la eternidad, siete sabios dominicanos inflamados por el ático fervor griego. Acaso sólo el poder de la Providencia otorgará el privilegio de poder intuir filosóficamente desde el ágora del infinito sus mensajes celestiales, inspirados en la verdad, el bien y la belleza.

Adiós Emilio, contigo se sepultan hoy en esta tumba parte de las fuerzas de mi espíritu y de las fibras de mi corazón.

Cementerio de la Av. Máximo Gómez, Santo Domingo, R. D.

ORACION FUNEBRE

Dr. José Francisco Peña Gómez

Si hay un motivo justificado para que el pabellón nacional descienda del tope del asta y se coloque en la mitad del tránsito que debe recorrer cada mañana, ése es el luctuoso suceso que nuestra capital ha presenciado acongojada en la madrugada de hoy cuando cerró los ojos para siempre el investigador que más los utilizó para desentrañar de montañas de documentos los secretos guardados celosamente por la historia en los archivos de Santo Domingo, España, Francia, Italia, Inglaterra, Venezuela, Argentina y otros países.

Ciertamente, ningún otro dominicano, y dudamos que otro latinoamericano, haya realizado una labor de investigación histórica de las colosales dimensiones de la cumplida por el gigante que en estos momentos acaba de agotar la trabajosa jornada de su vida.

Emilio Rodríguez Demorizi nació en la comunidad de Sánchez en fecha 14 de abril de 1904. Era hijo de los esposos Félix Francisco Rodríguez Jiménez y de Genoveva Demorizi Campos.

El eminente intelectual que velamos en estos momentos recibió sus primeras letras en la ciudad de La Vega y cursó la licenciatura en derecho en la Universidad de Santo Domingo.

Eficiente servidor público, inició su carrera de funcionario desempeñando las funciones de Ayudante del Procurador General

de la República, que lo era en esa época el Lic. Cayetano Rodríguez.

Su vocación, sin embargo, no era el ejercicio de la profesión de abogado ni la interpretación de los textos jurídicos. El licenciado Emilio Rodríguez Demorizi vino al mundo con la misión de poner en orden la historia nacional, y de paso, contribuir a esclarecer episodios fundamentales de la historia de las patrias latinoamericanas y de la madre España.

Los talentos del Lic. Rodríguez Demorizi eran diversos y la versatilidad de su intelecto tuvo variadas manifestaciones, porque no sólo ha sido el dominicano que más ha escrito sobre nuestra historia; también fue maestro de investigación científica, descollando en disciplinas y en materias tales como la geografía, la mineralogía, la fauna y los recursos naturales.

Como dominicano integral, Emilio Rodríguez Demorizi amaba intensamente la isla donde nació y por eso estudió con dedicación las acciones de los hombres y las mujeres cuyos hechos son los elementos básicos de nuestra historia, pero también estudió el suelo que pisaron los autores de nuestro acontecer, porque tan aficionado era al examen de la geografía que le corresponde el mérito de ser el fundador y Presidente hasta el día de hoy del Instituto Dominicano de Geografía.

Nuestro ilustre Presidente era miembro del Instituto Dominicano de Genealogía, que preside el digno mitrado Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito y del que es Secretario otro distinguido cultor de la investigación histórica: el Lic. Julio Genaro Campillo Pérez.

Maestro de la historia, políglota y maestro de la lengua en que escribió sus obras, don Emilio Rodríguez Demorizi ha sido hasta hoy Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, pero sus conocimientos enciclopédicos y la pericia con que podía bucear sin asfixiarse en las profundidades de los archivos de las naciones vinculadas a nosotros, lo consagraron también como miembro de la Academia de la Historia de España, Guatemala, Colombia y Venezuela, entre otros países y además, por su magistral dominio del idioma, miembro de la Academia de la Lengua de España.

El más grande historiador dominicano de este siglo desempeñó posiciones de alta jerarquía, tales como la de Rector de la Universidad de Santo Domingo, Secretario de Estado de Interior y Policía, Embajador en Nicaragua, Costa Rica y España. Su vida diplomática —que se inició en 1947— comprendió también el

ejercicio de las funciones de Ministro Consejero en Italia y en Colombia.

La función que más pudo contribuir a la magna obra realizada por don Emilio Rodríguez Demorizi fue la dirección del Archivo General de la Nación, cargo que desempeñó en tres oportunidades, convirtiéndose él mismo en un archivo de datos e informaciones al que recurríamos todos los que sabíamos que, gracias a su extraordinaria labor intelectual, sus conocimientos en la materia histórica eran enciclopédicos.

Emilio Rodríguez Demorizi desempeñaba las funciones de Secretario de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos en el año 1961 cuando el Dr. Balaguer era Presidente de la República y el pueblo dominicano, actuando por conducto de los héroes del 30 de mayo había vengado 31 años de opresión dando muerte al dictador.

El doctor Joaquín Balaguer correspondió a la audaz decisión que tomaron los líderes del Partido Revolucionario Dominicano de regresar al país y establecer el primer partido democrático de oposición al régimen trujillista en el territorio nacional. En esa época conocí al Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, por que él fue el contacto utilizado por el Presidente Joaquín Balaguer para mantener una comunicación que contribuyó a la apertura democrática de la nación.

Cada vez que se presentaba una situación difícil, que sobrevenía un peligro para la seguridad de los líderes perredeístas o sucesos que amenazaban con cerrar la débil brecha democrática recién abierta, el hombre a quien recurrían Angel Miolán y sobre todo el Prof. Juan Bosch, era el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, porque fui testigo y actor de aquellos episodios estelares de la democratización del país y puedo testimoniar ante la nación que, no obstante haber servido al régimen caído, don Emilio Rodríguez Demorizi fue un faro civilizador en medio del oscurantismo de la tiranía.

El suceso que mejor perfiló el patriotismo y el amor a la libertad y a la justicia del Lic. Rodríguez Demorizi, fue su participación en la Revolución Constitucionalista de 1965. Antecediéndole en el compromiso con la lucha armada, estuvo su hijo de apenas 18 años José Antonio Rodríguez Soler, que fue uno de los primeros constitucionalistas en caer víctima de la acción interventora de tropas extranjeras.

El sacrificio de la vida de su hijo estremeció las fibras más íntimas de alma de don Emilio, a quien solíamos contemplar caminar con paso tardo y la vista perdida abrumado como estaba

por el peso de la tragedia personal y el recuerdo imborrable de su descendiente. Un día, un mozo en la década de los veinte, tropezó con un ilustre historiador en la calle Mercedes y platicó con él sobre los sucesos que en aquellos momentos habían convertido a la República en centro de la atención mundial en el campo de batalla donde luchaban dos bandos dominicanos en medio de una dolorosa intervención militar extranjera. El viejo maestro de la historia nos habló de su compromiso con la democracia, la independencia y la libertad, recalcando que la pérdida de su hijo —aunque era motivo de profunda aflicción— había más bien fortalecido la confianza en la justeza de la lucha que empeñaban entonces los constitucionalistas para devolver al país el orden constitucional.

Fue entonces que aquel joven, que hoy es Síndico del Distrito Nacional, le propuso al historiador que si quería ponerse en contacto con el jefe de la revolución constitucionalista, porque estaba convencido que sería un efectivo auxiliar para aquel joven militar que mucho necesitaba de la valiosa asesoría de los sabios consejos de aquel maestro de maestros. Fue así como nos dirigimos a la cuarta planta del edificio Copello e introduje a don Emilio Rodríguez Demorizi ante el coronel Francisco Alberto Caamaño, que lo convirtió desde ese mismo momento hasta el fin del movimiento constitucionalista en un colaborador y que lo mismo fue un testigo de primer orden junto al compañero Héctor Aristy, de los extraordinarios acontecimientos que tanto contribuyeron a moldear el orden constitucional que disfrutamos hoy.

A partir de aquel momento, don Emilio Rodríguez Demorizi presenció las negociaciones que realizaron los constitucionalistas con la Organización de Estados Americanos. Aquella oportunidad única que le concedió la vida de ser actor y testigo de uno de los hechos más sobresalientes de nuestra historia le evitó cumplir la pesada labor indagadora de los archivos, porque llegué a verlo extender su mano ligera con el fin de apoderarse de los documentos que se discutían en la mesa de negociaciones y donde quedó grabada parte de la historia escrita entre bastidores por aquellos jóvenes dominicanos.

Me expresó que estaba escribiendo la historia de aquellas negociaciones que pusieron fin a la Revolución y también historiando para las futuras generaciones los sucesos que tuvo la ficha de presenciar. Entre el número de más de cien obras, debe incluirse ese trabajo que nadie conoce porque lo ha guardado

celosamente comprendiendo que el tiempo no había borrado con las cicatrices del olvido las heridas en la piel y en el corazón del pueblo dominicano ocasionadas por aquella guerra fratricida.

El día que concluyó la Revolución de Abril, el coronel Caamaño resignó el mando pronunciando un discurso que consignaba estas palabras que pertenecen a la historia... "Porque me entregó el pueblo el poder, al pueblo vengo a entregarle lo que le pertenece" y antes de que él hablara a una multitud que colmó la Fortaleza Ozama, un dominicano que prácticamente podía ser padre y abuelo de la mayoría de los combatientes y dirigentes de la Revolución habló con entusiasmo con la voz timbrada por las emociones del patriotismo; se llamaba Emilio Rodríguez Demorizi, que puede calificarse como el primer dirigente intelectual del movimiento.

La última función pública que desempeñó don Emilio Rodríguez Demorizi fue la de Regidor, cuando seguramente no imaginaba que volvería a ser funcionario público y disfrutaba de su ocupado retiro y de una posición económica que le permitía vivir al margen del desempeño de un cargo oficial.

Aquel eminente ciudadano que fue embajador en varios países cuando la función diplomática se valoraba y jerarquizaba, como lo que debe ser la representación del Estado Dominicano ante las naciones de la comunidad internacional; aquel ciudadano distinguido que señoreó con su autoridad y su intelecto el primer centro educativo de nuestro país y que fue parte del gabinete de varios gobiernos, consintió en descender a la humilde condición de Regidor y acceder a ella después de aceptar por primera vez figurar como candidato en la boleta de un partido político.

Sin involucrarse en las polémicas de la campaña electoral de 1982, don Emilio Rodríguez Demorizi aceptó ser postulado como primer Regidor y no tengo ninguna duda que su presencia en la lista de candidatos de nuestro partido en la capital fue un factor decisivo que contribuyó a la alta votación que tuvimos en la capital y que ayudó a consolidar la victoria del hoy Presidente de la República, Dr. Salvador Jorge Blanco.

Logrado el triunfo, don Emilio aceptó otra misión sumamente difícil de cumplir, la de ser Presidente del Ayuntamiento del Distrito Nacional. En esa época, el Síndico era objeto de un fuego cruzado despiadado procedente de los dos flancos de los partidos Reformista y de la Liberación Dominicana que junto al Partido Revolucionario Dominicano componían la Sala Capitular.

Durante el primer tiempo de su delicada misión, don Emilio

señoreó el Ayuntamiento como un cóndor con sus alas extendidas por encima de nuestros adversarios que en cada 16 de agosto acogieron unánimemente nuestra propuesta para que se le confiriera un nuevo mandato como Presidente del Ayuntamiento de Santo Domingo. Los voceros de los partidos Reformista y de la Liberación Dominicana, no obstante los graves conflictos que nos separaron, hicieron la salvedad de que don Emilio estaba colocado por encima de las discordias de partidos y de líderes y que habían sido instruidos por los ex presidentes Joaquín Balaguer y Juan Bosch de votar unánimemente por su candidatura. Fue así que conservó su condición de Presidente hasta el final, logrando ser el eje en torno al cual se construyó una gran fraternidad y un respeto mutuo ejemplar entre regidores y funcionarios que no obstante pertenecer a diferentes partidos le hemos dado un ejemplo al país de que es posible la convivencia civilizada entre dominicanos de todas las ideologías.

Desde hace varios meses se advertía que la muerte libraba contra su vida las primeras escaramuzas, preparatorias del asalto final, porque sus fuerzas desfallecían en los actos y su poderosa mente perdía su lucidez de computadora. Finalmente, su cerebro y parte de su cuerpo quedaron semiparalizados y su voz enmudeció permaneciendo por varias semanas relegado a la impotencia en la cama de una clínica.

El final de sus sufrimientos llegó anoche y con él está casi terminando nuestro Ayuntamiento.

Más que los munícipes de Santo Domingo están de duelo las letras nacionales porque nadie las ha abrillantado más que él con su prodigiosa y variada producción literaria e historiográfica.

Para ilustración de los dominicanos incluimos una lista limitativa de una parte importante de su voluminosa creatividad:

Poesía Popular Dominicana (1938). Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco (1938). El Cantor del Niágara en Santo Domingo (1939). Luperón y Hostos (1939). Camino de Hostos (1939). El Padre Billini y Eugenio María de Hostos (1939). Apuntes de Viaje por los Estados Unidos (1941). Colón en la Española: Itinerario y Bibliografía (1942). El Acta de Separación Dominicana y el Acta de la Independencia de los Estados Unidos de América (1943). Del Romancero Dominicano (1943). Vicisitudes de la Lengua Española en Santo Domingo (1944). Samaná: Pasado y Porvenir (1945). Santana y los Poetas de su Tiempo (1969). Diario de la Guerra Domínico-Española 1863-1865. (1963). Papeles de Buenaventura Báez (1969). Guerra Domínico-Haitiana (1957). Refranero

Dominicano (1950). Papeles de Rubén Darío (1969). Relaciones Históricas de Santo Domingo. Primer Tomo. (1945). Relaciones Históricas de Santo Domingo. Segundo Tomo (1945). Relaciones Históricas de Santo Domingo. Tercer Tomo (1957). Acerca de Francisco del Rosario Sánchez (1976). Frases Dominicanas (1980). Sociedades, Cofradías, Escuelas, Gremios y otras Corporaciones Dominicanas (1975). Invasiones Haitianas de 1801, 1805 y 1822 (1955). Papeles del General Santana (1952). Relaciones Geográficas de Santo Domingo (1970). Enciclopedia Dominicana del Caballo (1960). Papeles de Pedro Francisco Bonó (1964). Lengua y Folklor de Santo Domingo (1964). Cronología de la Real y Pontificia Universidad de Santo Domingo 1538-1970 (1970). Martí y Máximo Gómez en la Poesía Dominicana (1984). Duarte Romántico (1969). Derrotero de la Isla de Santo Domingo (1975). Seudónimos Dominicanos (1956). Fundación de Baní (1974). En Elogio de la Geografía (1970). Martí y la Patria de Darío, Apuntes. (1953). Necrología del Padre de la Patria (1976). Colón en la Española, Itinerario y Bibliografías (1974). Elogio del Gobierno de la Restauración, Discurso. (1963). La Tertulia de los Solterones (1974). Salomé Ureña de Henríquez (1944). Noticias de Puerto Plata (1975). En Torno a Duarte (1976). Nueva Fundación de Puerto Plata (1975). Papeles de Monseñor de Meriño (1963). Los Dominicanos y las Encomiendas de Indias de la Isla Española (1971). Apuntes de Rosa Duarte (1970). La Muerte de Lilís (1983). Documentos para la Historia de la República Dominicana. Tres tomos (1959). Relaciones Domínico-Españolas (1955). Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas (1960). Baní y la Novela de Billini (1964). Rubén Darío y sus Amigos Dominicanos (1942). España y los Comienzos de la Pintura y la Escultura en América (1966). Cancionero de Lilís, Poesía, Dictadura y Libertad (1962). Santo Domingo y la Gran Colombia (1971). Martí y Máximo Gómez en República Dominicana (1953). Proyecto de Incorporación de Santo Domingo a Norteamérica (1964). Riqueza Mineral y Agrícola de Santo Domingo (1965). Cancionero de la Restauración (1963). Próceres de la Restauración (1963). La Imprenta y los primeros periódicos de Santo Domingo (1943). Actos y Doctrina del Gobierno de la Restauración (1963). Hostos en Santo Domingo (1939). Antecedentes de la Anexión a España (1955). Hojas de Servicio del Ejército Dominicano (1968). Informe de los Estados Unidos de América en Santo Domingo en 1871 (1960). Maceo en Santo Domingo (1978).

Emilio Rodríguez Demorizi, padre de la historia contemporánea, patriota y combatiente: Recibe por nuestro conducto el homenaje de

la ciudad de Santo Domingo y la gratitud de los dominicanos que te reconocen como el máximo conservador de los tesoros de su historia. Si las generaciones del futuro deben reverenciarte por tus obras, sin duda alguna que perteneces a la aristocrática y reducida promoción de los maestros de la acción y del pensamiento, a la categoría de los grandes hombres que como el arado abren con los surcos de su creación la sementera donde florecen las rosas de la cultura, el progreso y el honor de los pueblos.

(LISTIN DIARIO, lunes, 30 de junio de 1986, página 10)

Dos Amigos: FRAY CIPRIANO DE UTRERA
Y EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Mons. Hugo Eduardo Polanco Brito

La historia del mundo ha sido iluminada por la amistad profunda e íntima de algunas personas.

La Biblia nos habla de David y Jonatán, el hijo del Rey Saúl, que "amaba mucho a David" (I Sam. 19, 1); y la historia de la Iglesia presenta a dos amigos, cuya amistad es ejemplo para los que amamos a Cristo: Agustín de Tagaste y Alipio.

La vida moderna de la República Dominicana nos presenta al Lic. Don Emilio Rodríguez Demorizi, recién fallecido Presidente de nuestra Academia de la Historia, y a quien me ha tocado el honor de suceder, y a Fray Cipriano de Utrera, llamado por aquel "incomparable investigador y amigo entrañable" (Noticias, I, 7).

Como en la antigüedad, la historia y el amor a su estudio juntó dos colosos en la investigación de la vida dominicana: Utrera en el período colonial y Rodríguez Demorizi en la época republicana.

La labor de estudios históricos que comenzaron a realizar el Dr. Américo Lugo y Máximo Coiscou en el Archivo General de Indias, fue continuada con creces por Fray Cipriano de Utrera en una dedicación intensa e inteligente, para desentrañar verdades históricas, que se conocían a medias, o que no se conocían. Estas investigaciones fueron después continuadas por el académico Lic. D. César Herrera Cabral, actual Director de la Biblioteca Nacional.

Cuando en 1927 apareció el primer tomo de *DILUCIDACIONES HISTORICAS*, se abrió un nuevo camino en el conocimiento de la historia colonial de Santo Domingo, basado en la búsqueda de fuentes en el Archivo General de Indias, que otros no tuvieron oportunidad de escudriñar en las entrañas inmensas de aquel acopio de documentos de la historia de América.

Diffícilmente las actuales generaciones pueden aquilatar lo que Utrera hizo para desentrañar el cúmulo de documentos que encierran los archivos que él visitó: Sevilla, Santo Domingo, Caracas, San Juan de Puerto Rico, Washington, etc., yendo detrás de las fuentes históricas, que iluminarían largos períodos de nuestro pasado.

Es increíble el esfuerzo intelectual y físico que, por largos años, tuvo que realizar Utrera, para recopilar el enorme arsenal de documentos, que hicieron posible el número de obras escritas por el ilustre fraile.

1932 vio salir el libro "Universidades" que, aunque no aceptamos las conclusiones de Utrera, en lo que se refiere al origen de la Universidad de Santo Domingo, es sin embargo, a mi modo de ver, la obra mejor acompañada de documentos que se haya publicado en Santo Domingo.

Cipriano tenía un estilo enredado, a veces difícil de entender, pero sí con demostración de mucha cultura humana, religiosa y profunda erudición histórica, que lo constituyen en el hombre que dominó mucho tiempo los estudios de los tres siglos de nuestro pasado.

La Historia de "Nuestra Señora de Altigracia" fue retenida en su publicación por la autoridad eclesiástica, alarmada por la teoría de que no existió una aparición de la imagen, según la creencia popular, sino que había sido traída desde España. Pasado un tiempo, se publicó con la teoría utreriana, pero más tarde Rodríguez Demorizi publicó el primer tomo de "Relaciones Históricas" (1942), con la Relación del Canónigo Alcocer, iluminando el origen histórico de la venerada imagen, traída desde Extremadura, y que está ahora demostrado por la expansión del nombre de Altigracia en todos los cielos de América.

La Historia Militar de Santo Domingo (1947), tres volúmenes, es todavía la única fuente militar de la colonia.

Dos temas polémicos han sido tratados por Cipriano con maestría de investigador, porque ha salido victorioso: "Los Restos de Colón en Santo Domingo" (1977) y "La Polémica de Enriquillo" (1973).

donde se prueba la facilidad de Fray Cipriano para buscar la verdad histórica.

En la advertencia a la edición de los Restos de Colón, Demorizi afirma que su "venerable Maestro Fray Cipriano de Utrera" ...gozaba de gran "veneración que le profesábamos en nuestro hogar".

La obra se publica después de intenso trabajo de la señora esposa del Lic. Rodríguez Demorizi, doña Silverita, puesto que Fray Cipriano había tomado la resolución de "legarles su valioso archivo histórico".

Afirma con toda seguridad don Emilio que "con la obra de Fray Cipriano de Utrera, español a carta cabal, y de autoridad y honradez insospechable, la tesis dominicana de los Restos de Colón recibe decidida confirmación".

Todos los estudios modernos sobre la personalidad y muerte del famoso cacique Enriquillo le dan la razón de que él no vivió ni murió en Boyá, sino cerca de Azua, que podrá ser el actual poblado de Sabana Buey, en la actual jurisdicción de Baní.

El discípulo recibió el legado del maestro y la última publicación de Fray Cipriano son los 6 volúmenes de "Noticias Históricas", que Demorizi publica con devoción al recuerdo del amigo ido. Las Noticias son un verdadero arsenal, que puede guiar al descubrimiento de innumerables fuentes de la historia dominicana, iluminando simples noticias de muchísimos personajes de nuestro pasado.

Al morir Fray Cipriano, Rodríguez Demorizi dedica 72 páginas de "CLIO", No. 113, de 1985, a recordar al amigo ido, llamándolo "verdadero forjador de la moderna historia colonial de Santo Domingo".

Utrera era un gran conversador, cuando él encontraba la persona con la que podía estar charlando diferentes temas. Era gran amigo del hoy Cardenal Octavio Antonio Beras. Yo personalmente le conocí, le visitaba, y cuando regresé de Roma después de mis estudios de Derecho Canónico, le ofrecí algunos datos para la publicación de su *Episcopologio Dominicopolitano*, 1956, cosa que él reconoce, cuando dice: "Buen servicio ha prestado para más completar este *Episcopologio* las investigaciones en Roma hechas por el hoy Obispo Mons. Hugo E. Polanco, cuyas son algunas fechas que dejaron de recogerse en el Archivo General de Indias" (pág. 5).

Pero a don Emilio y a doña Silverita él los visitaba cada día, para charlar en la biblioteca, tomar café y agua fría.

La vecindad de la Iglesia Patronal de las Mercedes, donde habitualmente residía Fray Cipriano y la casa-hogar de los Rodríguez Demorizi, a pocos pasos del convento, hacía más frecuente la visita.

Cuando llegó la hora suprema de la despedida, Utrera no estaba en Santo Domingo, sino en misión oficial en el Archivo de Indias; pero ya él como que presintió la partida, y dejó en manos del amigo y discípulo todos sus papeles históricos, sus fichas y cuadernos, que sólo así podrían conservarse y ser del dominio público, como ha sucedido. La obra póstuma de Fray Cipriano, que publicó don Emilio, está constituida por 9 volúmenes.

La Academia de la Historia hace poco perdió a su Presidente, personaje identificado con con la misma vida de la institución, y que él quiso fortalecer con la "Fundación Rodríguez Demorizi".

Don Emilio defiende el amigo y dice de él: "asombran los recursos dialécticos de Fray Cipriano polemista, tan sabio como implacable en la expresión y la censura, a veces de inusitada violencia y crudeza... Pero en él presidía el culto de la verdad, que él presentaba siempre, no en las afables formas de cortesía, sino como en la punta de una lanza".

"Como hombre, pocos he conocido del temple de Fray Cipriano", honesto hasta los extremos de la santidad; recto e íntegro hasta la aspereza; leal, afectuoso y consecuente con la amistad, hasta confundirla con los sentimientos paternos; discreto como si siempre estuviese en el confesionario; español hasta la raíz, y a la vez dominicano incomparable".

"Yo deseo que la República Dominicana sea lo que el mejor de los dominicanos quiere que sea", dijo él. Por eso pidió ser enterrado aquí.

Sería difícil escribir estas palabras, si no hubiera existido una profunda amistad entre don Emilio y Fray Cipriano.

Viendo el ejemplo de estas dos vidas, ya pasadas al campo eterno de la historia, vienen a la mente las palabras del Eclesiástico:

"Un amigo fiel es poderoso protector; el que lo encuentra halla un tesoro. Nada vale tanto como un amigo fiel; su precio es incalculable. Un amigo fiel es remedio saludable" (Eclesiástico 6, 14-15).

La República y la Academia de la Historia necesitan amigos como don Emilio y Fray Cipriano.

Higüey, 2 de enero de 1987

RECORDANDO A EMILIO

Pedro Troncoso Sánchez

En los años veinte conocí a Emilio Rodríguez Demorizi. Había nacido en Sánchez y su infancia y adolescencia las pasó en Puerto Plata. Luego vino a Santo Domingo a estudiar Derecho. Mi padre fue uno de sus profesores, y le tomó gran aprecio cuando le advirtió su extraordinario amor a la historia y su vocación de investigador. Lo invitó a hacer la pasantía estudiantil en su oficina de abogado. Fue la ocasión en que nos hicimos amigos. Para ganarse la vida consiguió un empleo en la Secretaría de la Cámara de Diputados, probablemente a diligencias de su cuñado José Puig, representante de Puerto Plata.

Así como en la Universidad le enseñaba mi padre algunas ramas de la ciencia del Derecho, en el bufete lo iniciaba en la práctica de la profesión de abogado, que bien poco ejerció, pues tal era en Emilio su dedicación a la historia que a ella dedicaba preferentemente su inteligencia y su tiempo.

Años después me dijo que cuando todavía no nos conocíamos había presenciado como simple curioso, en la catedral, mi matrimonio con Olga, mi mujer. Eso fue el 27 de julio de 1929. También me contó que asomado él a una de las puertas del salón de sesiones de la Cámara de Diputados, me había visto actuar como diputado a la Asamblea Revisora de la Constitución celebrada en el mismo año.

En la década de los treinta coincidíamos a menudo en actividades culturales, especialmente en el Ateneo Dominicano, en jurados de certámenes y en el local de la Sociedad Acción Cultural. En aquella época advertí en Emilio lo reacio que era a tomar parte activa en eventos públicos. Su inclinación fue siempre la de trabajar en la intimidad de su archivo-biblioteca, evitando hablar ante un concurso de personas. Por eso es difícil recordarle pronunciando discursos o conferencias o compareciendo en la televisión o la radio. Esa timidez de Emilio, que quizás era una forma de agorafobia, en ocasión de celebrarse en el Ateneo el centenario de Hostos en 1939, *me comprometió a leer ante el auditorio un discurso de él porque a última hora se había excusado alegando un quebranto*. Yo sé que él realmente se enfermaba cuando tenía que hablar en público. El tema de su trabajo era "Luperón y Hostos", que más tarde se publicó con el prólogo mío.

Lo que en otra persona que no sea un titán de la investigación histórica como lo fue él, sería un atributo negativo, en el eximio estudioso es más bien una prueba de su incansable sacerdocio. En aquella ocasión me lo imaginé aprovechando el tiempo nocturno pegado a su escritorio repleto de papeles mientras yo lo representaba en la solemnidad.

En el decenio de los cuarenta se inicia en Emilio la labor fecunda que continuó hasta el presente de los ochenta. Desde entonces hasta este año produjo un promedio de 33 libros por década. Esa vasta producción, que es inapreciable legado a los estudiosos del presente y del futuro, fue sólo posible por ser fiel a su vocación y a su destino, expresados en una frase que solía repetir: "yo no le vendo mi tiempo a nadie". Su trabajo de historiógrafo no cesaba estuviera donde estuviera y cualquiera fuese el puesto que ocupara: En Santo Domingo, en Colombia, en Italia, en Nicaragua, en España, en Francia, en Inglaterra o en los Estados Unidos de América. Desempeñaba sus cargos pero sin mengua del tiempo que le imponía su destino. Con esa condición los aceptaba. Su tiempo, su verdadero tiempo, era sólo el de su labor historiográfica. En ella se mantuvo hasta el día en que cayó para no levantarse.

Coincidimos en Roma entre 1949 y 1952. Era él Ministro Plenipotenciario ante el gobierno italiano y yo Embajador ante la Santa Sede. Entre nosotros dos y las respectivas familias se mantuvo, por supuesto, una constante frecuentación. En una tarjeta postal que recién llegado a la Ciudad Eterna le envié a mi padre, decía: "Aquí en Roma, con San Pedro y Pedro". Solíamos reunirnos con los esposos Vicini-Rossi: Atilano e Irene. Nuestro restaurant favorito era "Il Bucco", en la Piazza del Colegio

Romano. Como llegamos a conocer nuestros respectivos gustos, algunas veces se adelantaba Emilio a pedir el plato que yo iba a elegir: "pollo senza osso". Cuando Irene de Vicini, muy aguda de entendimiento, le imputaba en broma alguna malicia, él se defendía diciendo: "poveretto io".

A veces hastiábamos a los amigos con prolongadas conversaciones acerca de asuntos de historia dominicana, sobre todo cuando no concordaban nuestras opiniones, especialmente en relación con Pedro Santana. No obstante esta divergencia, revisó mi estudio "Santana en la Balanza" en que el caudillo anexionista queda malparado. También me ayudó en un trabajo acerca de Hostos. En general, sin la cooperación de Emilio, como también la de Vetilio Alfau Durán, me hubiera sido más difícil producir en materia histórica y quizás no hubiera escrito la biografía de Duarte. También es de notar que la colección del Boletín del Instituto Duartiano cobró su mayor importancia gracias a las colaboraciones de ambos ilustres historiadores.

En la etapa romana de nuestras vidas fui testigo de la gran cooperación que al historiador prestaba la abnegada Silveria, su esposa, hija del historiador y geógrafo C. Armando Rodríguez. Silverita estaba hecha como a la medida para ayudarlo, con su cultura, su bondad y su paciencia. Para ordenarle sus papeles, formarle bibliografías, hacer índices analíticos de sus libros, revisarle originales y para que cada libro y cada documento estuviera en su lugar. Ida a destiempo, mucho antes que él, ella es digna de que se le rinda el homenaje de un recuerdo cuando se valora la obra dejada por Emilio Rodríguez Demorizi.

Los asuntos de la Academia nos mantenían en constante comunicación. Eran las obligadas relaciones entre Presidente y Tesorero para tratar problemas y especialmente manejar la edición de libros y la del órgano oficial de la institución, que es la revista CLIO. Sus llamadas por teléfono a mi oficina eran naturalmente muy frecuentes y a la secretaria que hace de recepcionista en mi oficina le intrigaba la forma lacónica en que el académico presidente llamaba y se identificaba: "¿Oficina Troncoso? Buenos Días.— Con Pedro.— ¿De parte?— Emilio.—"

La última vez que lo vi en plena posesión de sus facultades fue cuando, enfermo yo, me visitó en la clínica Abreu. A poco lo visité moribundo él, en el mismo centro hospitalario. Me miraba fijamente con los ojos muy abiertos, como queriendo decirme muchas cosas. Quiso hablarme y no pudo.

Emilio, creo saber lo que deseaste recomendarme: tu Fundación, tu Academia, tu Mercedes Clara de tu alma. Te estoy cumpliendo.

EN ELOGIO
A DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Frank Moya Pons

Ligera carga han puesto sobre mis hombros los organizadores de este acto al pedirme que participe en este homenaje que el Museo Nacional de Historia y Geografía ha preparado para rendir tributo a los dos padres vivientes de la historia dominicana contemporánea, don Vetilio Alfau Durán y don Emilio Rodríguez Demorizi. El peso se me hace más liviano por el placer de darme cuenta de que no tengo que incurrir en el encomio exagerado ni en la alabanza gratuita, pues, por el contrario, el mayor monumento que puede levantarse a la obra de don Emilio Rodríguez Demorizi lo constituyen ya sus propias obras, que pasan de los cien títulos, y que forman, hoy por hoy, la gran columna que sustenta los estudios históricos dominicanos cuya finalidad, como ustedes saben, es la consolidación de la conciencia nacional.

Es, pues, un honor y una satisfacción hablar sobre la fantástica capacidad de trabajo de este hombre que constituye, junto con don Vetilio Alfau Durán, el más alto modelo de la abnegación intelectual que haya dado el país desde los días de Pedro Henríquez Ureña. Bien he llegado a aprender y bien vivo día tras día la experiencia de saber que sin los libros de don Emilio Rodríguez Demorizi no es posible escribir la historia dominicana en forma moderna y moderna y razonable.

El designar la biblioteca del Museo con su nombre es también un

reconocimiento a los mil y un servicios que don Emilio Rodríguez Demorizi ha rendido a la patria a través de su carrera de servidor público que lo llevó a ocupar cargos de altísima responsabilidad en la vida pública dominicana, como embajador nuestro en Colombia, Italia, Nicaragua y la rectoría de la Universidad de Santo Domingo, pasando por la Secretaría de Estado de Interior y por la Dirección del Archivo General de la Nación.

Bajo su Presidencia, la Academia Dominicana de la Historia ha alcanzado niveles de producción editorial que nunca antes el país había conocido, habiendo proporcionado a esta benemérita institución la posibilidad de enriquecer su colección en forma tal que ésta constituye hoy por hoy un ejemplo digno de ser imitado en el resto de la América Latina.

Sé que para otorgar este testimonio de reconocimiento a don Emilio Rodríguez Demorizi, el Museo Nacional de Historia y Geografía tuvo en cuenta sus primeros dos libros acerca de Juan Isidro Jimenes y la Poesía Popular Dominicana, publicados en 1938 y que hoy constituyen, ambos, modelos de prosa hermosa y bien pulida y de intachable investigación histórica y literaria. Estos dos libros han llegado a ser clásicos en nuestra literatura histórica y han merecido ser objeto de nuevas ediciones en años recientes en que las nuevas generaciones dominicanas han demandado su publicación para conocerlos y encontrar que, cuarenta años después, mantienen la misma frescura original con que fueron escritos.

Ahora bien, cuando él publicó estos libros ya era un joven ducho en la investigación histórica pues me consta que el 19 de marzo de 1933 publicó en el Listín Diario un interesante trabajo titulado "Méritos y Servicios del Arzobispo Valera", y que en algún ejemplar de La Opinión, de 1927, se atrevió a publicar lo que parece haber sido su primer ensayo literario consistente en un cuento que tal vez sea útil que esta noche él nos diga de qué se trataba.

Sin ánimo de fatigarlos, quiero hacer mención de algunas obras suyas sin las cuales, repito, no puede escribirse modernamente la historia de este país: les pido recordar su célebre estudio sobre El Acta de la Separación de América, en el cual don Emilio descubrió e hizo ver a los dominicanos las íntimas relaciones que había entre el pensamiento emancipador de nuestros próceres de 1844 y el de los fundadores de la nación norteamericana de 1776. Este estudio todavía hoy proporciona numerosas sugerencias para el estudio de las ideas políticas dominicanas.

Les pido también recordar su delicioso libro "Del Romancero Dominicano", emparentado muy de cerca con su otra obra sobre el Refranero Dominicano y con sus Fábulas Dominicanas que, junto con los Cuentos de Política Criolla, el Cancionero de la Restauración y el Cancionero de Lillís, proporcionan a los estudiosos de nuestra cultura luces sugerentes sobre las intimidades del espíritu dominicano. En estos libros Lengua y Folklore en Santo Domingo, Música y Baile en Santo Domingo, Pintura y Escultura en Santo Domingo, don Emilio aparece como el fundador de lo que en nuestras universidades debería llamarse la cátedra de historia de la cultura dominicana, pues en los excelentes estudios que encabezan estos libros don Emilio va abriendo por primera vez un camino que nunca antes había sido trillado por historiador alguno de este país, al enfrentarse a la difícil tarea de la búsqueda de las raíces del alma nacional.

Y como si eso fuera poco, su obra no se agota en este solo ámbito, pues don Emilio ha sido también el gran experto acerca de la presencia de Cristóbal Colón en la Española. No es, pues, casualidad que su primer libro sobre este tema se titule "Colón en la Española. Itinerario y Bibliografía", también publicado recientemente por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Sobre este tema del Descubrimiento y de los primeros años de nuestra historia, don Emilio discurre en sus obras Vicisitudes de la Lengua Española en Santo Domingo, La Isabela, Primera Ciudad del Nuevo Mundo, Colón y el Refranero, España y los Comienzos de la Pintura y la Escultura en América, así como Los Comienzos de la Vida Urbana en América, obras éstas, todas, en las que la erudición de don Emilio le colocan a la par con los grandes de la historiografía colombista y americanista.

Trabajando tan a fondo en torno al Descubrimiento, lo lógico era que don Emilio se dedicara también a los estudios coloniales, y fruto de esa dedicación han sido sus magníficas obras Relaciones Históricas de Santo Domingo, cuyos tres tomos constituyen, a mi modo de ver, junto con los trabajos documentales de aquellos grandes eruditos llamados Américo Lugo y Fray Cipriano de Utrera, el punto de partida de los modernos estudios históricos sobre la colonia dominicana. Como parte de su esfuerzo por desenterrar las principales fuentes del pasado dominicano de tiempos de la colonia, don Emilio ha publicado otras obras que son hoy algo así como la enciclopedia del saber histórico hispano-dominicano anterior a la Independencia. Me refiero a los libros Invasión Inglesa de 1655, Familias Hispano-Americanas, Cesión de Santo Domingo a Francia, Invasiones Domínico-Haitianas, La

Era de Francia en Santo Domingo, La Imprenta y los Primeros Periódicos de Santo Domingo y Santo Domingo y la Gran Colombia que recogen en varios miles de páginas, miles y miles de documentos que hoy nos han enseñado de dónde vienen los dominicanos y cómo el hombre de este país empezó a dejar de ser español para constituir una nación con una cultura y una personalidad criollas.

Como culminación de este esfuerzo de documentación colonial, aparecen en nuestra historiografía las más elaboradas de las obras de don Emilio que tienen que ver con la formación del Estado nacional dominicano y que reocgen lo más importante de la documentación oficial de la Primera República, de la Anexión y de la Restauración. Su ensayo, ya mencionado, sobre El Acta de la Separación Dominicana y el Acta de Independencia de los Estados Unidos es completado por su revelador volumen sobre La Constitución de 1844 y sus cuatro volúmenes titulados Documentos para la Historia de la República Dominicana, en los que recoge las más importantes piezas históricas relacionadas con la formación política del Estado dominicano entre 1844 y 1861. Igualmente reveladoras son sus obras sobre la Guerra Domínico-Haitiana, sobre los Antecedentes de la Anexión a España, sobre Las Relaciones Domínico-Españolas (1844-1865), sobre La Marina de Guerra Dominicana, sobre Las Hojas de Servicio del Ejército Dominicano durante la Primera República, sobre los Actos y Doctrina del Gobierno de la Restauración y sobre Los Próceres de la Restauración. Libros todos éstos, que han sacado a la luz pública la gran epopeya de la creación y la consolidación de la República Dominicana al lograr su independencia de los haitianos y, al mismo tiempo, al recobrarla de los españoles luego de haberla perdido en la tragedia de la Anexión.

Debo decir que todos estos volúmenes, con sus estudios liminares respectivos, aguardan todavía la mano de nuestros historiadores que saquen de ellos el jugo de la verdad histórica para que al fin resplandezca el juicio justo sobre los verdaderos forjadores de la República. Esa misma mano aguardan otros libros de don Emilio Rodríguez Demorizi acerca de los Padres de la Democracia Dominicana, Ulises Francisco Espaillat y Pedro Francisco Bonó, cuyos Papeles y Escritos fueron publicados por él para sacarlos del mayor de los olvidos, precisamente cuando el país salía de la tiranía de Trujillo y el pueblo dominicano ansiaba volver a su pasado para encontrar inspiración en nuestros próceres en la reconstrucción de esta sociedad tantas veces azotada por la tiranía a

pesar de haber dado a luz a varios de los más grandes liberales de América.

La presencia del espíritu liberal dominicano y su influencia en la historia de las ideas de Santo Domingo no concluye con las obras de don Emilio sobre Espaillat y Bonó, sino que se completa con sus magníficos volúmenes sobre Hostos en Santo Domingo, Martí en Santo Domingo, Maceo en Santo Domingo y los Papeles Dominicanos de Máximo Gómez, en una muestra de que la lucha por la libertad dominicana en el siglo XIX era un momento más de la lucha por la libertad de Puerto Rico y Cuba, en unos años en que las Antillas se debatían entre el del coloniaje y la independencia, en que frente a la agonía del león imperial de Castilla se levantaba el vuelo igualmente imperial del águila norteamericana. Como caso de estudio de este proceso, don Emilio Rodríguez Demorizi también ha publicado dos gruesos volúmenes sobre el Proyecto de Incorporación de Santo Domingo a Norteamérica, en 1869 y el Informe de la Comisión de Investigación del Senado de los Estados Unidos en Santo Domingo en 1871, en relación con este proyecto de incorporación.

No quiero terminar esta breve enumeración de las más importantes obras de don Emilio sin referirme a dos excelentes libros suyos que han sido aclamados por muchos especialistas, tanto dominicanos como extranjeros, como dos de sus mejores y más originales obras de madurez: me refiero a la *Tertulia* de los Solterones, novela galardonada hace varios años con el Premio Nacional de Literatura en la que explora los intrincados caminos psicológicos de la solteronía masculina, así como la posibilidad de que la figura literaria de don Juan Tenorio, famoso solterón empedernido, haya tenido cuna y origen en Santo Domingo cuando su creador, Tirso de Molina, residió en esta ciudad como Fraile de la Orden de la Merced. Su otra obra, totalmente diferente a ésta, pero igualmente profunda en el retrato psicológico y en la exploración del alma humana, es su fascinante estudio *Santana y los Poetas de su Tiempo*, cuyo título desorienta al lector porque hace creer que es un estudio literario aquello que constituye la mejor biografía que se haya escrito acerca del libertador Pedro Santana. A este libro todavía no le ha llegado su momento, pero estoy convencido de que el día que don Emilio le cambie el título y lo publique como lo que es, una biografía de Pedro Santana, que completa su otra obra sobre el libertador titulada *Papeles de Santana*, ese día los dominicanos podremos apreciar lo que hizo por el país aquel hombre atormentado por las terribles batallas

interiores que lo perseguían y lo convirtieron en el más incomprendido de los dictadores dominicanos.

Señoras y señores: En estos breves comentarios acerca de la obra de don Emilio Rodríguez Demorizi sólo he querido destacar lo que en otras ocasiones he repetido públicamente: sin los libros de don Emilio Rodríguez Demorizi no se puede escribir la historia de la República Dominicana. Si hoy hay una nueva historia que se escribe basada en documentos extraídos de los más diversos archivos y publicados en ediciones cuidadosamente expurgadas de errores, ello se debe en medida muy grande a la obra de este infatigable trabajador intelectual que dice a sus íntimos que "no le vende su tiempo a nadie" porque todavía no ha concluido y le quedan muchos volúmenes más por publicar.

Para don Emilio Rodríguez Demorizi pido de ustedes un caluroso aplauso.

MUSEO NACIONAL DE HISTORIA Y GEOGRAFIA, Santo Domingo, D. N., 20 de abril de 1982.

CARTA DIRIGIDA
A LA SEÑORA CLARA RODRIGUEZ DEMORIZI

Juan Jacobo de Lara

Querida Clarita:

No puedo dejar de expresarte mi más profunda pena al enterarme de la muerte de tu padre. Emilio fue un queridísimo amigo mío. Siempre le agradeceré el que fue una inspiración en mis esfuerzos por rescatar la obra de Pedro Henríquez Ureña, lo cual culminó en sus Obras Completas y otros volúmenes. Mucho material que usé en mis publicaciones fue obsequio suyo, que desde que supo mi interés por la vida y la obra de don Pedro, me dio toda clase de consejos y facilitó papeles.

Recuerdo con nostalgia las veces que nos vimos en Nueva York, y nuestras visitas a las grandes librerías de importadores de libros, y más tarde, aquí, mis visitas a su casa y a la Academia de la Historia.

Entre los papeles que él me llevó a Nueva York estaban las cartas de don Alfonso Reyes con su fraternal amigo, don Pedro. Con el tiempo, yo pude obtener, por medio del señor José Luis Martínez, también copias de las cartas de don Pedro a don Alfonso. Después de editarlas yo quería que las publicara la "Fundación Rodríguez Demorizi", pero por varias razones no se hizo y Emilio me autorizó dárseles a la UNPHU que las publicó en tres atractivos volúmenes.

¿Y cómo olvidar nuestras frecuentes tertulias en casa de mi primo

Telésforo Calderón? En esos encuentros íntimos la modestia de Emilio se sentía segura y le permitía hacer gala de su gran cultura y su lenguaje siempre ajustado y a veces señorial.

Sólo me queda pedir eterna paz para él y conformidad para los que quedamos aquí con su bello y permanente recuerdo.

Puedes contar siempre con mi sincero afecto,

1 de septiembre de 1986

TRIBUTO AL PADRE
DE NUESTRA HISTORIA DOCUMENTAL

Dr. Julio G. Campillo Pérez

La posteridad ha consagrado a don José Gabriel García como el padre de la historia narrativa dominicana y estoy seguro que convertirá a don Emilio Rodríguez Demorizi en el padre de la historia documental criolla. Para ello tiene el respaldo de varias docenas de obras, compiladoras de documentos muy valiosos que han servido para levantar sobre los mismos las nuevas concepciones historiográficas que requiere el estudio del pasado nacional en estos tiempos modernos que no se conforman con una sola dimensión sino que aspiran a conocer en forma más amplia y científica tal acontecer.

A don Emilio le conocía por referencias, basadas en la tradición familiar de los afectos recíprocos que cultivaron algunos de sus antepasados con los míos, producto de una constante vecindad. Pero en 1957 cuando me embarqué en la investigación genealógica de una parte de la parentela que creó las raíces de mi existencia, me dirigí a él en busca de orientación, la cual me brindó con generosidad y atención, amén de que me permitió hacer amistad con otro brillante y culto historiador, como lo fue el ya también desaparecido don Vetilio Alfau Durán, todo una joya de hombre sincero y virtuoso.

Gracias a don Emilio pude encontrar en el Archivo Real de Bayaguana muchos datos referentes a la defunción de uno de mis

tatarabuelos, Juan de la Cruz Pérez, fallecido en esa población el 9 de diciembre de 1835, donde se encontraba en viaje de negocios. Desde entonces intensifiqué mi vocación por la historia estimulado por ambos maestros, don Emilio y don Vetilio, y además por don Alcides García Lluberes. Tal situación me llevó con el correr del tiempo a la Academia Dominicana de la Historia y así estar más cercano de estos talentos inspiradores.

Siempre fue digna de alabanza la laboriosidad infatigable de don Emilio, la cual continuamente daba frutos y más que nada, sorpresas muy agradables, propias de una fecundidad asombrosa. Por otra parte, su trato afable y discreto le permitió una gran capacidad sumadora para sostener cordiales y efusivas relaciones con individuos e instituciones, las cuales le correspondieron con espontáneas manifestaciones de cariño y de respeto.

Sus investigaciones fueron tan prolíferas que pueden clasificarse dentro de varios criterios. Logró documentación sobre prohombres de otros países hermanos como Bolívar, Martí, Maceo y Rubén Darío, e internacionales como Cristóbal Colón, pero también de ilustres personajes criollos como los Padres de la Patria, Duarte, Sánchez y Mella; Máximo Gómez, José Núñez de Cáceres, Juan Isidro Pérez, Salomé Urefña, Rosa Duarte, los próceres de la Restauración, Juan Antonio Alix, Juan B. Pérez Rancier; el domínico-boricua Eugenio María de Hostos y como contraste, dictadores como Pedro Santana, Buenaventura Báez y Ulises Heureaux. Concomitantemente divulgó secretos hasta ese momento desconocidos de archivos nacionales pero asimismo de archivos españoles, franceses, ingleses, norteamericanos, haitianos, venezolanos y de otras latitudes. Por eso la temática que desarrolló fue muy pródiga y diversa, agrícola, minera, jurídica, política, poética, zoológica, botánica, biográfica, geográfica, militar, guerrera, novelística, lexicográfica, religiosa, y por supuesto, como puntal estelar, la histórica. Y para ello, no importaron los siglos, fueran XV, XVI, XVII, XVIII, XIX o XX.

El fallecimiento de este inolvidable personaje, ocurrido el 27 de junio de 1986, dejó muchas orfandades que lamentan con gran pesar su desaparición definitiva. ¡Y una de ellas es, sin lugar a dudas, la nuestra! ¡Oremos, pues, cada vez que le recordemos!

Santo Domingo, R. D., verano de 1986

DON EMILIO,
EL ESCALADOR DE LA HISTORIA

Carlos Dobal

Hay hombres que escalan la historia labrando sus propios peldaños, año tras año. Emilio Rodríguez Demorizi es uno de ellos. Y decimos es, no fue, porque los hombres como él, siempre son.

Emilio Rodríguez Demorizi ascendió a su actual dimensión histórica peldaño a peldaño, libro a libro. Siempre rompiendo la dimensión del tiempo, que es una de las capacidades del genio. El escribió más libros que años vivió. Y en cada uno de ellos reflejó el momento existencial que atravesaba. Y se adaptaba a éste, que es otra capacidad del genio. No fue hombre de una época, sino hombre de la época que estaba viviendo.

Como sabía que el dominio de la historia es el dominio del tiempo, fue un dominador de su tiempo; y supo aprovechar éste, instante a instante, sin descuidar su horizonte que siempre fue aquel alto ideal de la patria histórica.

Ya está Emilio Rodríguez Demorizi en su dimensión eterna, sobre la cumbre enhiesta de un centenar y pico de obras publicadas; en la constante frecuencia de sus discípulos que no podemos dejar de citarlo para enrumbar nuestras investigaciones históricas...

Pero Emilio Rodríguez Demorizi también alcanzó otra dimensión suprema: la humana. Constantemente se acercaba a la humildad de

los trabajos de quienes lo consideramos nuestro maestro, para honrarnos diciéndonos que le habíamos proporcionado un dato importante, un indicio, una pista, de algún hecho histórico... ¡a él, que era una fuente inagotable de datos, de indicios, de pistas...! Pero él lo hacía para mantener vivo nuestro entusiasmo en la aclaración documental de las verdades históricas; y hay que reconocer, que lo lograba.

Tengo que confesar que cada vez que departía con don Emilio, me sentía como quien obtiene un alto galardón académico; pues sin lisonjas, pero con un cabal sentido del mérito del trabajo de investigación del aprendiz que somos, nos exhortó mil veces a perseverar en nuestros empeños, a profundizar más... A veces no nos proporcionaba datos exactos, sino pistas. Nos decía: "léanse a fulano y después hablamos"... Con esto nos entusiasmaba y forzaba a empeñarnos más en una investigación o a trabajar más en la aclaración de algún aspecto importante.

A veces, don Emilio se nos acercaba más, contándonos detalles de su niñez que lo relacionaban con nuestra familia. Una vez me dijo —en la época en que yo estudiaba la figura de don Manuel Boitel, el amigo de Martí—. "Las cosas de la vida, Boitel era el mejor amigo de su abuelo el doctor Dobal; y usted lo está estudiando sin saber esto. Yo lo sé porque mi padre fue el mejor amigo del abuelo de usted". Y añadía: "recuerdo que mi padre me llevaba a la casa de Boitel en Santiago y a su aserradero junto al Yaque. Hoy yo daría cualquier cosa por poseer siquiera alguna de las ruedas de los coches que fabricaba Boitel con tanta maestría".

La admiración de don Emilio, de espaldas al tiempo, por la obra autodidacta de Manuel Boitel, nos da un brillante indicio de su preclara humanidad y de su sencillez inigualable.

Volviendo al principio, terminaremos: ya llegó don Emilio Rodríguez Demorizi a la dimensión histórica que él mismo se labró con su amplio centenar de libros-peldaños y su notable humildad ciudadana. Desde nuestros pobres peldaños lo contemplamos hoy con suprema admiración, filial afecto y agradecimiento profundo.

22 de octubre de 1986

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Porfirio Herrera Báez

La Musa de la Historia viste túnica luctuosa y de sus ojos apesadumbrados mana un hilo de lágrimas vertidas ante la tumba recién cerrada sobre los despojos mortales de un gran dominicano que hizo de la investigación histórica la razón de ser de su vida intelectual tanto en los dominios del acontecer político como en el cultural. Trabajador infatigable y con siempre renovado acierto en las canteras del pasado histórico nacional, de su labor inmensa y fecunda ha quedado una inigualable abundancia de títulos bibliográficos que la posteridad recibe asombrada y reverente. No hay cultor de nuestro pasado histórico que no se sienta obligado a recurrir a ese vasto acervo de materiales que él investigó y reunió en una concatenación espléndida de obras que sitúan su figura en puesto eminentísimo como historiógrafo y hombre de letras. Porque Emilio Rodríguez Demorizi no se presenta únicamente a los sufragios de la inmortalidad por las dotes de investigador supremo que le adornaron sino también por la calidad literaria de sus obras históricas y otras de diversa índole. Poseedor de un estilo alado, transparente, lleno de vivacidad y fluidez que sostenía el peso de su erudición con la gracia del más elegante capitel de la arquitectónica griega, lo que le permitió tan copiosa producción, Rodríguez Demorizi ha entrado en nuestra cultura histórica con rango de proceridad. El pertenece ya en comunión de gloria, a la estirpe de nuestros historiadores clásicos. Detenernos a reseñar las

producciones que acreditan su bien ganado prestigio como historiador insigne y dedicado sería labor en extremo prolija, pero los hijos espirituales de su privilegiada inteligencia serán llamados a tener larga posteridad en el quehacer de los historiadores que recojan la deslumbrante antorcha que él dejara para que otros continúen la carrera que de manera tan soberana él emprendiera desde los lejanos tiempos en que su rara vocación fue llamada a la suma consagración de una larga y significativa labor.

Mas no fue Rodríguez Demorizi un simple historiador de gabinete por altos que fuesen sus méritos en este sentido. Terció en la vida pública como nuestros más renombrados historiadores prestando servicios distinguidos tanto en la administración nacional como en el servicio diplomático; en ambos destinos reveló sus grandes dotes, su competencia y don de gentes. En vida de su querida e inteligente esposa doña Silverita encontró en ella una compañera inseparable y cónsona con las predilecciones intelectuales que abillantaron su personalidad. Tuvo en gran medida el don de la amistad y supo cultivar amigos entrañables que le apreciaron como él se merecía y que hoy no se consuelan con su pérdida irreparable. Historiador, hombre público, publicista, académico, la ciencia histórica dominicana deplora su desaparición y rinde culto a su memoria inmarcesible.

Dejó unos archivos históricos y una biblioteca que constituyen un impresionante monumento a su laboriosidad como investigador. Generaciones de historiadores dominicanos podrán seguir espigando con provecho en las notables colecciones de documentos y volúmenes que él dejó como prenda de su dedicación al estudio de nuestro pasado y de la historia de América así colonial como moderna. La Fundación que lleva su nombre es un ejemplo señalado de sus virtudes cívicas.

Emilio Rodríguez Demorizi fue uno de esos hombres que dejan huella profunda y fructífera de su paso por la vida. Más que hombre para ser llorado fue hecho para que se siga con serenidad y devoción su ejemplo preclaro. Descanse su alma en la paz de Dios y en la recordación imperecedera de la atormentada patria que él supo servir y enaltecer como pocos.

ALCANCE HISTORICO
DE LA OBRA DE EMILIO RODRIGUEZ
DEMORIZI

Manuel A. García Arévalo

Emilio Rodríguez Demorizi (1906-86) fue un caso excepcional en la historia dominicana, no sólo por la dilatada extensión de su labor historiográfica, realizada con una constancia ejemplar a lo largo de casi medio siglo (su primer libro data de 1938), sino por la producción de más de cien títulos que lo acreditan como el más fecundo de nuestros historiadores contemporáneos. Podría decirse que resulta prácticamente imposible referirse a cualquier período de la historia dominicana sin acudir a la voluminosa bibliografía de don Emilio. El compiló documentos de cada una de las fases de la vida nacional, los organizó y comentó profusamente, habiendo dejado en todos ellos hondos juicios analíticos que revelan el alcance de su obra.

De la gran cantidad de documentos rescatados por Rodríguez Demorizi sobresalen las Relaciones históricas de Santo Domingo y los Documentos para la historia de la República Dominicana, ambos publicados en tres volúmenes cada uno durante los años cuarenta y cincuenta, los Antecedentes de la Anexión a España (1955), la Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo (1956), el Informe de la Comisión Investigadora de los Estados Unidos de América en Santo Domingo en 1871 (1960) y Actos y doctrinas del gobierno de la Restauración (1963), obras que son complementadas con una extensa documentación sobre los

próceres y escritores más importantes de nuestro país y América. Los papeles de Luperón, Deligne, Máximo Gómez, Martí, Macco, Espaillat, Rubén Darío, entre otros, fueron salvados del anonimato de los archivos privados y públicos existentes en el país y entregados a la posteridad en forma de libro. Suelen estar precedidos de una precisa cronología en la que se consignan los datos biográficos, las hazañas históricas o intelectuales, además de cualquier información útil que ayude a enriquecer la visión sobre el personaje en cuestión.

Rodríguez Demorizi fue un intelectual polifacético que no limitó su trabajo al ámbito de la historia dominicana. Sus múltiples inquietudes y su actividad incesante lo llevaron a incursionar en las más variadas áreas del quehacer artístico y literario. Sus trabajos de investigación se extienden a las artes plásticas (España y los comienzos de la pintura y la escultura en América, con prólogo del Marqués de Lozoya, renombrado escritor y crítico de arte, 1966), la música (Música y baile en Santo Domingo, 1971), el folklore (Lengua y folklore de Santo Domingo, 1975), y especialmente la literatura, campo por el que tuvo una marcada afición y al que dedicó muchas horas de febril actividad. Así como la crítica literaria no puede prescindir del trabajo monumental de un Pedro Henríquez Ureña, la historia literaria exige la consulta de los textos estructurados por Rodríguez Demorizi. Obras como Poesía popular dominicana (1938), Cuentos de política criolla (1963), Baní y la novela de Billini (1964), Poetas contra Bolívar (1966), o Rubén Darío y sus amigos dominicanos (1948), para sólo citar unas cuantas, contribuyen a facilitar el trabajo del investigador literario, poniendo en sus manos materiales de difícil acceso, tales como cartas, artículos, papeles personales, notas periódicas y juicios críticos.

Como historiador celoso del pasado de su patria, Rodríguez Demorizi poseía una de las colecciones de documentos más valiosas del país. En su enorme biblioteca conservaba obras antiguas de incalculable valor, ediciones agotadas, documentos originales y objetos que pertenecieron a héroes y patricios, intelectuales y escritores que, como Pedro Henríquez Ureña o Fray Cipriano de Utrera, confiaron a la celosa guarda de don Emilio las preciosas evidencias documentales que hoy estarían perdidas o destruidas, de no haber estado protegidas por un historiador tan consciente de la importancia que representa ese legado.

Don Emilio no sólo fue un compilador de fuentes documentales escritas. Su avidez de conocer y coleccionar todo tipo de materiales gráficos y objetos relacionados con el pasado dominicano, lo llevó

a confeccionar varios volúmenes sobre cartografía, grabados, ilustraciones y caricaturas de los más diversos aspectos, épocas y episodios nacionales.

Como Presidente de la Academia Dominicana de la Historia desde 1955 (había ingresado a esa institución en 1935), don Emilio demostró su fervor por nuestro pasado. Hizo de la Academia un respetable organismo; dirigió y orientó su valiosa colección de obras, añadiendo numerosos títulos a la misma; estimuló la investigación y promovió la publicación de trabajos importantes; trató de atraer a los más valiosos talentos que se dedican a la investigación histórica en la República Dominicana; y desde las páginas de CLIO mantuvo una permanente difusión de los hallazgos realizados por investigadores e intelectuales.

Emilio Rodríguez Demorizi fue un historiador que amó su trabajo con gran pasión. Procuró estar al frente de las ediciones de sus propios libros, que podemos fácilmente identificar por la portada académica, la cuidada y castiza prosa del autor, la rigurosidad en las citas y referencias bibliográficas y el infaltable índice de nombre que hacen de sus libros un conjunto muy manejable y de fácil consulta. En esa paciente labor editorial contó siempre con la discreta colaboración de su esposa, doña Silverita de Rodríguez Demorizi, quien compartió con él, hasta el día en que la muerte la apartó de su lado, las alegrías y vicisitudes de cada nuevo libro.

Los prólogos que Rodríguez Demorizi preparó para muchas de sus recopilaciones son reveladores de su concepción de la historia. Creyó firmemente —al igual que otros colosos de la historiografía dominicana, como son J. Marino Incháustegui y Vetilio Alfau Durán—, que la mejor forma de estimular el espíritu nacionalista en nuestro pueblo es a través de la interpretación objetiva de sus diferentes etapas. Don Emilio estudió todos los componentes de la cultura dominicana (en esto no le aventaja ningún otro historiador) y desde muy joven advirtió la importancia de la herencia hispánica en nuestra composición étnico-cultural presente. Por eso dedicó tantos años de trabajo a rescatar y analizar documentos relativos a la influencia española en Santo Domingo. Su fervor hispánico también es evidente en muchos de sus mejores estudios sobre las principales figuras de nuestra época republicana, especialmente el general Pedro Santana. A nuestro juicio, uno de los mejores libros de cuantos escribió fue *Santana y los poetas de su tiempo* (1969), obra en la cual no pierde la objetividad histórica a pesar de la simpatía que el autor siempre tuvo por la imponente figura del Marqués de las Carreras.

Un historiador tan alerta como Rodríguez Demorizi no podía caer en la simple parcialidad con personajes capitales de nuestra historia. Su honestidad intelectual lo llevó a declarar, siempre que pudo, sus convicciones sobre los diversos héroes y antihéroes de nuestro pasado, pero jamás redujo la importancia de aquellos que no gozaran de su preferencia, como lo demuestra el libro *Papeles de Buenaventura Báez* (1969), o el *Cancionero de Lilís* (1962), que le fue premiado. Además, si hacemos un cuidadoso recuento de toda su obra, veremos que dedicó grandes esfuerzos a resaltar la labor patriótica e intelectual de los personajes esenciales de nuestro pasado: Hostos, Luperón, Duarte, el Padre Billini, Bonó, Mella y otros próceres ya mencionados.

Como intelectual y hombre público, aparte de su labor en la Academia Dominicana de la Historia, Rodríguez Demorizi desarrolló una fecunda labor en la Academia Dominicana de la Lengua, el Instituto Duarte, la Academia Dominicana de Geografía —de la que fue Fundador-Presidente—, el Archivo General de la Nación, cuya dirección desempeñó en varias oportunidades. También realizó funciones diplomáticas, siendo Embajador en Colombia, Italia, Nicaragua, España. La intensidad de su trabajo como funcionario o diplomático nunca disminuyó su capacidad de entrega al estudio y la investigación, ni redujo un ápice la frecuencia de salida de sus libros, que seguían apareciendo con una constancia y regularidad sorprendentes. Esa enorme vitalidad que siempre lo caracterizó le permitió ser, al tiempo que historiador dedicado, un activo funcionario del Estado: Rector de la Universidad de Santo Domingo, Secretario de Interior y Policía, Secretario de Educación, Bellas Artes y Cultos y, en sus últimos años, Presidente del Ayuntamiento de Santo Domingo.

Como muestra sobresaliente de la variedad de intereses intelectuales de don Emilio, podemos citar su novela *La tertulia de los solterones* (1974), con la cual incursionó exitosamente en este género literario, ofreciendo evidencias de su erudición y su gran dominio del lenguaje. Con esta obra obtuvo el Premio Nacional de Novela Manuel de Jesús Galván en 1975.

Hace algunos años, en reconocimiento a su ingente labor intelectual en el campo de la historia y la cultura dominicanas, la Fundación García Arévalo le dedicó a don Emilio el voluminoso libro titulado *Santo Domingo en los Manuscritos de Juan Bautista Muñoz*, una de las obras más importantes de nuestra colección.

Cuando estaba vivo, don Emilio era un paradigma de la Historia Dominicana, y se había ganado, entre adeptos y adversarios, un

reconocimiento por su labor de crítica histórica y de recopilación gigantesca. Se podía disentir sobre sus enfoques en algunos libros, especialmente aquellos que tocaban puntos neurálgicos de nuestro pretérito (Invasiones haitianas 1801, 1805, 1822, por ejemplo); pero se respetaba su honestidad, su búsqueda de la verdad, su anhelo de poner en orden cuanto tocaba. Rodríguez Demorizi no se contentó con abarcar todos los aspectos que ya hemos mencionado, sino que extendió su labor a otras áreas prácticamente vírgenes. Así surgieron varios libros sobre Samaná, San Cristóbal, Baní, Puerto Plata, o los indispensables Refranero dominicano (1950), Seudónimos dominicanos (1956), Relaciones geográficas de Santo Domingo (1970), Familias hispanoamericanas (1959), y Sociedades, cofradías, gremios y otras corporaciones dominicanas (1975).

En los últimos años de su vida, don Emilio formó la Fundación Rodríguez Demorizi, cuya primera publicación fue la reveladora obra del obispo Alejandro Geraldini: *Itinerario por las regiones subequinocciales* (1977), en la que se recogen las impresiones que ese ilustre prelado, hombre de cultura renacentista y principal gestor de la fundación de nuestra Catedral Primada, tuvo de su experiencia en tierras americanas.

En esta colosal tarea editorial de recopilación de fuentes antiguas, don Emilio Rodríguez Demorizi dio a conocer también obras como *Los dominicos y las encomiendas de indios de la Isla Española* (1971), en la cual reproduce importantes documentos, como son el "Repartimiento de indios de 1514" y el "Interrogatorio jeronimiano de 1518", en una nueva versión cotejada y corregida a partir de los originales depositados en el Archivo General de Indias.

Como el número diez de la Fundación Rodríguez Demorizi, publicó también *El pleito Ovando-Tapia* (1978). Tanto éste como el anterior son libros de importancia para comprender las relaciones indohispanas en los primeros tiempos coloniales, así como los "Comienzos del urbanismo en la América hispánica".

Sobre los planes que don Emilio tenía para impulsar su Fundación, recordemos con agrado que siempre se sentía motivado a intercambiar experiencias sobre el manejo y finalidad de este tipo de institución, concluyendo ambos en que el país necesita una adecuada reglamentación en torno a las instituciones sin fines lucrativos que promuevan la actividad cultural.

Ahora que ha partido para siempre, comienza una nueva etapa en la obra de Emilio Rodríguez Demorizi: la del análisis sereno de su colosal trabajo. Ahora empieza la necesaria tarea de situar en su

justo sitio el valor de la obra de Rodríguez Demorizi, lejos del lógico apasionamiento que provocan siempre los que, como él, todo lo tocan e interpretan, a riesgo de equivocarse. Pero, sean cuales fueren los resultados, estamos seguros de que la vida y la obra de Emilio Rodríguez Demorizi se levantarán como ejemplo señero para las futuras generaciones de nuestro país.

BIBLIOGRAFIA DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI*

José Israel Cuello H.

1.-*Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco*. Primer Premio del Certamen del Centenario de La Trinitaria, convocado por el Ateneo Dominicano, con jurado compuesto por Dr. Ml. de Js. Troncoso de la Concha, Lic. Carlos Sánchez y Sánchez y Lic. Ml. A. Amiama. Primera edición, Prólogo de Federico Henríquez y Carvajal, Imp. J. R. Vda. García Sucs. Ciudad Trujillo, R. D., 1938. Segunda edición, Ilustraciones de Juan José Alloza V. corregida y aumentada, Santo Domingo, R. D., 1944. Tercera edición con Estudio Siquiátrico del Dr. Antonio Zaglul, Editora Cultural Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1973.

2.-*Poesía Popular Dominicana*, Vol. 1, único publicado, Liminar de Federico Henríquez y Carvajal. Primera edición, Editorial La Nación, Ciudad Trujillo, R. D., 1938. Segunda edición, Colección Textos, UCMM, Nº 15, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1973, Santo Domingo, R. D. Tercera edición, reimpresión de la anterior.

3.- *Discursos de Bobadilla*. Imp. J. R. Vda. García Sucs., S.D., 1938.

*Esta Bibliografía de Emilio Rodríguez Demorizi ha sido elaborada tomando como fuente básica inicial la que apareció en el libro "*Duarte en la Historiografía Dominicana*" de Jorge Tena Reyes (Editora Taller, Santo Domingo, 1976), la más completa publicada hasta esa fecha. Se consultaron además las fichas del Archivo General de la Nación y de la Biblioteca Nacional, así como la biblioteca personal del autor y el archivo de libros impresos de Editora Taller, donde se publicaron 27 títulos de E.R.D., entre nuevos y reediciones.

4.- *Camino de Hostos*, Imprenta Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1939.

5.- *Luperón y Hostos*, prólogo de Pedro Troncoso Sánchez. Primera edición Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1939. Segunda edición, Academia Dominicana de la Historia, Vol. XXXVI, Centenario de la llegada de Hostos a la República Dominicana, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1975.

6.- *El Cantor del Niágara en Santo Domingo*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1939.

7.- *Hostos en Santo Domingo*, 2 volúmenes. Vol. I, 1939, Vol. II, 1942, Imprenta J. R. Vda. García. Centenario de Eugenio María de Hostos, Homenaje de la República Dominicana, Ciudad Trujillo, 1939, 1942.

8.- *Historia diplomática dominicana* (Bibliografía). En Memoria de la Sec. de E. de Relaciones Exteriores correspondiente a 1939, pp. 325-417, comprende de 1844 a 1940, Santo Domingo, R. D., 1940.

9.- *El Padre Billini y Eugenio María de Hostos*. Primera edición, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1941. Segunda edición, Santo Domingo, R. D., 1972.

10.- *Apuntes de Viaje por los Estados Unidos*, 1941.

11.- *Escritos de Luperón*, Imp. J. R. Vda. García Sucs., Ciudad Trujillo, R. D., 1941.

12.- *Colón en la Española: Itinerario y Bibliografía*. Primera edición, Academia Dominicana de la Historia, La Nación, Ciudad Trujillo, R. D., 1942. Segunda edición, Sociedad Dominicana de Bibliófilos Inc., Nº 3, Segunda Serie, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1974.

13.- *Relaciones Históricas de Santo Domingo*, 3 volúmenes, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D. Vol. I, 1942; Vol. II, 1945; Vol. III, 1957.

14.- *El Acta de Separación Dominicana y el Acta de la Independencia de los Estados Unidos de América*. Primera edición, Imprenta La Opinión, Ciudad Trujillo, R. D., 1943. Segunda edición, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., Nº 9, Segunda serie, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1977.

15.- *Del Romancero Dominicano*. Primera edición, Editorial El Diario, Santiago, R. D., 1943. Segunda edición, Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XII, Gráficas M. Pareja, Barcelona, España, 1979.

16.- *La Imprenta y los primeros periódicos de Santo Domingo*, Primera edición: 1943, CLIO, Revista de la Academia Dominicana de la Historia, Nºs 60 y 61, jul.-oct. y nov.-dic. Segunda edición: Imprenta

San Francisco, Ciudad Trujillo, R. D., 1944. Tercera edición, Biblioteca Nacional, Feria del Libro, 1973, Vol. I, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1973. Cuarta edición, Feria del Libro, 1985, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1985.

17.- *Vicisitudes de la Lengua Española en Santo Domingo*, discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Lengua, contestación del Lic. Virgilio Díaz Ordóñez, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1944.

18.- *Guerra Dominico-Haitiana, Documentos para su estudio*. Primera edición, 1944. Segunda edición, 1954. Tercera edición, aumentada, Academia Militar Batalla de las Carreras, Aviación Militar Dominicana. Vol. II, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1957.

19.- *Documentos para la Historia de la República Dominicana*, 4 volúmenes; Vol. I, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1944; Vol. II, Editorial El Diario, Santiago, R. D., 1947; Vol. III, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, R. D., 1959; Vol. IV, Academia Dominicana de la Historia. Vol. LV, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1981.

20.- *Gastón F. Deligne: Páginas Olvidadas*. Primera Edición, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1944. Segunda Edición, Universidad Central del Este, Centenario de San Pedro de Macorís, Vol. I, Editora Taller Santo Domingo, R. D., 1982.

21.- *Boletín Bibliográfico Dominicano*, en colaboración con Pedro René Contín Aybar, Organo de la Oficina de Canje y Difusión Cultural adscrita al Archivo General de la Nación. Año I- N° 1, C. T. julio- ag. 1945, 52 pp., y N° 2, sept.-dic., 1945, 50 pp., primer boletín bibliográfico dominicano impreso, Santo Domingo, R. D., 1945.

22.- *Samaná: Pasado y Porvenir*. Primera edición, Archivo General de la Nación, Vol. III, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1945. Segunda edición aumentada, Biblioteca Dominicana de Geografía y Viajes, Sociedad Dominicana de Geografía, Vol. V.

23.- *Maceo en Santo Domingo*. Primera edición, Editorial El Diario, Santiago, R. D., 1945. Segunda edición, Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. VIII, Gráficas M. Pareja, Barcelona, 1978.

24.- *San Cristóbal de antaño*, Archivo General de la Nación, Vol. VI, Editora Montalvo, Santo Domingo, R. D., 1946.

25.- *Pinturas Murales del Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo*, en colaboración con Rafael Diaz Niese, Ciudad Trujillo, R. D., 1946.

26.- *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, discurso pronunciado en el acto académico celebrado el 29 de junio de 1946, para rendir

homenaje póstumo a Henríquez Ureña. Primera edición, Universidad de Santo Domingo, Vol. XLIX, Pol Hermanos, Ciudad Trujillo, R. D., 1947. Separata de la revista *Juventud Universitaria*, Año II, Núm. 15, Ciudad Trujillo, R. D., junio 1946. Segunda edición, con motivo de la inhumación de sus restos junto a los de su madre, doña Salomé Ureña en la Iglesia de las Mercedes, Santo Domingo, mayo de 1981, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1981. Tercera edición, Fundación Rodríguez Demorizi. Vol. XXI, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1984.

27.- *Fábulas Dominicanas*. Primera edición, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1946. Segunda edición, dibujos de Ada Balcácer, Gráficas M. Pareja, Barcelona, 1978.

28.- *Discursos Históricos y Literarios, Contribución al estudio de la Oratoria Dominicana*. Imprenta San Francisco, Ciudad Trujillo, R. D., 1947.

29.- *Rubén Darío y sus Amigos Dominicanos*, Ediciones Espiral, Bogotá, Colombia, 1948.

30.- *Pedro Henríquez Ureña: Poesías Juveniles de...* Primera Edición, Ediciones Espiral, Bogotá, Colombia, 1949. Segunda Edición, Feria Nacional del Libro, 1984, Homenaje a Pedro Henríquez Ureña en el Centenario de su Nacimiento, Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XIX, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1984.

31.- *Refranero Dominicano*, prologado por Manuel de J. Troncoso de la Concha, Stab. Tipográfico O. Menaglia, Roma, Italia, 1950.

32.- *Papeles del General Santana*. Primera Edición, Stab. Tipográfico, C. Menaglia, Roma, Italia, 1952. Segunda Edición, Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XVI, Editora Corripio, Santo Domingo, R. D., 1982.

33.- *Martí y la Patria de Darío, Apuntes.*, con motivo del centenario de José Martí, Editorial San José, Managua, Nicaragua 1953.

34.- *Martí y Máximo Gómez en la Poesía Dominicana*, Primera edición, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1953. Segunda Edición, Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XXII, Presencia Dominicana en la II Feria Internacional del Libro, La Habana, Cuba, 1984, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1984.

35.- *Martí en Santo Domingo*. Primera edición, La Habana, Cuba, 1953. Segunda edición, Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. VII, Gráficas M. Pareja, Barcelona, 1978.

36.- *Papeles Dominicanos de Máximo Gómez*. Primera Edición, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1954. Segunda Edición,

Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XXIII, Editora Corripio, Santo Domingo, R. D., 1985.

37.- *Proyecto de incorporación de Santo Domingo a Norteamérica, apuntes y documentos*, Editora Montalvo, Santo Domingo, R. D., 1954.

38.- *Relaciones Dominico-Españolas (1844-1859)*, Academia Dominicana de la Historia, Vol. III, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1955.

39.- *Invasiones Haitianas de 1801, 1805 y 1822*, Academia Dominicana de la Historia, Vol. I, 25º aniversario de la Era de Trujillo, Editora del Caribe, Ciudad Trujillo, R. D., 1955.

40.- *La Era de Francia en Santo Domingo, contribución a su estudio*, Academia Dominicana de la Historia Vol. II, 25º aniversario de la Era de Trujillo, Editora del Caribe, Ciudad Trujillo, 1955.

41.- *La dificultad de gobernar*, Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua, ag. 1954. Editora del Caribe, Ciudad Trujillo, R. D., 1955.

42.- *Antecedentes de la Anexión a España*, Academia Dominicana de la Historia Vol. IV, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1955.

43.- *Cronología de Trujillo*, dos tomos, Colección La Era de Trujillo, 25 años de Historia Dominicana, tomos 9 y 10, Impresora Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1955.

44.- *Bibliografía de Trujillo*, Colección La Era de Trujillo, 25 años de Historia Dominicana, tomo 20, Impresora Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1955.

45.- *Revista Hispanoamericana de Cultura*, 3 Vols., Santo Domingo, R. D., 1955.

46.- *Trujillo y Cordell Hull*, Editora del Caribe, Ciudad Trujillo, R. D., Edición en inglés, 1956

47.- *Seudónimos Dominicanos*. Primera edición, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1956. Segunda edición, Feria Nacional del Libro, 1982, Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XIV, Editora Taller, Santo Domingo, 1982.

48.- *Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846*, 2 volúmenes, Editora Montalvo, Santo Domingo, 1956.

49.- *Discurso de Inauguración del II Congreso Panamericano de Historia*, Santo Domingo, R. D., 1957.

50.- *De política dominico-americana*, discurso ante la estatua de Cordell Hull, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1957.

51.- *Apuntes y documentos*, Vol. I, Talleres Tipográficos Librería Dominicana, Ciudad Trujillo, R. D., 1957.

52.- *La Marina de Guerra Dominicana, 1844-1861*, Academia Militar Batalla de Las Carreras, Aviación Militar Dominicana Vol. III, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1958.

53.- *United States Military Intervention* (Translation Speech Delivered To The Military Academy "Batalla de Las Carreras"), Santo Domingo, R. D., 1958.

54.- *Cesión de Santo Domingo a Francia*, Correspondencia de Godoy, García, Roume Hedouvill, Louverture, Rigaud y otros, 1795-1802, Archivo General de la Nación, Vol. XIV, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, R. D., 1958.

55.- *Familias Hispanoamericanas*, Vol. I, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1959.

56.- *Informe de la Comisión de Investigación de los Estados Unidos de América en Santo Domingo en 1871*, Academia Dominicana de la Historia, Vol. IX, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1960.

57.- *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas. Para la historia de la espiritualidad dominicana*, Academia Dominicana de la Historia Vol IX, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, R. D., 1960.

58.- *Enciclopedia Dominicana del Caballo*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1960.

59.- *El Gobierno Dominicano y el Clero de Venezuela*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D. 1960.

60.- *Cancionero de Lills, Poesía, Dictadura y Libertad*, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1962.

61.- *Décimas inéditas de Juan Antonio Alix*. Primera edición Impresora Moreno, Santo Domingo, R. D., 1962. Segunda edición, Editorial Galaxia, Santo Domingo, R. D., 1982.

62.- *Ideas de Bien Patrio, selección y notas de textos de Ulises Fco. Espailat*, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1972.

63.- *Cuentos de Política Criolla*. Primera edición, Colección Pensamiento Dominicano, Vol. 28, prólogo de Juan Bosch, Librería Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1963. Segunda Edición, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1977.

64.- *Elogio del Gobierno de la Restauración*, Discurso pronunciado en la ciudad de Santiago el 14 de septiembre de 1963, centenario de la instalación del Gobierno Restaurador, Academia Dominicana de la Historia Vol. XIV, Editora Montalvo, Santo Domingo, R. D., 1963.

65.- *Centenario de la Restauración de la República Dominicana*, Homenaje de las Fuerzas Armadas: 1863-1963, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D. 1963.

66.- *Papeles de Monseñor de Meriño*. Primera edición, 1963. Segunda edición, Feria Nacional del Libro 1983, Homenaje a Mons. Fernando Arturo de Meriño en el 150º aniversario de su nacimiento (1833-1983), Editora Taller, Santo Domingo, 1983.

67.- *Actos y Doctrina del Gobierno de la Restauración*, Academia Dominicana de la Historia, Vol. XV, Centenario de la Restauración de la República, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1963.

68.- *Cancionero de la Restauración*, en colaboración con el Dr. Fabio A. Mota, Academia Dominicana de la Historia, Centenario de la Restauración de la República, 1863-1963, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1963.

69.- *Próceres de la Restauración, Noticias Biográficas*, Academia Dominicana de la Historia, Vol. XII, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1963.

70.- *Papeles de Espaillat, Para la Historia de las Ideas Políticas en Santo Domingo*, Biblioteca Espaillat, Centenario de la Restauración de la República Dominicana, Vol. III, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1963.

71.- *Diarios de la Guerra Domínico-Española 1863-1865*. Centenario de la Restauración de la República, Homenaje de las Fuerzas Armadas. Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1963.

72.- *Baní y la Novela de Billini*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XIX, Segundo Centenario de la Fundación de Baní, 1764-3 de marzo-1964, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1964.

73.- *Papeles de Pedro F. Bonó, Para el Estudio de las Ideas Políticas en Santo Domingo*. Primera Edición, Academia Dominicana de la Historia, Vol XVII, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1964. Segunda Edición, Gráficas M. Pareja, Barcelona, España, 1980.

74.- *Proyecto de Incorporación de Santo Domingo a Norte-américa*, Apuntes y documentos, Editora Montalvo, Santo Domingo, R. D., 1964.

75.- *Hómenaje a Mella*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XVIII, Centenario de la muerte de Mella, Editora del Caribe, Santo Domingo, R.D., 1964.

76.- *Riqueza Mineral y Agrícola de Santo Domingo*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XX, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1965.

77.- *Poetas contra Bolívar, El Libertador a través de la calumnia*, Gráficas Reunidas, S. A., Hermosilla 110, Madrid, 1966.

78.- *España y los Comienzos de la Pintura y la Escultura en*

América, prólogo del Marqués de Lozoya, Gráficas Reunidas, S. A., Madrid, 1966.

79.- *Hojas de Servicio del Ejército Dominicano, 1844-1865, Tomo I*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XXIII, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1968.

80.- *Papeles de Buenaventura Báez*, Academia Dominicana de la Historia, Vol. XXI, Editora Montalvo, Santo Domingo, R. D., 1968.

81.- *Duarte Romántico*, discurso de ingreso en el Instituto Duartiano, contestación del Lic. Pedro Troncoso Sánchez. Instituto Duartiano, Vol. III. Primera edición, Santo Domingo, R. D., 1969. Segunda edición, Feria Dominicana del Libro, 1980, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1980.

82.- *Tradiciones y Cuentos Dominicanos*, Colección Pensamiento Dominicano, Vol. 42, Julio D. Postigo e hijos, Santo Domingo, R. D., 1969

83.- *Santana y los Poetas de su Tiempo*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XXV, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1969. Segunda edición, bajo el nuevo título de *El General Pedro Santana*, propiciada por el Voluntariado del Museo de las Casas Reales, Editora Corripio, Santo Domingo, R. D., 1982.

84.- *Duarte Romántico*, Discurso de ingreso en el Instituto Duartiano, contestación de Pedro Troncoso Sánchez, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1969.

85.- *Papeles de Rubén Darío*, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1969.

86.- *Cronología de la Real y Pontificia Universidad de Santo Domingo 1538-1970*, Ediciones de la UASD, Editora del Caribe, Santo Domingo, R.D., 1970.

87.- *Apuntes de Rosa Duarte, Archivos y Versos de Juan Pablo Duarte*, Edición y notas de....., Carlos Larrazábal Blanco y Vetilio Alfau Durán, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1970.

88.- *En Elogio de la Geografía*, Discurso pronunciado en la instalación de la Sociedad Dominicana de Geografía, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1970.

89.- *Relaciones Geográficas de Santo Domingo*, dos volúmenes. Vol. I, Biblioteca Dominicana de Geografía y Viajes, Sociedad Dominicana de Geografía, Vol. I, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1970. Vol. II, Biblioteca Dominicana de Geografía y Viajes, Sociedad Dominicana de Geografía Vol. XII, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1977.

90.- *Cartas al Padre de la Patria*, Selección de....., Presentación de Pedro Troncoso Sánchez, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1970.

91.- *Los Dominicos y las Encomiendas de Indios de la Isla Española*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XXX, 8º Centenario del nacimiento de Santo Domingo de Guzmán, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1971.

92.- *Santo Domingo y la Gran Colombia, Bolívar y Núñez de Cáceres*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XXXIII, 150º Aniversario de la proclamación del Estado Independiente de la parte Española de Santo Domingo, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1971.

93.- *Música y Baile en Santo Domingo*, Prólogo de Enrique de Marchena Dujarric, Colección Pensamiento Dominicano, Vol. 48, Librería Hispaniola Editores, Santo Domingo, R. D. 1971.

94.- *Pintura y Escultura en Santo Domingo*, Colección Pensamiento Dominicano, Vol. 49, Julio D. Postigo e Hijos Editores, Santo Domingo, R. D., 1972.

95.- *La Tertulia de los Solterones*, Aguilar, Madrid, 1974.

96.- *Fundación de Baní*, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1974.

97.- *Nueva Fundación de Puerto Plata (22 de julio de 1736)*, Biblioteca Dominicana de Geografía y Viajes, Sociedad Dominicana de Geografía, Vol. VII, Editora Arte y Cine, Santo Domingo, R. D., 1975.

98.- *Noticias de Puerto Plata*, Biblioteca Dominicana de Geografía y Viajes, Sociedad Dominicana de Geografía, Vol. VIII, Editora Educativa Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1975.

99.- *Sociedades, Escuelas, Gremios, Cofradías y otras Corporaciones Dominicanas*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XXXV, Editora Educativa Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1975.

100.- *Lengua y Folklore de Santo Domingo*, Primera edición, Colección Estudios Nº 20, Universidad Católica Madre y Maestra, Director, Héctor Incháustegui Cabral, Editora Educativa Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1975. Segunda edición, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1979.

101.- *Derrotero de la Isla de Santo Domingo*, Biblioteca Dominicana de Geografía y Viajes, Vol. X, Sociedad Dominicana de Geografía, Editora Educativa Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1975.

102.- *En Torno a Duarte*, Academia Dominicana de la Historia, Vol.

XLII, Centenario de la muerte de Juan Pablo Duarte, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1976

103.- *Acerca de Francisco del Rosario Sánchez*, Academia Dominicana de la Historia, Vol. XLIII, Editora Taller, Santo Domingo, 1976.

104.- *Necrología del Padre de la Patria*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XXXIX, Editora Educativa Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1976

105.- *Ulises F. Espailat y Benjamín Franklin*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XLI, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1976.

106.- *Caricatura y Dibujo en Santo Domingo*, Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. IV, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1977.

107.- *El Pleito Ovando-Tapia, Comienzos de la vida urbana en América*, Fundación Rodríguez Demorizi Vol. X, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1978.

108.- *Milicias de Santo Domingo, 1786-1821*, Academia Dominicana de la Historia Vol. XLVIII, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1978.

109.- *Mapas y Planos de Santo Domingo*, Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XIII, Introducción y adiciones del Lic. Pedro Julio Santiago, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1979.

110.- *Viajeros de Francia en Santo Domingo*, Sociedad Dominicana de Geografía Vol. XIV, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1979.

111.- *Lugares y Monumentos Históricos de Santo Domingo*, Sociedad Dominicana de Geografía, Vol. XV, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1980.

112.- *La Constitución de San Cristóbal 1844-1854*, Academia Dominicana de la Historia Vol. LII, Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1980.

113.- *Frases Dominicanas*, Colección Pensamiento Dominicano, Nº 54, edición con motivo de la Feria del Libro de 1980, homenaje a Héctor Incháustegui Cabral, Santo Domingo, R. D., 1980.

114.- *Breve Panegírico de Pedro Henríquez Ureña*, Academia Dominicana de la Historia, Vol LVI, Homenaje a.... con motivo de la inhumación de sus restos junto a los de su madre, doña Salomé Ureña,

en la Iglesia de las Mercedes, Santo Domingo, 11 de mayo de 1981, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1981.

115.- *Elogio del Ayuntamiento de Santo Domingo*, en el acto de juramentación del síndico municipal, José Francisco Peña Gómez y de la elección del presidente del Ayuntamiento del Distrito Nacional, Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Editora Taller, Santo Domingo, 1982.

116.- *Del Vocabulario Dominicano*, Fundación Rodríguez Demorizi Vol. XVII, Editora Taller, Santo Domingo, 1983.

117.- *La Muerte de Lilís*, Versos y Documentos, Fundación Rodríguez Demorizi Vol. XVIII, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1983.

118.- *Mención de las ciencias en Santo Domingo*, discurso pronunciado al recibir el Premio Anual de la Academia de Ciencias 1982, separata del Anuario de la Academia de Ciencias de la Rep. Dom. No. 7, 1983, Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1984.

119.- *Camino de Hostos*, Edición conmemorativa del traslado de los restos de Eugenio María de Hostos al Panteón Nacional (separata del libro *Hostos en Santo Domingo*), Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1985.

DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

José Israel Cuello

Es vago el recuerdo de aquella tarde a finales del octubre de 1961, cuando se encaminaron hacia la casa del historiador los pasos de unos jóvenes, portadores de la insolencia que dan la razón y el haber actuado en el momento en que era posible el triunfo.

Enclavada la vivienda en la historia misma de la ciudad histórica, debían discutir allí sobre los elementos que regularían la educación superior en régimen de autonomía y de subsidios estatales, como uno de los primeros elementos de la liberalización y de la descentralización administrativa que eran secuela aceptada por todos, tras la desaparición física de quien encarnó el absolutismo e hizo de las instituciones una ficción de ordenamiento jurídico inoperante.

Era don Emilio Rodríguez Demorizi en ese tiempo el Secretario de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos en el gabinete reestructurado de Balaguer tras el 30 de mayo.

Como preceptor que había sido en la Academia Militar Batalla de las Carreras del hijo mayor de Trujillo, era persona de toda la confianza para éste, que moriría sin enterarse de las artes de la política, en el manejo de las cuales su padre realmente sobresalió.

Ya había sido también la persona encargada de negociar con

una facción del exilio, en Miami, los retornos autorizados y propiciados por el supremo tutor de los imperios.

Esa tarde se discutió poco sobre autonomías y sobre reglamentaciones. El ambiente dominó a la concurrencia.

Los techos altos y las paredes de coloridos antiguos y desleídos de la vieja casona colonial, las vitrinas atiborradas de cosas cuidadas que fueron mostradas en forma atropellada por quien las conocía en detalles, a jóvenes con limitado acceso a todos los presupuestos intelectuales que permiten al coleccionista valorar entre miles de piezas y papeles los centenares que merecen la adoración y el culto, trastocaron la arrogancia y la violencia verbal, que era el estilo del momento, en reverencia y respeto.

Y después, todo fue fácil. La ley se aprobó con la premura de los tiempos de cambio. Porque hasta José Pimentel y Federico Fiallo estuvieron prestos en las Cámaras Legislativas para levantar la mano acostumbrada a la docilidad, en un momento en que el mayor de los tiranos, la multitud, indicaba el camino y el sentido de la aprobación, la conveniencia de las nuevas docilidades.

Historiador en ejercicio, más que ministro en la plenitud de sus poderes, su esposa, doña Silverita, dejaba su comida para luego, en interés de tomar día a día las notas del diario donde se recogieron en detalle sus vivencias de esa época crucial, antes de que el desarrollo de los acontecimientos le retornara a la tranquilidad y al cotejo de papeles, a su afán inagotable de ordenar en libros la documentación copiosa que en permanente acumulación hizo de sus obras un acervo inestimable al servicio de todo aquel que pretenda manejar la historia dominicana e interpretarla; y, como sustento de ello, la inmensidad que en sus archivos y biblioteca, más de una vez saqueados, que donó a la Fundación que lleva su nombre para usufructo de la Academia Dominicana de la Historia.

No duraría mucho esa tranquilidad antes de que se le llamara otra vez desde la función de analizar documentos y escribir la historia, a la otra, que nunca evadió, de hacer la historia. La revolución de abril le encuentra y le junta al Coronel Caamaño, constituyéndose en el redactor de algunos de sus discursos memorables, y le lleva su único hijo varón, que, bisoño, cae en San Carlos bajo fuego enemigo.

El antiguo profesor de militares en la Academia Batalla de las Carreras, se convertía en Maestro en el terreno de batalla.

Educados en una escuela que enaltecía al militar héroe que más tarde dudaría de la viabilidad de la Patria, Pedro Santana, los militares dominicanos de la década de los 60 se juntaron con su gufa en el difícilísimo trance donde debía ratificarse que ella era viable, y ante el desembarco más poderoso que hubiese registrado la historia de atropellos, ya seculares.

Débil el sentimiento patrio por treinta años de despotismos erosionantes de los valores más altos, de esas batallas de 1965 se nutrió el tronco de nuevos patriotismos y don Emilio supo entonces ¿cuándo si no? decirles a los de entonces y a los de ahora, con voz de quien ha analizado la historia y ha sabido escribirla con hechos, de qué lado estaba la Patria en ese momento aciago.

Con esa nueva montaña de papeles y de hechos, se replegaría de nuevo al discreto retiro, donde dos décadas continuas de producción imperecedera marcarían un nuevo esplendor en la sucesión incontrolada de publicaciones.

Su emoción ante un nuevo título, propio o de alguno de sus pocos y entrañables amigos, sólo era comparable a la que siente el novel autor ante su primera obra. Siempre era primerizo.

El color de la portada nunca le importó. Era fachada. La encuadernación perfecta sí era su preocupación, porque le garantizaba duraciones mayores, ¡Y el lomo! ¡Cuántas veces corrigió siete o nueve veces un lomo impreciso, para llamar de nuevo al día siguiente interesado en agregar un dato más o en precisar el colocado unas horas antes. Porque "los libros, si mueren, mueren de pie, amigo; después que Ud. los lee y sabe lo que contienen, por donde se localizan es por los lomos".

Y en ese mismo sentido eran sus rigurosidades con las referencias bio-bibliográficas, con los colofones, con todo lo que permite describir el conjunto llamado libro.

Marió Vargas Llosa, a mediados de la década de los 70 preguntaba por la huella de Pedro Henríquez Ureña en la cultura dominicana, por la lectura aquí de sus libros, por el conocimiento de su vida y labores de dimensiones continentales.

Y fundamentaba su pregunta en el hecho de que uno de sus maestros había bebido en esa fuente, la del Maestro Henríquez Ureña, y de él había recibido el tono de devoción que traslucían sus palabras, asombrado de que de esta isla, sensual por tropical, lujuriosa por sus vegetaciones y colores y soles y

brillos, hubiese salido una mente tan potente como para ser magistral en Buenos Aires y en México, en La Habana y en universidades norteamericanas.

Grande fue su alegría cuando supo que otro dominicano era depositario de sus archivos y que ese dominicano no cejaba hasta que se publicara ese formidable epistolario de Henríquez Ureña con Alfonso Reyes.

Y entonces fue necesario hablarle al eximio escritor peruano sobre don Emilio Rodríguez Demorizi y los méritos que le permitían ser depositario de tal tesoro documental. Sus más de cien obras publicadas a esa fecha, acicatearon el deseo ya latente de conocerle.

La generosidad de Juan Jacobo de Lara y la protección de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, permitieron que años después fuera publicado el epistolario, dando satisfacción a ese anhelo del albacea responsable.

Pero no fue sólo eso ni ahí terminaban sus labores. Simultáneamente afrontaba otra no menos ciclópea: la publicación de los seis tomos de las Noticias Históricas de Fray Cipriano de Utrera, contenidas en minúsculos tomitos hechos en papel infame, escritos a maquinilla, sin espacios, no a un espacio, y de ambos lados de la cara, atesorada investigación que el coleccionista entendía como misión de vida divulgar, y que pasaron a constituir los primeros publicados por la "Fundación Rodríguez Demorizi", heredera de ingentes bienes destinados al mayor y más respetuoso de los cuidados.

Con esos gestos de superioridad inalcanzable, rompía paso a paso el muro de difamaciones y mentiras que sobre su personalidad y sus hábitos de vida se emitían a diario en los mentideros polítics por las mediocracias intelectuales que hacen de la envidia el nutriente de sus pasiones.

Sus papeles, a pesar de que más de uno de sus mismos detractores fue capaz de pagar para que se sustrajeran, siempre estuvieron disponibles para la investigación seria o para el joven que buscara la orientación necesaria.

Los sucesivos engaños y las permanentes traiciones no le impidieron reincidir en la generosidad y en el desprendimiento.

Con los bienes materiales, al que daba su confianza habitaba su bolsillo; hermético por el lado de la desconfianza, desgozado por el lado de la amistad y del cariño.

Discutidor de centavos en el precio por página de una

edición, entregaba miles de pesos a confianza, sin exigir la emisión inmediata de un recibo o de cualquier otro documento.

Y en ese hacer permanente se fue quedando solo. Los que junto con él habitaron el mundo de las letras y de la historia, del afecto y del amor, le fueron abandonando vencidos por la vida.

Fue así como un día le tocó amanecer solo frente al cadáver de doña Silverita, la misma que dejaba de comer para tomar notas mientras él se alimentaba presuroso en el tránsito a la democracia del semestre final de 1962. La misma que aquel 25 de enero de 1960 cruzara a la iglesia de Las Mercedes, en complicidad histórico-amorosa, en identidad con el historiador-marido, a tomar las notas de una Carta Pastoral de los obispos dominicanos que anunciaba el final ineluctable de lo que parecía infinito.

Pero más recientemente cayó don Vetilio, ya los cinco libros que de cada edición nueva le eran necesarios para entregar con el final de la tarde a sus amigos entrañables, se fueron reduciendo. Con uno o dos le bastaba.

El descanso mental cotidiano, la tertulia que permite el intercambio de las ideas acumuladas y reordenadas en la jornada, terminó refugiándose en un lugar único, "donde Calderón... que lo lee todo, que dice que Ud. tiene garras al escribir,... que me habló de un artículo suyo", donde Telésforo R. Calderón, a quien le administró el silencio.

Recluido en un mutismo total tras la caída de Trujillo, don Telésforo R. Calderón sólo se comunicaba con la vida a través de don Emilio Rodríguez Demorizi, quien le nutría de vida con su afecto y deferencias y las deferencias que por su medio transmitía a sus amigos, sobre los cuales llegó a generar afectos indirectos, por sus mensajes alentadores y por sus juicios críticos dotados del cúmulo de experiencias de un hombre que tuvo mucho poder, que ejerció el mucho poder, y que entendió que los nuevos tiempos le imponían la dignidad del ostracismo.

Tras la muerte de Calderón, don Emilio empezó a palidecer, comenzó a morir con él. Las pruebas de dos CLIO no le apuraban, y cuando las recibió hubo de entregárselas tal vez por primera vez a otro académico para que las corrigiera.

En su última llamada, la angustia por los destinos nacionales era hipertrofiada por su propia soledad. "Que le den el triunfo a ese hombre (a Balaguer), pero que no se manchen con el

desconocimiento de unas elecciones", decía refiriéndose a la crisis electoral entonces vigente. Y no murió feliz.

LISTIN DIARIO, 30 de junio de 1986.

DE CUBA A RODRIGUEZ DEMORIZI

Francisco Dorta-Duque

Pecaría de ingratitud la voz cubana que habiendo conocido el amor profundo, demostrado en conspicuas obras, históricas y literarias, de don Emilio Rodríguez Demorizi hacia Cuba, no se alzara para honrar y llorar la memoria del eximio historiador dominicano.

Si esa voz callara, gritarían, no digo las piedras sino los erguidos penachos de toda palma real, que es reina y corona, al mismo tiempo, de la campiña cubana.

Don Emilio no cesaba de hablar de Cuba. De cualquier tema. De su historia colonial, republicana o contemporánea.

Preguntaba por sus amigos historiadores como quien habla de vecinos o de solterones de tertulia diaria. Admiraba y conocía a todos. Santovenia, Souza, Fernando Ortiz, Portell Vilá, Remos Chacón y Calvo, Mafíach, Ramiro Guerra, Le Riverend, Orestes Ferrara, desde luego. A todos.

Pero su amistad más íntima fue, tal vez, don Emilio Roig de Leuschering, quien fungía permanentemente el cargo de Historiador de la Ciudad de La Habana.

Creo que Rodríguez Demorizi deseaba la creación de ese cargo para la Ciudad Primada de América. Tal vez por su digna modestia no produjo esa iniciativa en vida y, precisamente, mientras ocupaba

la Presidencia del Ayuntamiento de Santo Domingo. Porque, obviamente, la persona más llamada para ocupar, de inmediato y mientras viviese, ese cargo era sólo él mismo.

Ojalá que alguna vez el Cabildo capitalaño crease tal cargo en memoria del finado historiador.

Pero, además, sus propias obras históricas proclaman con estrépito, que resuena en todo el Caribe, su devoción por Cuba.

No hubo país, fuera de su patria, que mereciese más los desvelos de la pluma del historiador de Cuba.

Y, sobre Cuba, escribió "libros libros", que no folletos ni ensayos.

Los voluminosos estudios sobre Martí y sobre Maceo en Santo Domingo son, sin duda, de los más extensos de su producción histórica.

Heredia, a quien destaca como descendiente dominicano, es finamente retratado como "el cantor del Niágara". En cuya caída el poeta rememora, en ilusión lírica y con nostalgia de exilio: "las palmas ¡ay! las palmas de mi patria...".

Y no por sometimiento al acaso se esforzó el historiador en situar a dichos próceres cubanos en el ámbito de Santo Domingo, sino porque quería que su pluma sirviera de imán que atrajera poderosamente sus espíritus desde el más allá y de firme acero que los soldara, en forma perenne, a Santo Domingo.

Conservo, como fino obsequio del recién fallecido historiador varios de sus libros con el sello de dedicatoria. En muchos impregnados, página por página, de su amor a Cuba.

Extasiado cuando leí de un tirón "Martí en Santo Domingo" lo llamé por teléfono, al calor de la impresión primera, para decirle que no había escrito un libro de historia sino que había acumulado metódicamente una cantera de precioso mármol para uso útil de futuros historiadores.

Y eso fue, en increíble profusión de magníficas obras, la incesante pluma de Rodríguez Demorizi. Una catapulta que, por antítesis mental, en vez de destruir, construía catedrales de primigenia información histórica.

Historiador de historiadores, fue Rodríguez Demorizi.

Lector, hasta el último aliento, de José Martí, y su apasionado admirador, concluía una conversación sobre el mártir de Dos Ríos, sin recordar la más sutil de las imágenes literarias del perenne

precursor del Modernismo: "una mano de valientes". (Porque eran sólo cinco, explicaba repetitivamente don Emilio.)

Así describió, con sublime sencillez, José Martí al audaz grupo que siguió su índice apostólico y se embarcó con él desde Montecristi hasta playas cubanas para luchar por la libertad de Cuba.

Agradecí su carta pública en que como Presidente de la Academia de la Historia, respaldaba la iniciativa que formulé en un artículo de junio de 1980 para incoar la promoción del 150º aniversario del nacimiento del Generalísimo Máximo Gómez Báez, libertador de Cuba, que ocurre este año.

En aquella ocasión le pregunté, cansado de inútiles pesquisas, dónde podría encontrar el libro "Mis relaciones con Máximo Gómez", de Orestes Ferrara. En uso de su característico resorte mental me respondió: "En la Biblioteca Nacional. Porque allí está la biblioteca de Federico Henríquez y Carvajal. Y él lo tenía dedicado por Ferrara". Lamentablemente, allí ya no estaba.

Noté el lamentable pero inexorable decaer de su vívida memoria cuando me dijo recientemente: "Eso está en mi libro. No me pregunte. Lo que escribí, está ahí".

Atenué un tanto mis llamadas, atento al delicado mensaje.

Después me encontré con él en diversas ocasiones. Dos de ellas de carácter más sobresaliente. Una más severa. Se conmemoraba el centenario del nacimiento de Pedro Henríquez Ureña. El más liberal y universalista de los autores dominicanos. En la casa donde nació se distribuyó el libro apologético de Rodríguez Demorizi: "La dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña".

Le solicité su autógrafo. Pero el escritor no llevaba pluma consigo. Apareció una y firmó. La conservo así. Sólo su firma. Sin dedicatoria ni fecha. Después me llamó y se excusó caballerosamente. Me pidió que le llevara la publicación para dedicarla formalmente. Preferí conservarla así. Tal y como era en aquel día.

Finalmente, nos encontramos en el lobby de un hotel de la capital. Me dijo in promptu: ¿No viene usted a la recepción del Ayuntamiento?

Respondí: "No estoy invitado".

"¿Pero usted no ve que yo soy el que da la fiesta...?"

Se desdoblaba, en forma festiva, el humanismo del humanista que yo había percibido lentamente a través de dos décadas en su casa de "las Mercedes y frente a las Mercedes", como él me indicó

la primera vez que me invitó a su casa, que era hogar acogedor, biblioteca erudita, laboratorio de investigador, paraíso de intelectuales.

Allí, junto al espíritu de don Emilio y doña Silverita debe permanecer, al cuidado de sus descendientes y de su Fundación, su biblioteca. Y, ojalá llegue pronto el día en que el edificio entero sea declarado, para honra patria, Monumento Nacional.

HOY, 14 de julio de 1986

DON EMILIO Y DON SEBASTIAN

Héctor Pérez Reyes

Los pueblos se integran, adquieren identidad cultural, se proyectan y crecen por la calidad humana de sus prohombres. Por eso creo en la fuerza creadora de la individualidad. No creo en la masa. Y entiendo negativa toda masificación pues con ese rasero sólo se llega a la desvertebración del orden social, de las jeraquías de valores y conjunciones colectivos en los cuales se fundamenta la estructura de la nación.

Emilio Rodríguez Demorizi y Sebastián Mera han fallecido. Ambos son representativos de dos generaciones cuyo trabajo aportó al país sustancias muy valiosas para soportar y superar dictaduras, ocupaciones extranjeras, claudicaciones y frustraciones. Ambos fueron creadores y contribuyeron al proceso de organización nacional que hoy se muestra en marcha, no obstante la masificación y la desnacionalización que conturba la República.

Don Emilio alcanzó a ser una de las cúspides de la historiografía dominicana. Don Sebastián, en el ámbito casi silencioso de su acción empresarial, cumplió deberes no menos fundamentales para el bien del país. Por eso sentí hacia ellos una gran admiración, y la mejor manera de rendirles un homenaje a la hora de su muerte, es recordando episodios demostrativos de sus impulsos creadores.

El nombre de Rodríguez Demorizi era para mí una leyenda con

olor a libros reveladores y a documentos rescatados. Una tarde Peña Batlle me invitó a que le acompañara: vamos a casa de Emilio para revisar unos datos. Llegamos y la leyenda se confirmó. Parecía como si un sueño se concretara en la camaradería de una conversación sin desperdicios alrededor del aroma de una taza de café. Tus datos y conclusiones son exactos, Chilo. El cura (Fray Cipriano de Utrera) no podrá objetarlos válidamente. Yo le quiero mucho y su trabajo por el país es admirable, pero estoy convencido de que quiso destruir a Enriquillo por el repudio que siente por el Padre Las Casas. Peña Batlle se extendió en consideraciones acerca de la gesta del Bahoruco y de cómo inserta a Dominicana en la historia del indigenismo latinoamericano ese episodio memorable. Don Emilio le escuchó atento y dijo: Es así Chilo. Insultar al Cacique es desmedrar un símbolo de nuestra formación nacional, porque lo verdaderamente importante para el hombre dominicano es que Enriquillo obligó al rey más poderoso de la tierra a pactar con un humilde insurrecto en las serranías donde se escucharon los primeros vagidos de nuestra identidad. Escribe tu libro y refútalo con fuerza jurídica, que los hechos históricos que sustentan tu tesis son incontrovertibles. El país necesita exaltar el pacto Barrionuevo-Enriquillo.

La tarde terminó. Se despidieron como hermanos, identificados. Ese día comprendí la dimensión de la obra que continuó realizando hasta morir, Emilio Rodríguez Demorizi.

A don Sebastián lo conocí intensamente durante el largo y fructífero viaje por casi la mitad del territorio de los Estados Unidos de Norteamérica, junto a un nutrido grupo de madereros dominicanos y de técnicos estadounidenses, para visitar bosques, estudiar los métodos de protección y cultivo de la floresta, así como todo cuanto puede hacerse para aprovechar al máximo este recurso natural renovable.

La caballerosidad, la ponderación, la serenidad y la sensatez de Sebastián marcó el paso de la gira. Varias veces me dijo: Esto hay que aprovecharlo a fondo. Los norteamericanos han explotado sus grandes riquezas forestales y aún mantienen reservas que son inextinguibles. Ellos cultivan los bosques, los ensanchan y los aprovechan. Tomaba fotos, reunía material informativo y sonreía siempre desgajando cordialidad y prudencia. Un día, casi en el centro de las montañas de Georgia, le pregunté: Sebastián, ¿por qué no podemos nosotros cuidar y aprovechar los bosques que nos quedan al igual como lo hacen los norteamericanos? Me miró como si yo estuviese lejos, y contemplando las vertientes llenas de pinos verde oscuro brillante y gruesos, me dijo: es que Trujillo nos

amarró y todos queremos hacer lo que él hizo, sin darnos cuenta que en el fondo de su arbitrariedad existía un propósito de preservación que sólo asumiremos cuando no haya nada que cortar. Además, fíjate que aquí, detrás del aserradero, no avanza el conuco. Es un problema de subsistencia y de conciencia. Ese día descubrí que no era él un simple maderero, sino un dominicano consciente, capaz de contribuir, como lo hizo sin dejar de defender sus particulares intereses, al bien común de la nación.

Y para suerte de la República y de sus futuras generaciones, aquí hay muchos dominicanos de la misma estirpe de don Emilio y don Sebastián. Por eso no pereceremos, pese a la masificación y al populismo que nos amenazan.

HOY, Sobre la marcha, 14 de julio de 1986

RODRIGUEZ DEMORIZI
EN LA TERTULIA DE LOS SOLTERONES

Georgilio Mella Chavier

Por lo que el autor escribió como Introito del libro y lo que le oímos decir con sencillez de sabio, entendemos que don Emilio Rodríguez Demorizi no cayó en la cuenta ni pudo ser convencido por otros de que *La Tertulia de los Solterones* era, y es según creemos, su más significativo logro literario desde el punto de interés de su manifestación personal como escritor humanista. Escoger entre la literal montaña de libros de su producción cuáles son los más útiles para el estudioso o aficionado a la historia es ya empeño difícil. Como un torrente de largos años fue el fluir editorial de obras de extraordinario valor sin las cuales no habría sido posible alcanzar el grado de desarrollo, no importa la altura en que se le juzgue, que ha alcanzado el conocimiento de la historia patria por la razón de que el número y la obra de los que se han dedicado a tales estudios han arribado a méritos en gran parte gracias al favor del inmenso caudal de noticias que las investigaciones de ese historiador han producido. Nadie como él espléndido en el dato preciso sobre asuntos muy disímiles; nadie como él para aclarar circunstancias en cuestiones históricas de las diversas épocas; ninguno como él para permitir y aún estimular el hallazgo contradictorio, bueno para el juicio que desea ser bien cimentado; pocos como él para el respeto de los valores, aún de los que sólo fueron parte menor en la definición de personas o situaciones. Por eso quizás ninguna de sus numerosas obras sobre

historia, ni siquiera entre las que resultan fundamentales en nuestra historiografía, puede dar la medida de su personalidad literaria, con todo y que él tuvo el cuidado y el buen gusto de poner en casi todas las suyas un tono de equilibrio y corrección, que son belleza, de altura moral y de afán científico que le dan perfiles peculiares a su vasta producción.

Sin dejar de lado las cualidades inconfundibles de su literatura y sin olvidar la orientación historiográfica que dominó el quehacer de su vida fecunda, la suma de cualidades con que el escritor sorprendió a sus lectores al publicar *La Tertulia de los Solterones* hace de ese libro uno que no tiene parecido en lo que conocemos de la bibliografía que hemos producido los dominicanos.

Aunque Rodríguez Demorizi afirma que lo escribió "todo a la buena de Dios, como quien se sienta a contar un cuento", y quizás por eso mismo, pensamos ahora, hay a todo lo largo de la obra un trasunto de sí mismo al que no puede sustraerse y que lleva reiteradamente dentro del tema general por declives y colores de su afición de escritor y es por ello que nos parece que goza como cosa propia muchos de los casos que cuenta dentro de la narración.

Yendo directamente sobre el asunto que quiere ser principal del libro, hay en primer término de atención algo que nos lleva a creer como posible que jamás escritor alguno haya descrito ni enmarcado a los solterones en tan completa serie de adjetivos como los que se enuncian con lujo de tonos pictóricos, para terminar la cuenta con una jovial dualidad: que los hay malos y buenos. Aparecen por allí reflexiones profundas acerca de la soltería y de la "solteronía" como no creemos que podamos volver a leer fuera de tales páginas. Paralelamente, nos da una antología de definiciones de la mujer como entre nosotros sólo pudo habersele ocurrido a quien quiso poner siempre en letras las cualidades y relaciones todas de sus biografiados, y es así que será difícil hallar otro libro, por lo menos en nuestro vecindario, que haya acumulado tal colección de calificativos, los más diversos, para la mujer. En ese conducir la conversación de los solterones a través de sus personales inclinaciones y modos de presentarse, venimos a tener algo así como un inusitado texto de sabiduría epitalámica, relacionado quizás con el continuo observar de los tropiezos de sus personajes seguidos con el hilo del historiar. Y allí viene seguido el autor en el papel educativo y moral que tanto hizo resaltar casi siempre como de paso en sus héroes mejores y nos brinda la presencia y la descripción de la mujer esencial como alto ideal señalable y tal vez poco alcanzable que toca declaradamente el modelo de *La Perfecta Casada* y el tipo de *Dulceina del Toboso*.

Respeto y fe suficientes tuvo siempre don Emilio por la espiritualidad organizada por la Biblia y la Iglesia y ello aparece reiteradamente acompañado de una propia manera de leer la Biblia buscando relieves si divinos también humanos, como se muestra en citas tan abundantes como bien traídas de la Sagrada Escritura, y por igual camino se nos manifiesta aprovechado lector de vidas de santos y de manera especial de los escritos del admirable obispo de Hipona.

Dado a la sistematización de sus trabajos, al respeto por verdades, fueran palmarias o subyacentes, no fue posible que desdeñara a los que en Grecia significaron el vivir y el pensar más filosóficamente acabados de su época, y es así evidente a lo largo del libro su gran afición por la cultura y los personajes helénicos. Por allí, tierras y tiempo de por medio, lo seguimos en lo que nos parece un natural impulso cultural hacia Roma, escala de valores clásicos con los que entonces se acerca a las discretas muestras, positivas o negativas, de sus recuerdos de lecturas de las que quedaron nombres inolvidables y en donde no se omiten ni Julio César ni Ovidio como notas extremas de un romanismo tan rico como disímil en sus matices filosóficos.

Muchos escritores habrían producido cansancio con las menciones, que pasan en mucho de tres centenares, de nombres de títulos, autores y criaturas del mundo literario español del que exhibe sin escándalo su asombroso conocimiento histórico, pero el aire de gracia de la más fina, el uso de términos y giros de grato sabor clásico, el discreto auxilio del lenguaje figurado y las expresiones de belleza en tono de poesía que adornan muchas partes del libro, hacen gratísimo leer las ocurrencias de la reunión de los cinco solterones que tenían su tertulia tarde por tarde en el muy madrileño Mesón del Segoviano, en la antigua calle de la Cava Baja...

Hablando de España, de la que no faltan rasgos físicos del territorio que nos recuerdan la acendrada pasión de don Emilio por los estudios geográficos, caemos sin más vueltas en el refranero y en la poderosa incursión del autor en esa cantera de saber popular. En su Refranero Dominicano hace muchos años que se presentó una abundosa compilación de paremias de nuestra habla que dieron el primer lugar en tales colecciones al autor. En La Tertulia se recogen cerca de dos centenares de refranes y frases hechas que en libros de su extensión cuando no fatigan, cautivan como ocurre en este caso.

Y hay comparaciones para abrir la conversación de los solterones

cuanto es posible a todo horizonte. Y más cosas hay que nos permiten asegurar que tiene el libro un raro matiz de originalidad que se sale en mucho del quehacer literario que en su variedad tuvo el incansable colector de datos y expulgador de noticias antiguas. Pero no es posible que el historiador formidable logre desprenderse de su capa de oficiante sin reposo, ni es fácil que el patriotismo de quien quiso hacer patria historiándola, abandone la brecha salvo en momentos necesarios para la reposición de recursos. Y en Madrid, años 1966-1967, "en horas y días que le parecieron ociosos o perdidos", no faltó nunca el recuerdo de la lejana patria dominicana con sus hombres y circunstancias, con descripciones de enamorado memorioso que hace crónica de la llegada de Tirso a Santo Domingo, que pone a conversar a Buenaventura Báez con el autor de Don Juan y que lo mismo cita un verso de Enrique Henríquez como nos hace recordar la admiración de Hostos por Salomé Ureña. Por todo ello podemos decir que *La Tertulia de los Solterones* es el libro de un hombre singular que no pasará mucho tiempo sin que el bronce repita su ser físico y pregone su alta entidad intelectual.

Santo Domingo, marzo de 1987._

ACADEMIA DOMINICANA DE LA LENGUA,
DE LA HISTORIA Y OTROS PROMINENTES
ESCRITORES EXPRESAN SUS CONDOLENCIAS

Algo repuesto de los penosos quebrantos de salud que me permitieron acompañar a don Emilio Rodríguez Demorizi a su última morada en la tierra, y bajo análogo pesar al que a ti aún te entristece el alma, me dirijo a ti para expresarte mi admiración por la oración fúnebre con que despediste dignamente al Presidente de la Academia de la Historia. ¡Qué emoción llega al espíritu al leer la pieza literaria en que junto a la altura de la grave ocasión aparece en limpia continuidad el personal sentimiento de pena legítima del orador!

Te quiere bien y mucho, tu siempre afectísimo

Georgilio Mella Chavier

(al Dr. Ml. de Js. Goico Castro)

Santo Domingo, 24 de julio de 1986.

Me dirijo a Ud. por ignorar a quién hacerlo, al fallecer don Emilio Rodríguez Demorizi. De la muerte de este caballeroso colega me informa ahora mismo nuestro Numerario don Demetrio Ramos, recién regresado de América. Para él, para todos nosotros —esta Real Academia de la Historia—, es una pérdida de veras sentida, dadas las características personales e intelectuales del extinto. De aquí que, en nombre de nuestra Corporación, me apresure a significar a Uds., por

conducto de Ud., nuestro moral quebranto y nuestra certidumbre de que recordaremos cordialísima y admirablemente a Don Emilio.

Con esta lamentable oportunidad, se reitera de Ud. su afmo. colega, que expresivamente le saluda,

Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela.

(el secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia,

al Dr. Ml. de Js. Goico Castro)

Madrid, 28 de julio de 1986.

Enterada la Real Academia Española, en junta celebrada anoche, del fallecimiento del ilustre académico de número de esa Corporación don Emilio Rodríguez Demorizi, acordó que constase en acta el sentimiento de este cuerpo literario y que se diese el más sentido pésame a su correspondiente Academia Dominicana por tan sensible pérdida.

Lo que tengo el honor de comunicar a V. S., cuya vida guarde Dios muchos años.

EL SECRETARIO

(de la Real Academia Española)

Madrid, 3 de octubre de 1986

Por su atenta del 12 de julio de 1986 hemos sabido de la desaparición del ilustre colega D. Emilio Rodríguez Demorizi. La Comisión Permanente aprobó en su sesión del pasado día 16 la siguiente

Proposición:

"La Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, al tener conocimiento en su primera reunión del presente curso académico, de la infausta noticia del fallecimiento de D. Emilio Rodríguez Demorizi, y

Considerando:

que el miembro de la Academia Dominicana de la Lengua y de la Academia Dominicana de la Historia, fallecido el día 26 de junio de 1986 en Santo Domingo, deja una ejemplar y vasta obra de enorme valor historiográfico, que le encumbra entre las figuras de la cultura hispanoamericana,

Resuelve:

hacer constar en el acta de este día su profundo sentimiento por la desaparición de D. Emilio Rodríguez Demorizi, manifestar sus sentidas

condolencias a la Academia Dominicana de la Lengua y comunicar la luctuosa noticia a las demás Academias de la Asociación mediante la correspondiente circular con el texto de la presente proposición".

El suscrito agradece a Ud. su información y le avisa recibo del ejemplar de la hermosa oración fúnebre por Rodríguez Demorizi. Reciba un saludo cordial de su atento servidor y amigo,

José Antonio León Rey

Secretario General

*de la Asociación de Academias de la Lengua Española,
(en texto dirigido al Dr. Ml. de Js. Goico Castro,
Sec. perpetuo de la Academia Dominicana de la Lengua)*

Con suma pena nos enteramos ahora sobre el infausto fallecimiento del ilustre académico Dr. Emilio Rodríguez Demorizi ocurrido el 26 de junio pasado.

La noticia llena de pena a esta Institución que conoce los méritos y virtudes del ilustre dominicano y, por este medio, me encarga hacer llegar a usted y demás señores Académicos el sentimiento de duelo que nos embarga, el que hacemos extensivo a la familia del extinto.

Acepte usted las demostraciones de nuestra más respetuosa consideración.

Jorge Fidel Durón

Secretario Perpetuo

*(de la Academia Hondureña de la Lengua,
al Dr. Ml. de Js. Goico Castro)*

8 de noviembre de 1986.

En junta del 17 de noviembre, esta Academia se impuso del fallecimiento, ocurrido el 26 de junio, de D. Emilio Rodríguez Demorizi, ilustre Miembro de la Academia Dominicana, quien deja el ejemplo de una vasta labor historiográfica y literaria, honor de la cultura de la lengua castellana.

Acepten Ustedes la expresión de nuestra más sentida condolencia por el luto que con tan infausto motivo les embarga.

Con muestras de la más alta consideración y estima, soy de Usted atentamente,

Luis Beltrán Guerrero
Secretario

(de la Academia Venezolana, orrespondiente de la Real Española)

MARIO BRICEÑO PEROZO,

hace del conocimiento de esa docta Academia su hondo pesar por la muerte del inolvidable colega don Emilio Rodríguez Demorizi.

Caracas: 25 de noviembre de 1986.

LA PRENSA NACIONAL,
ANTE LA MUERTE DE
DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

MURIO EN LA MADRUGADA DE HOY

ULTIMA HORA, viernes, 27 de junio de 1986, pág. 10.

Falleció hoy, a la edad de 80 años, el licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, el más prolífico de los historiadores dominicanos, cuyas obras publicadas sobrepasaron el centenar.

El deceso del historiador se produjo en la clínica Abreu, donde se encontraba internado desde hacía unos días a consecuencia de un repentino derrame cerebral.

Su cadáver está siendo velado en la capilla "La Paz", de la Funeraria Blandino. Será sepultado hoy, a las 4:00 de la tarde, en el cementerio de la avenida Máximo Gómez.

Rodríguez Demorizi, a quien le sobrevive su hija Clara, había nacido en Sánchez, el 14 de abril de 1906. Era abogado.

Hasta la hora de su muerte, el escritor fungía como presidente de varias entidades, entre ellas de la Academia Dominicana de la Historia, posición que ostentaba desde 1955; del Ayuntamiento del Distrito Nacional, cargo que desempeñó desde el inicio de la presente sindicatura, y de la Sociedad Dominicana de Geografía, de la cual fue fundador.

Hijo de Félix Francisco Rodríguez Jiménez y de Genoveva Demorizi Campo, Rodríguez Demorizi estuvo casado con Silveria Rodríguez, fallecida hace unos años.

Desempeñó diversos cargos a partir de los años 40, entre lo que estuvieron Ministro Plenipotenciario en Colombia y en Italia; Embajador de Nicaragua, Costa Rica y España; Director en tres ocasiones del Archivo General de la Nación; Secretario de Estado de Interior; Rector de la Universidad de Santo Domingo; Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes.

Creó la "Fundación Rodríguez Demorizi" y formó parte de diferentes instituciones españolas y latinoamericanas.

Galardonado en varias oportunidades en los certámenes "Nacional de Literatura", "Miguel de Cervantes" y el "Premio de la Academia de Ciencias de la República Dominicana" por algunas de sus obras, el licenciado Emilio Rodríguez Demorizi publicó, entre otros libros, "Poesía Popular Dominicana"; Juan Isidro Pérez, el ilustre loco; El cantor del Niágara en Santo Domingo; Luperón y Hostos; Camino de Hostos; Del Romancero Dominicano; La imprenta y los primeros periódicos de Santo Domingo; La tertulia de los Solterones; Samaná: pasado y porvenir. La Marina de Guerra Dominicana; Música y Baile en Santo Domingo; Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña; Seudónimos Dominicanos; La Constitución de San Cristóbal; Cesión de Santo Domingo a Francia; Lengua y Folklore en Santo Domingo; Riqueza mineral y agrícola de Santo Domingo.

MUERE DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

LA NOTICIA, 27 de junio de 1986, pág. 2

El historiador Emilio Rodríguez Demorizi murió hoy en un centro médico de esta capital tras una prolongada enfermedad que lo mantenía postergado.

Su deceso se produjo esta madrugada, pese a la ardua lucha de sus médicos de cabecera para mantenerlo con vida.

Sus restos mortales son velados en la capilla La Paz, de la avenida Abraham Lincoln, de esta capital.

Se espera que esta tarde el presidente Salvador Jorge Blanco y su señora esposa, doña Asela Mera de Jorge, acudan al velatorio a expresar sus condolencias a los familiares del historiador Emilio Rodríguez Demorizi.

Don Emilio era la fuente bibliográfica por excelencia de la joven intelectualidad dominicana.

Recibió el archivo personal del eminente polígrafo dominicano don Pedro Henríquez Ureña con quien hizo una profunda amistad.

Dirigió por muchos años la Academia Dominicana de la Historia y el Archivo General de la Nación.

Forma parte de los intelectuales que sembró una cosecha difícil de borrar en el campo de la historiografía nacional.

Era el escritor más prolífico que había en el país, pues llegó a publicar cientos de obras de carácter histórico, cultural y de otra índole.

Desde 1982 se desempeñaba como presidente del Ayuntamiento del Distrito Nacional, cargo al que llegó por sugerencia del doctor José Francisco Peña Gómez.

Estaba enfermo desde hacía varios meses.

SEPULTAN CON HONORES RESTOS MORTALES HISTORIADOR DEMORIZI

Rossanna Grullón y Clodomiro Moquete
EL SOL, 28 de junio de 1986

Fueron sepultados en la tarde de ayer los restos del historiador y literato, licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, quien falleciera a media noche, luego de una enfermedad que padecía.

Sus restos fueron velados en la capilla La Paz y trasladados a la Academia de la Historia, a las 5:16 de la tarde, en donde se le asignó una guardia de honor compuesta por dos militares y dos miembros de la academia, los cuales eran relevados cada cierto tiempo.

Luego de una misa oficiada por monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, el doctor Manuel de Jesús Goico Castro en un emotivo discurso resaltó la obra y los aportes realizados por el historiador.

Asimismo, el doctor José Francisco Peña Gómez leyó el panegírico, en el cual destacó no sólo los aportes hechos por Rodríguez Demorizi a las letras y la historia dominicanas, sino también al afianzamiento de la democratización del país.

El doctor Peña Gómez se refirió además a los logros que hizo el intelectual al regreso y fortalecimiento del Partido Revolucionario Dominicano.

"El doctor Joaquín Balaguer correspondió a la audaz decisión que tomaron los líderes del PRD de regresar al país y establecer el primer partido democrático de la oposición al régimen trujillista en el territorio nacional. En esa época conocí al licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, quien fue el contacto utilizado por el presidente Joaquín Balaguer para mantener una comunicación que contribuyó a la apertura democrática de la nación", dijo.

Resaltó además que siempre contribuyó a la preservación de la integridad física de los miembros del partido perredeísta.

En este orden explicó que "cada vez que se presentaba una situación difícil, que sobrevenía un peligro para la seguridad de los líderes perredeístas o sucesos que amenazaban con cerrar la débil brecha democrática recién abierta, el hombre a quien recurrían Angel Míolán y sobre todo el profesor Juan Bosch, era el licenciado Emilio Rodríguez Demorizi. El doctor Peña Gómez se refirió también a la labor realizada por el historiador en el Ayuntamiento del Distrito, donde se desempeñaba como Presidente del Cabildo.

Y resaltó que gracias a su participación en las elecciones del 1982, en donde fue postulado como primer regidor, el PRD consolidó la victoria del presidente Salvador Jorge Blanco.

Aseguró que fue el más importante historiador dominicano e hizo un recuento de las obras publicadas por el prolífero investigador.

"Más que los munícipes de Santo Domingo, están de duelo las letras nacionales porque nadie las ha abrigado más que él con su prodigiosa y variada producción literaria e historiográfica", significó.

El cortejo fúnebre, que partió de la Academia Dominicana de la Historia hasta el cementerio de la avenida Máximo Gómez, fue presidido por el doctor Salvador Jorge Blanco, presidente de la República, y la primera dama de la nación, Asela Mera de Jorge, el teniente general Manuel Antonio Cuervo Gómez y esposa, el doctor José Francisco Peña Gómez, y el doctor Frank Moya Pons.

También asistió el doctor Joaquín Balaguer, presidente electo de la República, el ex-presidente Juan Bosch, quien asistió solamente a la Academia, el señor Rafael Herrera, director del Listín Diario, entre otros.

PRESTIGIO EL CABILDO CAPITALEÑO

A muchos les habrá parecido raro que Emilio Rodríguez Demorizi, un intelectual brillante, el historiador más ilustre dominicano de todos los tiempos, aceptara el cargo de regidor del Ayuntamiento de Santo Domingo, con el cual alcanzó la posición de presidente de ese cabildo.

Si no le preguntaron nunca el motivo y él no lo aclaró en algún momento, es fácil deducirlo: Rodríguez Demorizi aceptó ser un regidor para prestigiar el cabildo, una institución secular de la hispanidad que en nuestro país quedó sembrada desde la era de la colonia.

Durante el período colonial el cabildo representó la institución por excelencia de los derechos populares. En los últimos años, en nuestro país, los amantes del rescate de las mejores tradiciones, entre ellos Rodríguez Demorizi, han querido restituir al cabildo la fuerza de sus mejores tiempos.

Rodríguez Demorizi es autor de una obra histórica tan copiosa que es prácticamente una enciclopedia, consulta obligada en todas las universidades donde se realizan estudios sociales del país.

Nació en Sánchez en 1908, hijo de Félix Francisco Rodríguez Jiménez y de Genoveva Demorizi Campos. Se graduó de doctor en Derecho en la Universidad de Santo Domingo.

Durante su exitosa vida intelectual desempeñó numerosos cargos públicos, como los de Ministro Plenipotenciario en Colombia e Italia, Embajador en Nicaragua, Costa Rica y España; director del Archivo General de la Nación en tres oportunidades, secretario de Estado de Interior y Policía, secretario de Estado de Educación, rector de la Universidad de Santo Domingo, presidente de la Academia Dominicana de la Historia; miembro de la Academia Dominicana de la Lengua, y presidente fundador de la Sociedad Dominicana de Geografía.

Se dice que publicó más de cien obras, la mayoría sobre historia, entre las que se cuentan "La tertulia de los solterones", "Juan Isidro Pérez: el ilustre loco", "El cantor del Niágara en Santo Domingo", "Luperón y Hostos", "Caminos de Hostos", "El Padre Billini y Eugenio María de Hostos".

También, "Apuntes de viaje por los Estados Unidos", "Colón en la Española: itinerario y bibliografía", "El acta de separación dominicana y el Acta de Independencia de los Estados Unidos de América", "Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo", "Samaná: pasado y porvenir", y muchas otras.

JORGE BLANCO ASISTIO AL SEPELIO DE RODRIGUEZ DEMORIZI

También Bosch, Balaguer y Peña

Peña: "Fue quien más ha escrito sobre nuestra historia"

EL NUEVO DIARIO, 28 de junio de 1986, pág. 6

El Presidente Salvador Jorge Blanco, acompañado por su esposa, señora Asela Mera de Jorge, asistió esta tarde a los actos de velatorio del escritor y presidente del Ayuntamiento del Distrito Nacional, licenciado Emilio Rodríguez Demorizi.

El Presidente Jorge Blanco asistió primeramente a la capilla La Paz de la Funeraria Blandino donde fue velado el cadáver del historiador dominicano.

La pareja presidencial ofreció sus condolencias a Clara Rodríguez, hija del fenecido intelectual, y a otros familiares.

El cuerpo de Demorizi fue sacado de la capilla La Paz e introducido en el carro fúnebre, para ser trasladado a la Academia Dominicana de la Historia, institución de la cual fue su presidente, hasta la hora de su muerte.

Antes de ser conducido hacia la Academia Dominicana de la Historia, un batallón mixto de las Fuerzas Armadas, dirigido por el mayor César Nicolás Castaing, rindió a la memoria del licenciado Rodríguez Demorizi los honores de estilo.

En la Academia Dominicana de la Historia, monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito presidió una ceremonia religiosa en honor al licenciado Demorizi.

Polanco Brito dijo que Rodríguez Demorizi supo entregar su vida a la historia dominicana.

También pidió a Dios que acoja en su seno el alma del intelectual y que le dé eterno descanso y que la luz perpetua brille para él.

El doctor Manuel de Jesús Goico Castro, miembro de la Academia Dominicana de la Historia, y el doctor José Francisco Peña Gómez, síndico del Distrito Nacional, pronunciaron los panegíricos.

Goico Castro dijo: Rodríguez Demorizi, "como el más fecundo escritor que conoce la historia dominicana, siempre será digno de respeto y admiración por los espíritus nobles y justos, porque él supo formarse con su pluma un sólido pedestal".

Expresó que el intelectual escribió cerca de 120 libros, de historia dominicana, geografía, lengua española y de otros géneros, muchos de ellos con gran repercusión internacional.

Por su parte, Peña Gómez manifestó que el licenciado Rodríguez Demorizi vino al mundo para poner en orden la historia moderna dominicana y a esclarecer episodios de la latinoamericana.

Señaló que "los talentos del licenciado Rodríguez Demorizi eran diversos, y la versatilidad de su intelecto tuvo variadas manifestaciones, porque no sólo ha sido el dominicano que más ha escrito sobre nuestra

historia, sino que también fue un maestro de la investigación científica".

El síndico capitalaño hizo un relato de la vida del escritor, incluyendo la muerte de su hijo durante la revolución del 24 de abril del 1965, y su participación en ésta, al lado del coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó.

Indicó que siempre contempló al licenciado Rodríguez Demorizi ir al Ayuntamiento del Distrito Nacional "silencioso y modesto como era, llevando muchas veces debajo del brazo la última edición que preparaba para ilustración de la presente y futura generaciones".

Mientras se desarrollaba el acto, dos oficiales de las Fuerzas Armadas y los señores, doctor Julio Genaro Campillo Pérez y Manuel de Jesús Mafión, montaron guardia alrededor de su féretro donde descansaba el cuerpo del licenciado Rodríguez Demorizi.

La mesa directiva estuvo integrada por el Presidente Jorge Blanco, su esposa, señora Asela Mera de Jorge; doctor Peña Gómez; doctor Pedro Troncoso Sánchez; licenciado Frank Moya Pons y doctor Goico Castro, entre otros.

Concluida la ceremonia, el cuerpo del licenciado Rodríguez Demorizi fue conducido hacia el cementerio nacional de la avenida Máximo Gómez, donde se le dio sepultura.

A la entrada del camposanto, el licenciado Rodríguez Demorizi recibió los honores de estilo, a cargo de una brigada de las Fuerzas Armadas, consistentes en varios floreos y el Himno Nacional.

Al ser introducido el cadáver en el nicho, un miembro del Ejército Nacional interpretó con una corneta el toque de silencio, mientras que otros hicieron varios disparos de salva.

A su partida del cementerio, el presidente Jorge Blanco se encontró con el expresidente doctor Joaquín Balaguer, saludándose ambos.

En el sepelio estaban presentes los secretarios de las Fuerzas Armadas, teniente general Manuel Antonio Cuervo Gómez y de la Presidencia, licenciado Fulgencio Espinal.

BALAGUER EXALTA RODRIGUEZ DEMORIZI

Fernando A. de León.

EL CARIBE, 28 de junio de 1986, pág. 1.

El doctor Joaquín Balaguer consideró "uno de los hombres de letras más notables del país" al presidente del Ayuntamiento licenciado Emilio

Rodríguez Demorizi, quien falleciera en la madrugada de ayer a la edad de 78 años.

"Creo que su labor fue enorme, sobre todo una labor de divulgación histórica extraordinaria", precisó el candidato presidencial en las pasadas elecciones del 16 de mayo del Partido Reformista Social Cristiano (PRSC).

Balaguer emitió sus juicios sobre el fenecido historiador mientras se encontraba en el cementerio nacional de la avenida Máximo Gómez, en donde a las 6:00 de la tarde de ayer fueron sepultados los despojos mortales de Rodríguez Demorizi.

El líder del PRSC señaló que Rodríguez Demorizi "fue el que hizo quizás las investigaciones más extensas, sino más profundas, en la historia dominicana".

Por su lado el doctor José Francisco Peña Gómez calificó como el "padre de la historia contemporánea" del país al fenecido.

El síndico del Distrito se pronunció en esos términos al pronunciar un panegírico en la Academia de la Historia, en donde se rindió homenaje de cuerpo presente a Demorizi, que a la hora de su muerte era presidente de la institución.

"Ciertamente, ningún otro dominicano, y dudamos que otro latinoamericano, haya realizado una labor de investigación histórica de las colosales dimensiones de la cumplida por el gigante que en estos momentos acaba de agotar la trabajosa jornada de su vida", indicó Peña Gómez.

El cadáver de Rodríguez Demorizi fue velado en la funeraria La Paz, de la avenida Abraham Lincoln de esta ciudad, con la asistencia del Presidente Salvador Jorge Blanco, su esposa doña Asela Mera de Jorge, el secretario de las Fuerzas Armadas, teniente general Manuel Antonio Cuervo Gómez y otros funcionarios civiles y militares.

De allí, su cadáver fue trasladado a la Academia de la Historia y posteriormente conducido al cementerio nacional de la avenida Máximo Gómez de esta ciudad. En ambas ceremonias al historiador fenecido se le rindieron los honores correspondientes a su investidura.

Peña Gómez al exaltar las virtudes y cualidades del ilustre dominicano señaló que "vino al mundo con la misión de poner en orden la historia nacional, y de paso, contribuir a esclarecer episodios fundamentales de las patrias latinoamericanas y de la madre España".

El presidente del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), destacó que Rodríguez Demorizi, aparte de ser un historiador fecundo "también fue un maestro de la investigación científica, descollando en disciplinas

y en materias tales como la geografía, mineralogía, la fauna y los recursos naturales".

Antes de las palabras del alcalde capitalino, el doctor Manuel de Jesús Goico Castro, directivo de la institución cultural que presidía Demorizi, exaltó sus dotes intelectuales y lo consideró como "maestro de las artes de la historia".

Poco antes a esas consideraciones, el obispo de la diócesis de la Altagracia, monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, dijo una oración ante el féretro.

El pasado 25 de mayo, Rodríguez Demorizi sufrió un derrame cerebral que lo mantuvo postrado hasta la hora de su muerte. Durante su enfermedad, estuvo internado en la clínica Abreu de esta ciudad.

De sus parientes más cercanos únicamente le sobrevivía su hija Clara Emilia Rodríguez Demorizi. Su esposa, la dama Clara Silveria de Rodríguez, falleció hace unos siete años.

Demorizi había nacido en el municipio de Sánchez el 14 de abril de 1906, hijo de los señores, ya desaparecidos, Félix Francisco Rodríguez y Genoveva Demorizi de Rodríguez.

Era de profesión abogado. Sus primeros estudios los realizó en la ciudad de La Vega. Posteriormente se trasladó a Santo Domingo, en donde se graduó de licenciado en derecho en la Universidad de Santo Domingo, hoy Autónoma.

Fue el más prolífico escritor, destacándose en investigaciones históricas y otras disciplinas.

El licenciado Demorizi ocupó varios cargos en diversas gestiones gubernativas del país. En la época de Rafael L. Trujillo Molina, se desempeñó como embajador y ministro plenipotenciario de la República Dominicana en Bogotá, ciudad en la que residió por varios años.

Además fue abogado ayudante del Procurador General de la República, director de la división de Asuntos Haitianos de la Cancillería, director del Archivo General de la Nación, secretario de Educación, embajador del país en España, en los Estados Unidos por tres ocasiones; en Cuba en igual número de veces; en Puerto Rico representó al país en dos oportunidades, y otro tanto en Guatemala, Río de Janeiro y Bogotá.

Rodríguez Demorizi hablaba, además del castellano el francés y el italiano. Presidió varias entidades culturales del país entre las que figuran la Academia Dominicana de la Historia, Academia Dominicana de la Lengua, el Ateneo Dominicano, la Logia Cuna de América y además fue catedrático y rector de la Universidad de Santo Domingo.

Fue objeto de reconocimiento a sus dotes intelectuales y de

enriquecimiento de la historia dominicana por varias personalidades e instituciones nacionales.

Entre sus principales obras se encuentran: Invasiones Haitianas de 1801, 1805 y 1822; Papeles del General Santana, Relaciones Geográficas de Santo Domingo, Enciclopedia Dominicana del Caballo, Papeles de Pedro Francisco Bonó. Poseía una de las más completas bibliotecas de datos nacionales.

Al velatorio, así como al entierro de Rodríguez Demorizi asistieron diversas personalidades entre las que se encontraban el presidente del Partido de la Liberación Dominicana, profesor Juan Bosch; el líder del Partido Reformista Social Cristiano (PRSC), doctor Joaquín Balaguer; el historiador Frank Moya Pons, el señor Mirtilio Peguero Félix, el ex canciller Ramón Emilio Jiménez, el economista Bernardo Vega, el secretario de la Presidencia, licenciado Fulgencio Espinal, el secretario general del PRD, licenciado Hatuey Decamps, y otros.

SEPULTAN RESTOS RODRIGUEZ DEMORIZI

Pedro Julio Sánchez

Listín Diario, 28 de junio de 1986, pág. 1.

Los restos mortales del ilustrado hombre de letras, don Emilio Rodríguez Demorizi, recibieron ayer sepultura en el cementerio nacional de la avenida Máximo Gómez ante una extraordinaria concurrencia.

Entre los asistentes se encontraba el presidente de la República, doctor Salvador Jorge Blanco y el presidente electo, doctor Joaquín Balaguer. El primero, acompañado de su esposa doña Asela Mera de Jorge y miembros del gabinete nacional.

A la hora de su sentida muerte el licenciado Rodríguez Demorizi era presidente de la Academia Dominicana de la Historia y del Ayuntamiento de la capital.

El notable historiador, autor de más de cien libros, había dejado de existir en las primeras horas del día en la clínica Abreu, donde se encontraba recluso a causa de un derrame cerebral sufrido en días pasados en su hogar de esta ciudad.

El cadáver del licenciado Rodríguez Demorizi fue velado en la Capilla de la Paz de la Funeraria Blandino, ubicada en la avenida Abraham Lincoln, del sector de Mata Hambre, donde altos oficiales de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional montaron una guardia de honor alrededor del féretro.

A las cuatro de la tarde su cadáver fue trasladado hacia el local de la Academia Dominicana de la Historia, de la que fuera presidente, donde el cortejo fúnebre llegó franqueado por vehículos de la escolta presidencial y seguido por el carro que ocupaba el Presidente de la República y altos funcionarios civiles y militares de la Nación.

Acto seguido, los restos mortales del extinto historiador fueron colocados en el centro del salón y se montó una guardia de honor integrada por militares de las Fuerzas Armadas y los doctores Julio Genaro Campillo Pérez y Manuel de Jesús Mafión Arredondo, en representación de la Academia Dominicana de la Historia. Momento después monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito pronunció un responso por el eterno descanso del alma del ilustre hombre de letras fallecido.

PRONUNCIA PANEGIRICO

El doctor Manuel de Jesús Goico Castro, miembro de la Academia de la Historia, pronunció un panegírico en el que dijo: "estamos frente a un espectáculo que conmueve la conciencia nacional; que cubre con orlas de luto el mundo de las letras dominicanas y el de las letras hispanoamericanas. En este preciso instante se ha abierto paso hacia la inmortalidad, serena y gloriosamente, un santo, un sabio, uno de los más fecundos escritores del siglo XX, consagrado en las últimas seis décadas a escribir más de ciento veinte obras: Emilio Rodríguez Demorizi, uno de los más castizos y eruditos de los historiadores dominicanos a quien he considerado siempre, con devoción y respeto, como un padre espiritual, como mi eterno Maestro y como un amigo leal y generoso en la más amplia significación de la palabra".

"Aunque fluyera de nuestros labios la más poderosa elocuencia, como la de Bossuet y de otros magos creadores de panegíricos de la oratoria sagrada, no nos será dable enaltecer lo suficiente la magnanimidad de este inmortal varón de virtudes, consumado maestro de las artes de la historia, de las más memorables calendas dominicanas en torno a nuestro período colonial y republicano, autor de esos libros elaborados por sus manos, ahora inmóviles, por su privilegiado cerebro, dormido ahora para siempre, en el silencio más oscuro y eterno".

Sostuvo que "Emilio Rodríguez Demorizi, como el más fecundo escritor que conoce la historia dominicana, siempre será digno de respeto y de admiración por los espíritus nobles y justos, porque él supo forjarse con su pluma un sólido pedestal".

AUTOR E INVESTIGADOR

Manifestó que "Rodríguez Demorizi se erigió, con ágil pluma, un

enhiesto pedestal, integrado por el acervo de una rica bibliografía; libros fundamentales de historia dominicana y de temas de repercusión internacional, como los consagrados a Bolívar, Martí, Rubén Darío, Hostos y Maceo; libros que son a manera de preseas representativas, joyas deslumbrantes, visibles ante la más autorizada crítica del orbe, como el sol y las constelaciones del cielo. El pudo escribir con justa razón, como Horacio en una de sus odas inmortales :NO MORIRE POR ENTERO, MÍ OBRA ME SOBREVIVIRA".

Por su parte el doctor José Francisco Peña Gómez, en el panegírico que leyó, expresó : "si hay un motivo justificado para que el pabellón nacional descienda del tope del asta y se coloque en la mitad del tránsito que debe recorrer cada mañana, ése es el luctuoso suceso que nuestra capital ha presenciado acongojada en la madrugada de hoy, cuando cerró los ojos para siempre el investigador que más los utilizó para desentrañar de montañas de documentos los secretos guardados celosamente por la historia en los archivos de Santo Domingo, España, Francia, Italia, Inglaterra, Venezuela, Argentina y otros países".

Agregó: "ciertamente, ningún otro dominicano y dudamos que otro latinoamericano, haya realizado una labor de investigación histórica de las colosales dimensiones de la cumplida por el gigante que en estos momentos acaba de agotar la trabajosa jornada de su vida".

Dijo que como dominicano integral, "Emilio Rodríguez Demorizi amaba intensamente la isla donde nació y por eso estudió con dedicación las acciones de los hombres y las mujeres cuyos hechos son los elementos básicos de nuestra historia, pero también estudió el suelo que pisaron los autores de nuestro acontecer, porque tan aficionado era al examen de la geografía, que le corresponde el mérito de ser el fundador y Presidente hasta el día de hoy del Instituto Dominicano de Geografía".

Refirió que Emilio Rodríguez Demorizi desempeñaba las funciones de secretario de Estado de Educación en el año 1961 cuando el doctor Joaquín Balaguer era Presidente de la República y el pueblo dominicano, actuando por conducto de los héroes del 30 de mayo, había vengado 31 años de opresión dando muerte al dictador.

A ese respecto dijo "el doctor Joaquín Balaguer correspondió a la audaz decisión que tomaron los líderes del Partido Revolucionario Dominicano de regresar al país y establecer el primer partido democrático de oposición al régimen trujillista en el territorio nacional. En esa época conocí al licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, porque él fue el contacto utilizado por el Presidente Joaquín Balaguer para mantener una comunicación que contribuyó a la apertura democrática de la nación".

Afirmó Peña Gómez que "cada vez que se presentaba una situación

difícil, que sobrevenía un peligro para la seguridad de los líderes perredeístas o sucesos que amenazaban con cerrar la débil brecha democrática recién abierta, el hombre a quien recurrían Angel Miolán y sobre todo el profesor Juan Bosch, era el licenciado Rodríguez Demorizi, porque fui testigo y actor de aquellos episodios estelares de la democratización del país y puedo testimoniar ante la nación que, no obstante haber servido al régimen caído, don Emilio Rodríguez Demorizi fue un faro civilizador en medio del oscurantismo de la tiranía".

Luego de los honores que recibió en el local de la Academia Dominicana de la Historia por parte de los miembros de esa institución y con la presencia del Presidente Salvador Jorge Blanco, del ex-Presidente Juan Bosch, del síndico, doctor Peña Gómez, autoridades civiles y militares, el cortejo fúnebre partió hacia el cementerio nacional de la avenida Máximo Gómez, donde recibió cristiana sepultura.

HONORES MILITARES

Al llegar al camposanto de la avenida Máximo Gómez, su cadáver fue expuesto ante dos batallones militares integrados por miembros de las Fuerzas Armadas y la Marina de Guerra, luego la comitiva encabezada por el Presidente Jorge Blanco, su esposa, Asela Mera de Jorge y el secretario de las Fuerzas Armadas, teniente general Manuel Antonio Cuervo Gómez, penetraron al cementerio, al tiempo que un militar sobre una bóveda, con una trompeta ejecutaba el "toque de silencio", mientras un batallón militar disparó una salva de fusilería.

Al acto del sepelio asistieron, entre otros, el Presidente Jorge Blanco, su esposa, Asela Mera de Jorge, el Presidente electo, doctor Joaquín Balaguer, el doctor José Francisco Peña Gómez, y don Rafael Herrera, director del Listín Diario.

Además, el licenciado Bernardo Vega, Aliro Paulino, Héctor Aristy, Víctor Bisonó, doctor Marino Alvarez Savión, Ramón Bona Rivera, Plinio Vargas Matos, doctor Pedro Bergés, presidente del Instituto Dominicano de Cultura Hispánica, licenciado Fulgencio Espinal, Hatuey Decamps, Emigdio Valenzuela, José María Cabral Vega, doctor Manuel Bergés Chupani, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Juan Gabriel Balcácer, Sacha Volman y Emilio Ludovino Fernández, entre otros.

SEPULTAN RESTOS HISTORIADOR EMILIO RODRIGUEZ
DEMORIZI

HOY, 28 de junio de 1986, pág. 1.

El licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, distinguido hombre de las letras y la cultura dominicanas, falleció ayer en la madrugada a la edad de 80 años en un centro médico privado donde permaneció cerca de un mes, aquejado de quebrantos de salud y fue sepultado en medio de honores, en una ceremonia fúnebre encabezada por el Presidente de la República.

Demorizi, que a la hora de su fallecimiento era presidente del Ayuntamiento del Distrito Nacional, había nacido el 14 de abril del año 1906 en el municipio de Sánchez de la provincia de Samaná. Era hijo del matrimonio formado por Félix Francisco Rodríguez, destacado hombre de leyes y doña Genoveva Demorizi Campos, descendiente de españoles.

Rodríguez Demorizi había contraído matrimonio con la señora Silveria Rodríguez, fallecida hace algunos años y con la que había procreado dos hijos: José Antonio Rodríguez Soler, muerto en la contienda bélica de abril de 1965 y la doctora Clara Rodríguez.

Fue uno de los más prolíficos escritores dominicanos de todos los tiempos, con más de cien obras publicadas, entre las que se hallan *La Tertulia de los Solterones*, con la que ganó un premio sobre literatura hace cuatro años; *Juan Isidro Pérez: El Ilustre Loco*, *Seudónimos Dominicanos*, *La Enciclopedia Dominicana del Caballo*, *El Romancero Dominicano*, *Papeles de Buenaventura Báez*, *Papeles de Pedro Santana*, *Papeles de Gregorio Luperón*, *Papeles de Pedro Francisco Bonó*, *Riqueza Mineral y Agrícola de la República Dominicana*, *Los Diarios de la Restauración*, *Las Guerras Domínico-Haitianas*, *Las Invasiones Haitianas*, *La Era de Francia en Santo Domingo* y numerosos folletos.

Ayer, la bandera del cabildo capitalaño ondeó a media asta y entre empleados y funcionarios se observaba la tristeza reflejada en sus rostros.

Fue presidente de la Academia Dominicana de la Historia y miembro de la Academia Dominicana de la Lengua, además de presidente de la Sociedad Dominicana de Geografía.

A su sepelio, efectuado ayer en horas de la tarde en el cementerio de la avenida Máximo Gómez, asistieron el Presidente Salvador Jorge Blanco y el Presidente electo, doctor Joaquín Balaguer. Al local de la Academia Dominicana de la Lengua, donde su cadáver fue puesto en capilla ardiente, asistió el profesor Juan Bosch, ex-Presidente de la República.

Al cementerio de la avenida Máximo Gómez asistieron, además, el secretario de las Fuerzas Armadas, la primera dama de la República, doña Asela Mera de Jorge; el doctor José Francisco Peña Gómez; el licenciado Hatuey Decamps; el periodista Rafael Herrera, director del periódico Listín Diario; el licenciado Bernardo Vega; el licenciado Fulgencio Espinal, secretario de la Presidencia; los jefes del Ejército Nacional, la Fuerza Aérea y la Marina de Guerra; Héctor Aristy, el doctor Manuel de Jesús Goico Castro y otras personalidades del mundo político y de las letras dominicanos.

El doctor Peña Gómez, síndico del Distrito Nacional, que pronunció el panegírico, dijo que "más que los municipios de Santo Domingo, están de duelo las letras nacionales porque nadie las ha abrigado más que él con su prodigiosa y variada producción literaria e historiográfica".

El ejecutivo municipal definió al fallecido hombre de letras como "padre de la historia contemporánea, patriota y combatiente".

Por su parte, el doctor Manuel de Jesús Goico Castro escribió una oración fúnebre en la que expresa que Rodríguez Demorizi, con su muerte, enluta al mundo de las letras dominicano.

Indicó que Demorizi fue "el más fecundo escritor que reconoce la historia dominicana", y que será digno de respeto y de admiración "por los espíritus nobles y justos, porque él supo forjarse con su pluma un sólido pedestal".

Por su parte, el doctor Joaquín Balaguer, Presidente electo de la República, que asistió al sepelio del licenciado Rodríguez Demorizi, dijo que éste "le abrió un camino nuevo a la investigación histórica".

Entre las obras de importancia del fallecido escritor citó *La Tertulia de los Solterones* y la biografía que hizo sobre Juan Isidro Pérez de la Paz.

Lo definió como el hombre de letras más notable del país.

SEPULTAN CON HONORES

RESTOS DEL HISTORIADOR RODRIGUEZ DEMORIZI

Leo Reyes

EL NACIONAL de ¡Ahorá!, 28 de junio de 1986, pág. 24.

El doctor Salvador Jorge Blanco y tres ex presidentes de la República despidieron ayer los restos mortales del historiador Emilio Rodríguez Demorizi, en una solemne ceremonia en que el doctor José Francisco Peña Gómez definió al ilustre muerto como "el padre de la historia

contemporánea". Un batallón mixto de las Fuerzas Armadas, comandado por el mayor César Nicolás Castaing, rindió los honores póstumo de estilo al escritor y ex diplomático que falleció de un derrame cerebral en la madrugada de ayer en una clínica de la capital, a los 80 años.

Los ex presidentes Juan Bosch, Joaquín Balaguer y Donald Reid Cabral acudieron por separado a la funeraria La Paz, la Academia Dominicana de la Historia y el cementerio de la avenida Máximo Gómez, donde fueron velados y enterrados, respectivamente, los restos del hasta ayer presidente del Ayuntamiento.

Miembros de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional hicieron guardia de honor alrededor del féretro de Demorizi, que fue envuelto en la bandera dominicana.

Tras los honores militares correspondientes, el cortejo fúnebre fue conducido a la Academia Dominicana de la Historia, de la que el escritor era su presidente, y colocado en capilla ardiente.

Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito tuvo a su cargo el breve ceremonial religioso de despedida al autor de "La Muerte de Lilís".

El doctor Manuel de Jesús Goico Castro pronunció el discurso de despedida a Rodríguez Demorizi en los mismos salones de la Academia Dominicana de la Historia.

Destacó Goico Castro los méritos acumulados por el historiador y las prendas morales y patrióticas de que hizo gala durante su existencia.

Por su parte, el doctor Peña Gómez relató al leer el panegírico que después del tiranicidio fue Rodríguez Demorizi el hombre a quien recurría el Partido Revolucionario Dominicano cada vez que se presentaba una situación difícil, que sobrevenía un peligro para la seguridad de los líderes perredeístas o cuando se producían sucesos que amenazaban con cerrar la débil brecha democrática recién abierta.

Consideró el alcalde capitalino que no obstante haber servido al dictador Trujillo, "Rodríguez Demorizi fue un faro civilizador en medio del oscurantismo de la tiranía".

"El suceso que mejor perfiló el patriotismo y el amor a la libertad y a la justicia del licenciado Rodríguez Demorizi, fue su participación en la Revolución Constitucionalista de 1965", recordó Peña Gómez.

Presentes en el postrer adiós al historiador estuvieron, entre otros, don Rafael Herrera, Frank Moya Pons, licenciado Hatuey Decamps, licenciado Fulgencio Espinal, Julio Genaro Campillo Pérez, don Pedro Troncoso Sánchez, los miembros de la Sala Capitular del Ayuntamiento del Distrito Nacional y los jefes de Estado Mayor de los cuerpos armados, encabezados por el secretario de las Fuerzas Armadas, teniente

general Manuel Antonio Cuervo Gómez, así como el señor Mirtilio Peguero Félix.

A Rodríguez Demorizi, abogado de profesión, le sobrevive su hija Clara, quien recibió condolencias de los ex presidentes y de los centenares de personas, entre funcionarios públicos, abogados, historiadores, escritores y profesores que desfilaron por la capilla La Paz, de la funeraria Blandino, y la Academia Dominicana de la Historia.

Un luctuoso toque de trompeta a tono con una salva de 6 disparos, fue interpretado por un miembro de las Fuerzas Armadas en el cementerio de la avenida Máximo Gómez.

Numerosas coronas de flores fueron colocadas sobre la tumba.

EDITORIALES

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Con la muerte, muy lamentable, del licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, la República Dominicana pierde a la más alta figura de la historiografía nacional. Su labor titánica de edición de fuentes documentales, de los más diversos géneros, constituyen el acervo donde han de abreviar, indefectiblemente, los que escriban con honestidad sobre los más diversos temas de nuestra historia.

Inteligente, incansable, acicateado siempre por el afán de ser útil, su labor proteica es una contribución magna y única al conocimiento de las fuentes más legítimas para estudiar el proceso de la formación nacional.

Aún en las adversas condiciones políticas en que le tocó vivir, cuando la rivalidad y la intriga rodeaban en forma implacable a hombres de su categoría, Rodríguez Demorizi mantuvo el ritmo de sus creaciones intelectuales, en un esfuerzo por superar, en el aislamiento de su archivo y biblioteca, las adversidades del momento.

Cuando esos vaivenes lo llevaban al exterior, a desempeñar cargos diplomáticos, redoblaba sus esfuerzos de investigación, cuyos frutos están en ciento treinta y cinco obras editadas, lo cual constituye un caso único en América, tal vez igualado por el insigne polígrafo chileno José Toribio Medina.

Rodríguez Demorizi investigó concienzudamente en los grandes centros bibliotecarios de los Estados Unidos; en España, Archivo de Indias y centros de Madrid; en Londres, en la Biblioteca Nacional de París; en Roma, tanto en el Archivo Vaticano como en otras ricas fuentes, en Bogotá, Colombia, donde vivió los días del trágico "Bogotazo"; en Caracas, La Habana, y en cuantos sitios podría lograr documentación histórica de interés para los dominicanos.

Su archivo histórico y su biblioteca, son los más ricos de la República, y constituyen un patrimonio que debe ser preservado en toda su unidad, ya que en ambas fuentes existen obras y documentos únicos, cuya pérdida o extravío constituirían un daño irreparable a la cultura nacional.

Heredera de todo ese caudal es su única hija, procreada con la inolvidable Silverita de Rodríguez Demorizi, que le precedió hace algunos años en el camino de la muerte.

Con esa digna y noble heredera de su ilustre padre, el Estado dominicano puede llegar a un acuerdo satisfactorio, para la salvaguardia y conservación de tan rico tesoro cultural dominicano.

Extendemos nuestra más sentida condolencia a todas las familias afectadas por este triste suceso luctuoso, mientras rogamos por el eterno descanso del ilustre intelectual que acaba de morir.

LISTIN DIARIO, 28 de junio de 1986.

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Con la muerte de don Emilio Rodríguez Demorizi la Nación pierde una de sus grandes figuras intelectuales, particularmente en el campo de la historiografía, en la que deja una labor que sobrepasa los cien volúmenes, imprescindibles para todo el que quiera conocer a fondo el proceso de cristalización de nuestra nacionalidad.

Al ocurrir su deceso, tras breves quebrantos de salud a los 80 años, ocupaba el cargo de Presidente del Ayuntamiento del Distrito Nacional, cuyas obligaciones le apartaron en los últimos años de su largo y fecundo quehacer como historiador que abarcó más de seis décadas.

La obra de Rodríguez Demorizi no sólo es meritoria por su extensión, sino también por el espíritu y la intención que la han animado. Abarcó, como tal, un amplio campo, que comprendió acuciosas investigaciones no sólo en los archivos nacionales, sino también en fuentes históricas extranjeras, como los archivos de Sevilla, Segovia, Simancas, Madrid, París y Londres, en los que rescató documentos que en otra forma no hubieran estado al alcance del historiador nacional.

Un mérito de general reconocimiento en la obra historiográfica de Rodríguez Demorizi es el haber roto con la vieja práctica que mantenía como feudos privados, en manos de nuestros anteriores historiadores, documentos que constituyen la fuente viva de la historia de nuestro pasado.

Como presidente por largos años de la Academia Dominicana de la Historia —como dijera el doctor Pedro Troncoso Sánchez en su presentación ante la Academia de Ciencias en 1982— "Rodríguez Demorizi, a través de sus prólogos, notas eruditas y comentarios, ha convertido en una ocupación relativamente fácil el trabajo de los historiadores y profesores de historia contemporánea".

Su gran pasión fue la historia, lo que no fue óbice para que cultivara asimismo, con pulcro y atildado estilo, obras de literatura desinteresada como "La Tertulia de los Solterones" ,que le ganaron cálidos reconocimientos de los más autorizados críticos latinoamericanos y el Premio Nacional de Literatura de 1975.

Años antes de su muerte su consagración a la labor histórica le llevó a crear la Fundación Rodríguez Demorizi, destinada a enriquecer los fondos bibliográficos de nuestra Academia de la Historia —la gran pasión de su fecunda vida— y que esperamos que continúe con igual celo su hija superviviente y colaboradora, doctora Clara Rodríguez Demorizi, a quien hacemos llegar el testimonio de nuestra más profunda condolencia, así como a sus demás deudos y familiares.

EL CARIBE, 28 de junio de 1986.

DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Con la sentida muerte del historiador licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, el país pierde a uno de sus más preclaros hijos.

Rodríguez Demorizi es, sin lugar a dudas, el más acucioso y fecundo de los historiadores dominicanos de este siglo.

Hombre de conducta ejemplar, desempeñó con probidad importantes cargos públicos y cada vez que la soberanía de la patria lo exigió, supo decir presente en el campo del honor.

Toda su vida la dedicó a la investigación de los hechos del pasado, para legarnos una ingente obra que nos permitiera comprender mejor el presente y evitar los errores en el futuro.

El historiador que, a la hora de su muerte ostentaba las funciones de Presidente de la Academia Dominicana de la Historia y del

Ayuntamiento del Distrito Nacional, nos obsequió más de cien obras científico.

Entre esos libros hay que citar "Invasiones Haitianas de 1801, 1805 y 1822", "Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas", "Elogio del Gobierno de la Restauración", "Actos y Doctrina del gobierno de la Restauración", "Papeles de Pdro F. Bonó", "Baní y la novela de Billini", "Riqueza Mineral y Agrícola de Santo Domingo", "Papeles de Buenaventura Baez", "Hojas de Servicios del Ejército Dominicano", "Santana y los poetas de su tiempo", "Los dominicos y las encomiendas de indios de la Isla Española", Etc., Etc..

El historiador Rodríguez Demorizi nos deja también numerosas compilaciones, de extra-ordinaria importancia histórica.

Puede decirse que con la muerte de Rodríguez Demorizi, que sigue a la de otros dos grandes historiadores, los doctores Juan Isidro Jimenes Grullón y Vetilio Alfau Durán, el país pierde a la suprema trilogía de los historiadores de las últimas décadas.

En los tres casos, además, nos encontramos en presencia de hombres honestos que con su comportamiento se convierten en verdaderos paradigmas para sus conciudadanos.

El Sol se inclina reverente ante la excelsa figura de don Emilio Rodríguez Demorizi, elevando sus preces al señor para que este gran hombre descanse en paz.

Expresamos nuestra solidaridad con el dolor que embarga a sus más apreciados deudos.

EL SOL, 28 de junio de 1986.

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Con la muerte de Emilio Rodríguez Demorizi pierde el país a uno de sus más eximios historiadores de todos los tiempos. No hay exageración en afirmarlo y sí un justo reconocimiento a este intelectual de talla que casi no conoció el descanso.

Entre sus tantísimas virtudes, acaso la más admirable fue su infatigable labor patriótica en la reconstrucción histórica de este pueblo en que las adversidades todavía permanecen dolorosamente invictas.

Indesmayablemente acucioso en la búsqueda y rastreo de testimonios documentales de incalculable valor para la verificación de los hechos, viajó a otros países siempre en afanosa investigación y constatación de la pieza clave para imprimirle esa autenticidad que distingue su obra.

Sus laboriosas recopilaciones históricas en torno a figuras cimeras de la vida dominicana y antillana lo confirman como uno de los más inclinados a la divulgación del perfil vital de muchos próceres del vecindario caribeño.

Ahí están sus obras sobre Rosa Duarte, Máximo Gómez, Luperón, Bonó, Martí y Hostos, paradigmas del más resuelto patriotismo antillano.

En el aspecto literario su obra tuvo también una densidad jugosa y sirva como muestra su voluminoso estudio sobre la poesía popular dominicana.

Estamos, pues, ante la muerte de un hombre singular, de una humildad y austeridad que resistieron difíciles pruebas, de las que él salió incuestionablemente limpio, aún en tiempos de cesarismos políticos degradantes.

Otra de sus facetas menos conocidas pero no desestimable fue su quehacer político, en el que se distinguió como un mediador eficientísimo para apresurar el tránsito del país del despotismo a la libertad o para salvar la vida en peligro de muchos opositores a regímenes a los cuales él sirvió sin que sus manos laboriosas se mancharan con el peculado.

Este avezado merodeador de la historia dominicana deja un patrimonio bibliográfico cuyo valor irá creciendo cuando se asomen a las páginas fecundas de sus libros los jóvenes que todavía desconocen episodios históricos borrados por el tiempo que quedaron estampados con severa veracidad en su obra inobjetablemente original.

Se puede decir que con su despedida final se va extinguiendo esa especie magistral de historiadores del vuelo de Américo Lugo, Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Pedro Henríquez Ureña, Manuel A. Peña Batlle, Juan Bosch, Juan Isidro Jimenes Grullón y Joaquín Balaguer.

Por la repercusión que tendrán sus títulos en el conocimiento de vertientes diversas de la historia patria y del Caribe, ante los venerables restos de esta figura mansa y menuda y espíritu tan grande que se podría decir, en un símil de una circunstancia igualmente triste, que el pródigo y versadísimo historiador entró en la "inmortalidad, que es la negación de la muerte".

"¡No ha muerto, ha comenzado a reinar!".

EL NUEVO DIARIO, 28 de junio de 1986.

DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

La historia dominicana no puede escribirse sin citar a don Emilio Rodríguez Demorizi. Su obra es una de las más portentosas —más de 120 obras; la mayoría sobre historia—.

Don Emilio falleció ayer, tras un largo internamiento, y su cadáver fue sepultado en medio del reconocimiento a que se hizo merecedor en una vida de muchos frutos.

Su gran pasión fue la historia y el estudio, y a ella dedicó prácticamente toda su vida. Don Emilio era hombre de una gran modestia. Retraído, trabajador incansable. Conversador ameno y amigo de siempre.

Merecedor de todos los honores que se deben al trabajo y al servicio público, los desechó todos.

Su vida fue una vida de servicio. Ocupó importantes posiciones públicas, como la de secretario de Estado, rector universitario, director del Archivo General de la Nación, diplomático.

Siendo diplomático se dedicó a recoger cuanto papel, legajo, libro o información sobre la historia dominicana que había en las bibliotecas y archivos de España, Italia, Colombia, Costa Rica, Nicaragua y en cuantas naciones visitó.

Era presidente de la Academia Dominicana de la Historia, miembro de la Academia Dominicana de la Lengua y presidente-fundador de la Sociedad Dominicana de Geografía.

Retirado ya de la vida pública, aceptó la presidencia del Ayuntamiento del Distrito Nacional, a petición del síndico, quien consideró que su presencia prestigiaba la institución.

Su último gran aporte institucional fue la creación de la Fundación Rodríguez Demorizi, que ha editado varias obras, básicamente sobre historia dominicana.

Su muerte es una irreparable pérdida para la sociedad dominicana, a la que tan fructíferamente sirvió y continuará sirviendo desde sus obras, que son una inagotable cantera de información sobre la historia nacional.

Al expresar nuestra congoja por su muerte, damos las más sentidas condolencias a sus deudos.

HOY, 28 de junio de 1986.

RODRIGUEZ DEMORIZI

Con la partida de don Emilio Rodríguez Demorizi, la historia dominicana pierde a uno de sus más destacados cultores; pero el país pierde a un hombre de bien, sencillo, ameno, poseedor de una impecable hoja de servicios en la vida pública.

Investigador incansable, Rodríguez Demorizi enriqueció sobremedida la historiografía nacional y, tal como se ha dicho en los distintos juicios sobre su dimensión intelectual, hasta ahora había sido el más fecundo de los historiadores dominicanos.

Más recientemente, el distinguido intelectual había aceptado la presidencia del Ayuntamiento de Santo Domingo, posición a la que daba lustre. En el campo profesional, ejercía la presidencia de la Academia Dominicana de la Historia, al igual que la de la Sociedad Dominicana de Geografía.

Prueba del aprecio de que gozaba en todos los sectores estuvo en las honras fúnebres.

Tanto el Presidente Jorge Blanco como los demás ex-presidentes estuvieron presentes, al igual que representantes de los sectores más diversos.

A Rodríguez Demorizi se debe el rescate de importantes documentos, que han servido de base para un conocimiento más a fondo de nuestra historia. De él puede decirse sin temor a yerro que fue un investigador incansable, siempre tratando de descubrir la verdad histórica.

* * *

Rodríguez Demorizi no sólo se destacó en el manejo de la historia. También fue un lingüista ilustre y un hombre dotado de una inteligencia poco común, amén del ingenio que puede encontrarse en sus obras.

La tertulia de los solterones, por ejemplo, que le mereció un premio, es una pieza deliciosa, bien trabajada, que en base a un diálogo chispeante en un viejo mesón brinda una versión acabada de lo que podría interpretarse como un asomo a la cultura popular española.

Es un libro que se lee sin desmayos y en cuyas páginas se encuentran ejemplos de ese ingenio a que aludíamos y que poseyó Rodríguez Demorizi en abundancia.

Sorprendente es también la diversidad que se advierte en la obra de Rodríguez Demorizi, lo que pone al descubierto la amplitud de la formación intelectual de ese dominicano que tan sistemáticamente enriqueció nuestro haber cultural.

ULTIMA HORA, 28 de junio de 1986.

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Don Emilio Rodríguez Demorizi falleció anoche en esta ciudad. Su muerte representa una sensible pérdida para la sociedad dominicana.

Fue, Rodríguez Demorizi, un distinguido hombre público, sin duda alguna el más prolífico escritor dominicano, dedicado, muy especialmente al campo de la historia.

Nacido en el poblado de Sánchez, el 14 de abril de 1906, era hijo del matrimonio formado por Félix Francisco Rodríguez Jiménez, escritor y hombre de leyes y Genoveva Demorizi Campos.

Rodríguez Demorizi se recibió de abogado en la entonces Universidad de Santo Domingo y desde muy temprana edad mostró inquietudes por las investigaciones históricas.

Presidió la Academia Dominicana de la Historia en las últimas tres décadas y desde 1944 era miembro de número de la Academia de la Lengua. Fundó la Sociedad Dominicana de Geografía.

Rodríguez Demorizi recibió numerosas distinciones de instituciones científicas internacionales, distinciones que también honraron al país.

Fue Rodríguez Demorizi uno de los intelectuales más galardonados en su propia nación y esos honores jamás le envanecieron: por el contrario, siempre estuvo abierto a las consultas y al asesoramiento de cuantos reclamaban sus servicios.

Rodríguez Demorizi desempeñó altas funciones en la vida pública dominicana y a la hora de su muerte era presidente del Ayuntamiento del Distrito Nacional, cargo que desempeñaba desde la inauguración del período constitucional que toca a su fin.

Tuvo destacada participación en las negociaciones políticas efectuadas en las postrimerías de 1961, cuando fue enlace entre el gobierno del doctor Joaquín Balaguer y la oposición, en los días difíciles en que se trataba de erradicar los remanentes de la tiranía trujillista.

Rodríguez Demorizi, en distintas ocasiones, sirvió en el cuerpo diplomático acreditado en el exterior y dedicó parte de su vida, asimismo, a organizar y dirigir el Archivo General de la Nación.

Su influencia, como historiador, estará siempre presente.

Paz a los restos de don Emilio.

EL NACIONAL DE ¡AHORA! 27 de Junio de 1986 PAGINA 8

NOTICIAS DE LA ACADEMIA

MONSEÑOR POLANCO PRESIDIRÁ ACADEMIA

El obispo de la diócesis de Higüey, monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, ha sido elegido presidente de la Academia Dominicana de la Historia, para el período de 1986-1989.

Polanco Brito sustituye al licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, fallecido recientemente en esta capital.

El nuevo presidente de la academia se ha destacado como el más prolífico historiador eclesiástico del país con unas 17 obras publicadas y otras dos en preparación, todas relacionadas con la historia de la Iglesia en la República.

Monseñor Polanco fue ordenado sacerdote el 25 de junio de 1944, hizo estudios universitarios en la Universidad Gregoriana de Roma, donde se graduó de licenciado en Derecho Canónico en 1950, y realizó también estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Santo Domingo graduándose de Doctor en Filosofía en 1953. La Universidad Católica Madre y Maestra le otorgó el Doctorado Honoris Causa en 1970.

Entre los cargos y funciones que ha desempeñado se destacan los siguientes: Vicario Cooperador de la Catedral de Santo Domingo, Adscrito a la Cancillería del Arzobispado; Asesor Juventud Católica,

Vicecanciller del Arzobispado de Santo Domingo, Pro Canciller del Arzobispado de Santo Domingo, Vicario Económico de San José de Los Llanos.

Canciller-secretario del Arzobispo de Santo Domingo, director arquidiocesano de la Obra de las Vocaciones Sacerdotales, obispo Titular de Centenaria, obispo Auxiliar de Santiago, primer obispo de Santiago de los Caballeros, promotor y primer rector de la Universidad Católica Madre y Maestra.

Administrador apostólico, Sede Plena de la Arquidiócesis de Santo Domingo; administrador del Vicariato Castrense; obispo Titular de Nueva Germania, tesorero del Comité Ejecutivo Permanente del Faro a Colón, presidente de la Comisión Restauradora de las Ruinas de La Isabela.

Arzobispado Titular de Mentesa, Coadjutor de Santo Domingo; arzobispo-obispo de Nuestra Señora de la Altagracia (Higüey), presidente del Fondo para el Desarrollo del Este, Presidente de la Conferencia Episcopal Dominicana, presidente del Comité Económico del Consejo Episcopal Latinoamericano, con sede en Bogotá; y presidente del Instituto Dominicano de Genealogía.

Sus principales obras publicadas son: Seminario Conciliar Santo Tomás de Aquino; Recuerdos Familia; Novena a San Juan María Vianne; Salcedo y su Historia; La Parroquia de San José de los Llanos; Calendario de La Altagracia; El Concilio Provincial de Santo Domingo y la Ordenación de Negros e Indios; La Iglesia Católica y la Primera Constitución Dominicana; Manuel María Valencia, Político, Poeta y Sacerdote; Fray Ramón Pané, Primer Maestro, Catequizador y Antropólogo del Nuevo Mundo; Duarte y la Juventud; Peregrinación Dominicana; Roma, Tierra Santa; Historia de la Parroquia de Santa Ana; Bicentenario de la Fundación de San Francisco de Macorís, 1778-1978; María de Altagracia y Juan Pablo II; Recuerdo de la Visita del Papa a Santo Domingo, 25 y 26 de enero de 1979; Síntesis de la Historia de la Iglesia; El Padre Billini, educador, y sus Relaciones con la Lotería Nacional; y, Ex-Votos y "Milagros" del Santuario de Higüey.

La elección de Monseñor Polanco Brito como presidente de la Academia Dominicana de la Historia se produjo en la sesión celebrada el 23 de julio de 1986.

En dicha sesión también fueron electos otros funcionarios de la Academia:

Dr. Pedro Troncoso Sánchez, Tesorero; Dr. Frank Moya Pons, Secretario; Dr. Manuel de Jesús Goico Castro, Bibliotecario; y como Vocales los académicos: Dr. Joaquín Balaguer, Lic. Francisco Elpidio Beras, Dr. César A. Herrera, Dr. Julio Genaro Campillo P., y Dr.

Manuel de Jesús Mañón Arredondo y Publicaciones quedó integrada por los académicos Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, Dr. Manuel de Jesús Goico Castro y Dr. Frank Moya Pons.

LISTIN DIARIO, 25 de julio de 1986.

DAN SALON CABILDO

NOMBRE DE HISTORIADOR FALLECIDO

La Sala Capitular del Ayuntamiento del Distrito Nacional aprobó ayer designar el salón de sesiones del organismo con el nombre de su extinto presidente, el historiador Emilio Rodríguez Demorizi.

Rodríguez Demorizi presidió el Ayuntamiento desde el 16 de agosto de 1982 hasta pocos días antes de ingresar a una clínica de esta ciudad donde finalmente falleció el 26 de junio pasado.

De esta manera la Sala Capitular aprobó una moción sometida por el regidor del Partido Reformista, ingeniero Pablo Yarull, a través de su colega Luis Manuel Campillo Porro, que contó con el apoyo unánime de todos los regidores presentes en la sesión que celebró el organismo colegiado el miércoles pasado.

Además, la Sala Capitular aprobó realizar una sesión especial extraordinaria, acompañada de una misa en dicho salón, a intención del alma del extinto historiador "como un tributo merecido de sus colegas regidores que compartimos juntos durante casi cuatro años las labores edilicias".

Conforme a sugerencias hechas por los ediles Manuel Alvarado (PRSC) y licenciado Luis José Chávez (PRD), se decidió que a dicha ceremonia solemne en memoria de don Emilio Rodríguez Demorizi se invitara a connotadas figuras de la vida política, social, cultural y literaria del país, así como que se incluya todo cuanto tienda a enaltecer su memoria en el pueblo dominicano.

Al inicio de la sesión, los regidores capitalinos guardaron un minuto de silencio en honor a Rodríguez Demorizi, a petición del licenciado Francisco A. Bautista, quien en su calidad de vicepresidente del Cabildo ha pasado a ostentar la presidencia.

"Con su fallecimiento, el país ha perdido una gran personalidad, a un hombre que, incluso, en los últimos días de su vida y luego en su entierro fue capaz de juntar prácticamente a todo el liderazgo político del país, de todas las tendencias políticas e ideológicas", expresó el licenciado Bautista.

Por su parte, el licenciado Chávez señaló que la figura venerable de don Emilio Rodríguez Demorizi ha sido posiblemente el historiador más fecundo y acucioso que ha tenido el país, quizás en toda su historia republicana.

"Don Emilio fue un hombre que ofreció eminentes servicios al país en las funciones públicas que desempeñó, que sirvió a la comunidad capitalense y su figura, que bien merece honra, estuvo por encima de las diferencias políticas que muchas veces nos han arrojado a nosotros", aseveró Chávez.

Según indica el ingeniero Pablo Yarull en su comunicación a la Sala Capitular, "además de las dotes de gran historiador, don Emilio Rodríguez Demorizi, como presidente del cabildo capitalense, fue siempre un funcionario abierto y que supo conducir las sesiones con un espíritu de cordialidad y respeto".

LISTIN DIARIO

IMPORTANTES AVENIDAS
DE CIUDAD DE MEXICO
LLEVARAN NOMBRES DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Y ANTONIO DELFIN MADRIGAL

La Comisión de Nomenclatura de la ciudad de México, en una de sus recientes sesiones, decidió designar con el nombre del humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña una importante avenida, próxima a la Ciudad Universitaria de la capital azteca.

En la misma sesión designó con el nombre de Antonio Delfín Madrigal una importante calle, según comunicación dirigida al doctor Manuel de Jesús Goico Castro, Presidente del Instituto Cultural Domínico-Mexicano, en fecha 18 de marzo de 1986, junto con un plano del sector donde están ubicadas las importantes arterias urbanas que honran a los dos próceres dominicanos.

La avenida Pedro Henríquez Ureña se proyecta de la avenida Cerro del Agua a la avenida Pacífico. Es la antigua avenida de Las Torres Aguatitla y Monserrat. En ella desembocan y la cruzan las calles Orquídeas, Margaritas, Claveles, Tulipanes, Heliotropos, Constitución, Lirios, Violetas, Las Rosas, Azucena, Laurel, Girasoles, Avenida Oaxaca, San Francisco y otras.

La avenida Antonio Delfín Madrigal se prolonga desde la avenida de La Imán hasta la avenida de Las Torres. Es la antigua Dalias y la

Prolongación Dalías. En ella desembocan y cruzan las calles Gómez Farías, E. Ordáñez, avenida de Las Rosas, L. C. León, Santo Domingo y otras.

ANTECEDENTES

La iniciativa fue presentada en una sesión de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México, el 29 de abril de 1983, al entregar Diplomas como Miembros Correspondientes de la Academia Dominicana de la Historia el doctor Manuel de Jesús Goico Castro. El discurso está publicado en la revista CLIO núm. 140 Enero-Diciembre de 1983. Posteriormente el Instituto Cultural Dominicano-Mexicano apoyó la idea que acaba de culminar con el más grandioso éxito. Esta iniciativa fue tramitada a México con la venia y la colaboración entusiasta de la doctora Pilar Saldívar, Embajadora de México en la República Dominicana y contó con el apoyo del doctor José Luis Martínez, uno de los más ilustres escritores mexicanos contemporáneos, quien ha exaltado la influencia positiva de Pedro Henríquez Ureña en la cultura mexicana.

En el discurso de apertura en que se presentó la iniciativa, el autor dijo:... "Dejo flotante en el espacio la simiente... como los pétalos o los gérmenes de una flor que bajaran desde el cielo en el pico de una ave... la idea de que una calle de la ciudad de México sea bautizada con el nombre de Antonio Delfín Madrigal, aquel Diputado ilustre que tuvo la visión de presentar en 1867 una moción para que el Congreso Dominicano designara a BENITO JUAREZ con el título continental de BENEMERITO DE LAS AMERICAS, ley que constituye uno de los primeros homenajes rendidos a vuestro libertador fuera de las fronteras mexicanas, y otra calle con el nombre de Pedro Henríquez Ureña, aquel orientador de juventudes que, con Alfonso Reyes, Jesús Valenzuela, José Vasconcelos y otros iluminados, fundó en la primera década del siglo XX el Ateneo de la Juventud, antorcha de cultura que aún sigue iluminando el pensamiento latinoamericano".

El doctor José Luis Martínez, al dirigirse al Presidente del Instituto Cultural Dominicano-Mexicano y endosarle los planos con la localización de las avenidas Pedro Henríquez Ureña y Antonio Delfín Madrigal, expresa "el Departamento del Distrito Federal te notificará formalmente el resultado de tu solicitud, aprobada en la Comisión de Nomenclatura, y con ceremonia o sin ella los dos próceres dominicanos quedarán debidamente honrados".

Goico Castro, al dar al dominio público tan importante información, tuvo frases de reconocimiento y gratitud para los que supieron interpretar e impulsar su iniciativa, ya que él ha sido calificado como

uno de los más connotados "pedristas" dominicanos. Y agregó que al acto de inauguración de dichas avenidas asistirá una comisión del Instituto Cultural Domingo-Mexicano, que él preside.

Santo Domingo, R. D., 8 de abril de 1986

AUTENTICIDAD DE LOS RESTOS DE COLON DESPIERTA INTERES ENTRE HISTORIADORES DE ARGENTINA Y URUGUAY

La ponencia del profesor don Pedro Troncoso Sánchez, publicada por la Academia de Ciencias de la República Dominicana, en torno a que los auténticos restos de Colón son los que se encuentran en la Catedral Primada de América, fue comentada en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y en la Academia Nacional de la Historia de Buenos Aires por el doctor Manuel de Jesús Goico Castro, Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, en sesiones celebradas en ambas instituciones, con la asistencia de académicos suramericanos muy calificados.

En elogio de la ponencia del doctor Pedro Troncoso Sánchez aportaron interesantes ideas los académicos Fernando O. Assuncao y Raúl Santiago Acosta y Lara en Montevideo, en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, y Ricardo Zorraquín Becú, Horacio A. Sánchez Caballero y Enrique de Gandía en la Academia Nacional de la Historia de Buenos Aires.

La ponencia del doctor Pedro Troncoso Sánchez ha merecido también elogiosos y solidarios comentarios de los doctores Juan Pérez de la Tudela y Bueso, de la Real Academia Española de la Historia de Madrid y del eminente internacionalista e historiador Paolo Emilio Taviani, Presidente de la Comisión Científica del Senado de Italia y de la Comisión Romana Pro Celebración del V Centenario del Descubrimiento de América. Goico Castro visitó la Academia de la Historia en Madrid y el Instituto Italo-Latinoamericano, en Roma.

Los académicos Juan Pérez de la Tudela y Bueso y Paolo Emilio Taviani han publicado dos importantes obras en torno al descubridor de América el Gran Almirante don Cristóbal Colón, cuyos restos se conservan en Santo Domingo.

Miembros de la Sociedad Argentina de Historiadores y de la

Academia Belgraniana de la República Argentina, ofrecieron someter ponencias, apoyadas con documentación original muy valiosa, en respaldo a la tesis dominicana como participantes en el proyectado Congreso de Historiadores, que tendrá su sede en Santo Domingo el próximo año, con asistencia de expertos en asuntos colombinos y del descubrimiento de América, como delegados de España, Portugal, Italia, Inglaterra y de las principales naciones de América Latina y el área del Caribe.

Santo Domingo. 8 de abril de 1986..

COLOFON

Esta edición de 1,000 (un mil) ejemplares de CLIO, Año LV, correspondiente a Enero-Diciembre de 1986, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, se terminó de imprimir en EDITORA TALLER, C. POR A., Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de junio de 1987.

- VIII Dr. Manuel de Js. Mañón Arredondo (9 de febrero, 1973).
IX Dr. Frank Moya Pons (25 de abril, 1978).
X Dr. Manuel de Js. Goico Castro (30 de noviembre, 1979).
XI Carlos Dobal (electo).

Académico Supernumerario: Lic. Carlos Larrazábal Blanco.

Miembros Correspondientes Nacionales: Dr. Porfirio Herrera Báez, Mons. Dr. Juan Félix Pepén, Dr. Angel Salvador del Rosario Pérez, Prof. Román Franco Fondeur, E. O. Garrido Puello, Lic. María Ugarte, Lic. Pedro Julio Santiago, Manuel García Arévalo, Lic. Bernardo Vega, Dr. Roberto Marte, Dr. Fernando Antonio Pérez Memén, Dr. Georgilio Mella Chavier, Dr. Francisco A. Henríquez Vásquez y Arq. Eugenio Pérez Montás.

Numerarios Fallecidos: Lic. Emilio Prud'Homme, Mons. Dr. Adolfo A. Nouel, Lic. Manuel Ubaldo Gómez Moya, Félix E. Mejía, Dr. Pedro Henríquez Ureña, Lic. Arturo Logroño, Dr. Federico Henríquez y Carvajal, Lic. Julio Ortega Frier, Lic. Cayetano Armando Rodríguez, Lic. Manuel Arturo Peña Batlle, Dr. Manuel de J. Troncoso de la Concha, Dr. Guido Despradel Batista, Fray Cipriano de Utrera, Dr. Vicente Tolentino Rojas, Ing. Emile de Boyre Moya, Dr. J. Marino Incháustegui, Lic. Virgilio Díaz Ordóñez, Andrejulio Aybar, Emilio Tejera Bonetti, Dr. Max Henríquez Ureña, R. Emilio Jiménez, Lic. Víctor Garrido, Lic. Federico C. Álvarez, Dr. Vetilio Alfau Durán, Lic. Emilio Rodríguez Demorizi.

Correspondientes Nacionales Fallecidos: Pedro M. Archambault, Luis E. Alemar, Lic. Gilberto Sánchez Lustrino, Pedro R. Spignolio, Lic. Manuel Ubaldo Gómez, hijo, Lic. H. E. Ashton, Ing. Francisco A. Gómez, Félix Reyes, Pedro L. Vergés Vidal, José A. Hungría, Ramón del Orbe y del Orbe, Alonso Rodríguez Demorizi, Dr. Jovino A. Espínola, Sócrates Nolasco, E. O. Garrido Puello, Dr. José Augusto Puig Ortiz, Dr. Rafael Matos Díaz, Dr. Carlos Federico Pérez y Pérez.

Dirección: Calle Mercedes No. 50 (Tel. 689-4584) Santo Domingo, República Dominicana.



La Academia Dominicana de la Historia no se hace solidaria de las opiniones emitidas en los trabajos insertos en CLIO, de los cuales son únicamente responsables sus autores.

(Sesión del 10 de junio de 1952)

EDITORA TALLER, C. por A.
Isabel la Católica 309, Santo Domingo, R.D.